

0 552 00785 3

CORGI  
1981-1982  


# LOBSANG RAMPA

## El Ermitaño



## Capítulo primero

Afuera, brillaba el sol. Vívido, iluminaba los árboles, proyectando negras sombras detrás de las destacadas rocas y, de rechazo, mandando miríadas de puntos resplandecientes desde el azul del lago. Aquí, en el frío reparo de la cueva de la vieja ermita, la luz se filtraba a través de las ramas colgantes y llegaba verdosa, suave, a los ojos cansados de una exposición al sol relumbroso.

El joven, respetuosamente, acataba al eremita flaco, sentado erguido sobre una piedra gastada por los años. «He venido a Ti para ser instruido, oh Venerable», le dijo el santo varón con voz sumisa.

«Siéntate», ordenaba el más anciano de los dos. El joven monje, de vestiduras color rojo-ladrillo, se inclinó de nuevo y se sentaba con las piernas cruzadas sobre el suelo apisonado, cerca del maestro.

El viejo eremita guardaba silencio, como sí contemplase una infinidad de cosas pasadas, pero con las cuencas de los ojos vacías.

Muchos, pero muchos años atrás, siendo él un joven lama, había caído en manos de unos oficiales de las tropas chinas, en Lhasa, y privado de sus ojos, por no revelar secretos de Estado, que él desconocía. Torturado, lisiado y cegado de ambos ojos, había caminado de aquí para allá, con amargura y decepción, huyendo de la ciudad. Viajando por la noche, anduvo hasta lejos de ella, casi enloquecido por el dolor y el horror; evitando la compañía de los hombres. Pensaba, pensaba; no le abandonaban sus pensamientos.

Subiendo siempre a mayor altura, viviendo del césped o de las hierbas que hallaba por su camino; guiado hacia donde hallar de qué beber por el rumor de los arroyos de la montaña, conservó un eco de una chispa de vida. Poco a poco, sus peores lesiones fueron sanando; las cuencas de sus ojos dejaron de supurar. Pero siempre buscaba subir más arriba, le-

jos de una humanidad que torturaba a los hombres ferozmente y sin motivo.

El aire se fue haciendo cada vez más ligero. Desaparecieron los árboles, con cuya corteza podía sustentarse. No podía extender la mano y arrancar planta o yerba alguna. Entonces, le era preciso arrastrarse sobre las manos y las rodillas, vagando de una parte a otra, esforzándose, esperando hacer lo bastante para poder alejar los tormentos del hambre.

El aire se hizo más frío, los dientes del viento más penetrantes; pero aún se afanaba más hacia arriba, siempre más arriba, como conducido por un impulso interior. Unas semanas antes, al comienzo de su viaje, había encontrado una fuerte rama, que empleaba como bastón para buscar su camino. De pronto, su bastón de ciego se encontró enfrente a una pared y no pudo hallar camino que le condujese más adelante.

El joven monje miró fijamente al anciano. No se observaba en él signo alguno de movimiento. «Así debía ser», pensó el joven, y se consoló pensando que los «Venerables Ancianos» vivían en el mundo del pasado y jamás alteraban su modo de ser por nadie. Echó una ojeada curiosa a su alrededor, en la cueva desnuda. Y lo era completamente. A uno de los lados, se observaba un amarillento montón de paja — la cama del eremita —. Al lado de ésta, un tazón. De un saliente de la roca, colgaba una mugrienta túnica color de azafrán, triste y como consciente de estar descolorida por el sol. Y nada más. Nada.

Aquel viejo reflexionaba su pasado cuando fue torturado, mutilado y cegado. Cuando él era un joven, como aquél que tenía sentado delante suyo.

En un arranque de frustración, con su palo golpeó la extraña barrera que tenía enfrente. Vanamente, se esforzó por ver a través de los cuencos vacíos de sus ojos. Finalmente, rendido por la intensidad de sus emociones, cayó desvanecido al pie de aquella barrera misteriosa. El aire enrarecido se colaba a través de sus vestiduras, robando lentamente al debilitado cuerpo el calor y la vida.

Largos momentos pasaron. Finalmente, los pasos de unos

pies calzados resonaron sobre el suelo pedregoso. Se escucharon palabras murmuradas en una lengua incomprensible y el débil cuerpo de aquel lama fue levantado y conducido lejos. Se escuchó un «iclang!» metálico y un buitre que estaba allí al acecho, considerándose defraudado de su comida, se remontó pesadamente.

El viejo anacoreta empezó a recordar. Todo aquello pasó mucho tiempo atrás. Ahora tenía que instruir al joven monje que tenía enfrente y que era como él fue — ¿Cuántos años hacía? ¿Sesenta? ¿Setenta? ¿Tal vez más? —. No importaba, todo había quedado atrás, perdido en las nieblas del pasado. ¿Qué significan los años de la vida de un hombre, cuando él conoce los que tiene el mundo?

Parecía como si el tiempo se hubiese detenido. Hasta el viento débil, que susurraba a través de las hojas, había cesado su murmullo. En el aire, flotaba una expectación temerosa, mientras el joven monje aguardaba que el viejo eremita empezase su discurso. Por fin, cuando la tensión se iba haciendo inaguantable para el joven, *el Venerable* inició sus palabras.

«Tú has sido enviado a mí — dijo —, porque se te ha destinado una gran trabajo en esta Vida y yo tengo que instruirte de todo cuanto son mis conocimientos, de forma que tendrás que enterarte hasta cierto punto de tu propio destino». El viejo se encaraba en dirección del joven, que se movía confuso. Era difícil, pensaba, tratar con ciegos; «miran» sin ver; pero uno tiene la sensación de que lo ven todo. No se sabe cómo tratar con ellos.

La voz seca y desacostumbrada a expresarse del viejo continuó: «Cuando yo era joven me encontré con varias experiencias, experiencias dolorosas. Abandoné nuestra gran ciudad de Lhasa y vagué, ciego, a través de las soledades. Debilitado, enfermo e inconsciente, fui arrebatado no sé adónde y allí fui instruido en preparación de este día de hoy. Cuando mi conocimiento haya pasado a ti, el trabajo de mi vida habrá terminado y podré ir en paz a los Campos Celestiales.» Diciendo estas palabras, un resplandor beatífico iluminó las mejillas caídas y apergaminadas de aquel anciano, que dio

inconscientemente más velocidad a su Molino de Plegarias. En el exterior, las sombras, lentas, se arrastraban por el suelo. El viento se había hecho más fuerte y empujaba el polvo seco de color de hueso, formando pequeños torbellinos a ras del suelo. A intervalos, un pájaro lanzaba una llamada urgente. De un modo casi imperceptible, la luz del día se apagaba y las sombras se iban alargando. Dentro de la caverna, ahora francamente a oscuras, el joven monje se apretaba fuertemente el cuerpo, esperando de esta forma reprimir los ronquidos de su hambre creciente. Hambre. «Estudio y hambre», pensaba «siempre van juntos.» Hambre y estudio. Una pasajera sonrisa cruzó por el rostro del ermitaño. «¡Ah! —exclamó— la información era exacta. El joven se siente hambriento. Su vientre semeja por el ruido un timbal hueco. El que me informó me dio este detalle. Y también el remedio.» Lenta, penosamente, con los crujidos propios de la edad, se puso en pie sin titubeo avanzado hacia una parte oculta de la cueva. A su regreso entregó al joven monje un pequeño paquete. «De parte de tu Honorable Guía», explicó; «Él me ha dicho que quiere hacer más dulces tus estudios.» Tortas dulces de la India. Y una poca de leche de cabra, para cambiar el agua como única bebida. «¡No, no!», exclamó el viejo ermitaño, cuando fue invitado a compartir aquel alimento. «Me doy cuenta de las necesidades de la juventud; sobre todo de los que habitan, lejos del mundo, más allá de las montañas. Come y disfruta. Yo, insignificante persona, intento seguir en mi humilde senda al gracioso señor Buda y vivir de la metafórica semilla de mostaza. Pero tú, come y duerme; porque me doy cuenta de que la noche se nos ha venido encima.» Diciendo estas palabras el anciano había vuelto al interior oculto de la cueva.

El joven se dirigió a la entrada de la cueva, que ahora era un óvalo gris contra la oscuridad del interior. Los altos picos de la montaña parecían recortes negros contra el rojizo espacio que les rodeaba. De pronto se produjo un creciente resplandor plateado de luz por el pasaje de unas oscuras nubes solitarias, como si la mano de un dios apartase las cortinas

que ocultaban a la que los hombres llaman «la Reina del Cielo». Pero el joven monje no se entretuvo; su cena era frugalísima y no la habría resistido ningún joven occidental. En seguida regresó a la cueva y, excavando una depresión en la arena del suelo donde reposar su cadera, cayó en un sueño profundo.

Los primeros albos de la luz le hallaron agitándose incómodamente. Se levantó de un solo impulso y, puesto de pie, miró como avergonzado a su alrededor. En este momento el viejo anacoreta, entraba caminando inciertamente dentro del vestíbulo de la cueva. «¡Oh, venerable — exclamaba el joven monje nerviosamente —, he dormido más de la cuenta y no me he acordado de los oficios nocturnos!» Entonces se dio completa cuenta de dónde se hallaba.

«No temas, joven amigo — dijo sonriendo el ermitaño —. Aquí no hay oficios. El hombre, una vez evolucionado, tendrá su oficio dentro de su propia alma, por todas partes y siempre, sin que tenga que ser reducido a rebaño y congregado como los yaks, que no tienen una mente. Pero hazte tu tsampa (\*) y come; porque hoy tengo que contarte muchas cosas, y tú tienes que acordarte de todas ellas.» Diciendo estas palabras, el santo varón, se encaminó hacia el naciente día.

Una hora más tarde, el joven estaba sentado enfrente del anciano escuchando la relación de éste, tan apasionante como extraña. Una historia que abarcaba todas las religiones, todas las historias sobrenaturales y leyendas del mundo entero. Una historia que había sido reprimida por todos los sacerdotes sedientos de poder y los «científicos» desde los primeros tiempos tribales.

Rayos de sol se filtraban a través del follaje de la boca de la cueva y daban brillo a las fibras metálicas de las rocas. El aire, ligeramente caliente, y una ligera neblina flotaba sobre el lago. Unos cuantos pajarillos charlaban ruidosamente y se preparaban para su tarea inacabable de buscar comida suficiente en una región de vegetación escasa. En las alturas, un

(\*) Agua hervida con harina tostada.

buitre solitario se alzaba, sostenido por una corriente ascendente de aire, subiendo y bajando con las alas extendidas, inmóviles, mientras con sus ojos perspicaces buscaba sobre el suelo desnudo algún cuerpo muerto o muriéndose. Convencido de que no había nada para su provecho, se desplazó a otros cielos con un graznido malhumorado y huyó en busca de mejores venturas.

El viejo ermitaño estaba sentado, erecto e inmóvil, con su figura descarnada escasamente cubierta por los restos de su vestidura dorada. «Dorada», ya no lo era, sino descolorida por el sol y convertida en unos harapos terrosos con unas tiras amarillas, donde los pliegues habían hecho disminuir en parte la decoloración por la luz solar. La piel era apergaminada, sobre sus pómulos agudos, y con ese color de cera, blanquecino, frecuente entre los que están privados de la vista. Iba descalzo y los objetos de su propiedad se limitaban a unas pocas cosas: un cuenco, un Molinillo de Plegarias, y únicamente una ropa de recambio, tan desteñida y manchada como la que llevaba puesta. Nada más, absolutamente nada más en el mundo entero.

Sentado enfrente al eremita, el joven monje meditaba. Cuanto mayor es la espiritualidad de un hombre, menos son sus bienes terrenales. Los grandes abades, con sus hábitos de oro, sus riquezas y abundancia de manjares, siempre estaban en lucha para alcanzar poder político y vivían para el momento presente, mientras reverenciaban de labios afuera las Escrituras.

«Joven amigo», empezó la voz anciana. «Mis días casi tocan a su acabamiento. Tengo que transmitirte mis conocimientos; después de lo cual, mi espíritu será libre para irse a los Campos Celestiales. Tú, a tu vez, transmitirás estos conocimientos a los demás. Escucha, pues, y almacena todo cuanto te diré en tu memoria sin fallo alguno.»

«¡Aprende esto, estudia aquello!», pensó el joven monje. «La vida ahora no es más que un rudo trabajo incesante. Adiós cometas, zancos y...»

Pero el ermitaño continuó: «Ya sabes cómo me trataron los

chinos, y cómo fui vagando por las soledades y llegué finalmente hasta donde me ocurrió un gran prodigio. Un milagro, porque un instinto secreto me condujo hasta las mismas puertas del Santuario de la Sabiduría. Te lo quiero contar. Mi sabiduría será tuya, tal como a mí me fue mostrada, ya que, a pesar de estar privado de la vista, lo vi todo».

El joven monje asintió con la cabeza, olvidándose de que el anciano no le podía ver; entonces, dándose cuenta, le dijo: «Estoy escuchando, Venerable Maestro, y estoy capacitado por mi formación a recordarlo todo». Mientras decía estas palabras, él hizo una reverencia y se volvió a sentar, aguardando un rato.

El anciano sonrió y continuó su relato: «Lo primero que recuerdo es que estaba acostado muy cómodamente en un lecho blando. Naturalmente, yo entonces era joven, por el estilo de lo que eres tú, y creía haber sido transportado a los Campos Celestiales. Pero no podía ver y me parecía que si el sitio donde me hallaba era el otro lado de la vida habría recobrado mi vista. De manera que estaba allí acostado y esperando. Al cabo de un largo rato, unos pasos muy silenciosos se acercaron y se detuvieron a mi lado. Yo, estaba inmóvil, no sabiendo qué esperar. "¡Ah!", exclamó una voz que me pareció ser en cierto modo distinta de las nuestras. "¡Ah!, veo que habéis recobrado la conciencia. ¿Os encontráis bien?".

»Vaya una pregunta necia, pensé entre mí. ¿Cómo puedo encontrarme bien, si me estoy muriendo de hambre? ¿Era cierto? En realidad ya no sentía hambre alguna. Me encontraba bien, muy bien. Con precaución, moví mis dedos, sentí mis brazos sin rastro alguno de agujetas. Me había recobrado y me notaba normal; sólo que no tenía ojos. "Sí, si, me siento bien, gracias por la pregunta", le contesté. La Voz dijo entonces: "Hubiéramos querido restaurar vuestra vista; pero os habían quitado los ojos y no nos fue posible. Reposad un rato, y luego hablaremos con Vos detalladamente".

»Reposé; no tenía otra solución. No tardé en dormirme de nuevo. Lo que dormí, no lo supe; pero un dulce sonido de campanas, casualmente, me desveló; tañido más dulce y



apacible que los más delicados gongs, y mejor que las antiguas campanas de plata, más sonoro que las trompetas del templo. Me incorporé y miré a mi alrededor, como si pudiese forzar la visión de mis órbitas sin ojos. Un brazo amistoso se deslizó alrededor de mi espalda, y una voz me dijo: "Levántate y sígueme. Yo te conduciré".»

El joven religioso permanecía sentado y experimentaba una fascinación, extrañándose que no le hubiesen sobrevenido nunca aventuras semejantes; ignorando que, en su día, *le llegaría el turno*. «Te lo ruego, continúa, Venerable Maestro», exclamó. El viejo maestro sonrió complacido por el interés que mostraba el joven.

«Me condujo hasta una habitación espaciosa, al parecer, llena de gente; yo escuchaba el rumor de su respiración y el roce de sus vestiduras. Mi guía me dijo "Sentaos", y un extraño ingenio fue empujado hasta mi persona. Esperando sentarme en el suelo, como todas las personas educadas, estuve a punto de caerme al choque con aquel artefacto.»

El anciano anacoreta hizo una breve pausa y una seca risita escapó de su boca al relatar aquella escena pasada. «Me senté con todo cuidado — continuó — y aquel objeto me pareció blando, si bien sólido. Me sentía sostenido sobre cuatro patas y por la parte de atrás había una cosa que me impedía echar atrás mi espalda. De momento, pensé que me creían demasiado débil para sentarme sin alguna protección; después capté señales de divertida y reprimida sorpresa entre los presentes, ya que, por lo visto, aquélla era la manera de sentarse de toda aquella gente, y, francamente, quedé colgado tristemente de aquella plataforma almohadillada.»

El joven monje intentó imaginarse lo que podía ser una plataforma para sentarse. ¿Por qué existían semejantes objetos? ¿Por qué se tienen que inventar cosas inútiles? No, decidió; el suelo era suficiente para él; más seguro, sin riesgos de caerse. Y, ¿quién es tan débil que necesita tener su espalda aguantada? Pero el anciano estaba otra vez hablando — sus pulmones era resistentes — al joven monje.

«"Os extrañáis de nosotros — la voz continuó —, os maravi-

liáis de quiénes somos, de por qué os sentís tan bien. Siéntate con toda comodidad, porque tenemos que contarte muchas cosas".

»"Muy Ilustre Señor", dije disculpándome. "Estoy ciego, he sido privado de mi vista y decís que tenéis mucho que contarme y que mostrarme. ¿Cómo puede ser, esto?" "Tranquilízate — dijo la Voz —, porque todo será claro para ti, con tiempo y paciencia.» La parte posterior de mis piernas empezaba a dolerme, colgadas en aquella extraña postura, de modo que las encogí, intentando permanecer en la postura del loto sobre la pequeña plataforma de madera aguantada sobre cuatro patas y con aquel estorbo en la espalda. Así, me sentía más a mis anchas, si bien, no viendo, podía perder el equilibrio sin querer.

»"Somos los Jardineros de la Tierra", prosiguió la Voz. "Viajamos por los universos, situando seres humanos y animales por los mundos distintos. Vosotros, los hijos de la Tierra, poseéis leyendas sobre nosotros, llamándonos dioses celestiales y hablando de nuestros carros de fuego. Ahora vamos a darte una información sobre el origen de la Vida en la Tierra, de manera que puedas transmitir tus conocimientos a otro que vendrá después al mundo y escribirá sobre estas cosas, porque ya es hora de que la gente conozca la Verdad de sus Dioses, antes de iniciar el segundo período."

»"Aquí hay cierta confusión", exclamé con desánimo. "No soy más que un pobre monje que subió a estas alturas sin saber cómo."

»"Nosotros, con nuestro saber, te guiamos — murmuró la Voz —, te hemos escogido por tu memoria extraordinaria, que aún reforzaremos. Conocemos todo lo que se refiere a ti. Por eso te hemos conducido hasta nosotros."»

Fuera de la cueva, a la luz, ahora brillante, del día, la nota del canto de un pájaro se elevó aguda y penetrante con súbita alarma. Un chillido de una ave agresora y el pájaro se escapó de aquellos parajes precipitadamente. El viejo ermitaño levantó su cabeza un momento, diciendo: «No es nada; probablemente un pájaro volando en la altura ha lanzado un

ataque». El joven monje encontró desagradable el verse distraído de la narración de la vieja edad, una edad que — caso extraño — no encontraba difícil de visualizar. A la orilla del lago los sauces cabeceaban con indolencia sólo inquietados por las brisas errantes que removían sus hojas y las hacían protestar contra la invasión de su reposo. Actualmente, los primeros rayos de sol habían abandonado la entrada de la cueva y en ella reinaba el frío, con la luz teñida de color verdoso. El viejo eremita se estremeció ligeramente, arregló sus abigarradas vestiduras y continuó:

«Estaba asustado, muy asustado. ¿Qué sabía yo de aquellos Jardineros de la Tierra? Yo, no era jardinero. No sabía nada de plantas, y de universos, mucho menos. Necesitaba no marcharme de allí. Mientras estaba pensando esas cosas, puse mis pies sobre el borde de mi plataforma-asiento y me puse de pie. Manos cariñosas, pero firmes me volvieron a sentar en aquella rara forma, con mis pies colgando y mi espalda apoyada sobre algo que estaba detrás mío. "La planta, no debe dictar órdenes al jardinero", murmuró una voz. "Te han conducido aquí, y aquí tienes que aprender."

»A mi alrededor, mientras me volvía a sentar, aturdido, pero también irritado, comenzó una gran discusión en una lengua para mí desconocida. Voces. Voces. Algunas agudas y delgadas, como saliendo de unos gznates de enanos. Otras, profundas, resonantes, sonoras, como toros o yaks en los períodos de celo, mugiendo a través del paisaje. Fuesen quienes fuesen, pensé, no auguran nada bueno para mí, persona díscola, cautivo involuntario. Estuve escuchando con temor e incertidumbre todo el rato que duró la discusión para mí incomprensible. Aquellos pitidos y estruendos como de una trompeta resonando en un desfiladero. ¿Qué gente era ésa?, pensaba yo, ¿pueden los gznates humanos presentar esa multitud de tonos, supertonos y semitonos? ¿Dónde me encontraba? Tal vez me hallaba yo en peores manos que cuando era prisionero de los chinos. ¡Oh, quién tuviera ojos! Ojos para ver lo que ahora me era vedado. ¿Se habría desvanecido acaso el misterio a la luz de la mirada? Pero no, como comprendí luego, el

misterio se habría hecho más profundo. Permanecí sentado, lleno de aprensión y muy asustado. Las torturas que había experimentado en manos de los chinos me habían acobardado, me hacían temer que no podría soportar más, de ninguna manera. Mejor hubiera sido que los Nueve Dragones hubiesen llegado y me consumiesen de una vez que lo que me tocaría soportar por obra de lo Desconocido. Así es que permanecí sentado, ya que no había nada que hacer.

»Altas voces me hicieron temer por mi suerte. De haber tenido ojos para ver, hubiera realizado un desesperado esfuerzo para huir; pero aquel que se encuentra sin ellos está concretamente sin esperanzas, a la merced de todo. La piedra lanzada, la puerta cerrada, las amenazas crecientes que se me presentaban, amenazadoras, opresivas y siempre temerosas. El estrépito experimentó un crescendo. Los gritos chillaban en los más altos registros, como un estruendo de toros en lucha. Temía una violencia sobre mi persona, golpes que llegasen hasta mi persona a través de mis tinieblas eternas. Agarré fuertemente el borde de mi asiento, y lo solté en seguida, pensando que un golpe podría dejarme sin sentidos, mientras que si no encontraba resistencia el choque sería más leve.

»"No temas", me dijo la Voz, ahora para mí familiar. "Se trata únicamente de una reunión del Consejo. Ningún daño puede seguirse para ti. Precisamente estamos discutiendo la mejor manera de instruirte."

»"Alto Señor", repliqué algo confuso. "Estoy sorprendido, en verdad, escuchando cómo los Grandes lanzan sus voces a semejanza de los más humildes pastores de yaks en la montaña." Un divertido rumor de risas celebró mi comentario. Mi auditorio, según parecía, no estaba disgustado por mi tal vez algo loca franqueza.

»"Recuerda eso siempre", replicó el Jardinero. "No importa lo que se alza la voz; siempre hay una razón, una discrepancia. Siempre una opinión que se separa de lo que afirman los demás. Cada cual tiene que discutir, argumentar y, forzosamente, sostener la propia opinión, si no se quiere ser un mero esclavo, un autómata, siempre a punto de aceptar los dictados de

otro. Es preciso discutir, razonar. La libre discusión siempre se interpreta por el observador incomprensivo como el preludio de una violencia física." Tocó mis hombros para tranquilizarme y continuó: "Tenemos aquí personas no solamente de distintas razas, sino de varios mundos. Algunos, son de nuestra galaxia. Otros proceden de galaxias de más allá. Algunos de ellos, a ti te parecerían pequeños enanos, al paso que otros son verdaderos gigantes, seis veces más altos que los que están dotados de menores estaturas". Escuché sus pasos cuando se alejaba para reunirse con el grupo de los demás.

»"Otras galaxias" ¿Qué significaba todo aquello? Gigantes, bueno, igual que los que había oído mencionar en los cuentos maravillosos. Enanos, parecidos a los que se veían a veces en las comedias. Moví mi cabeza; todo aquello estaba más allá de mi comprensión. La Voz me había dicho que no sufriría ningún mal, que se trataba únicamente de una discusión. Pero no siempre los mercaderes de la India que pasan por la ciudad de Lhasa arman esos barullos, trompeteos y voces. Decidí permanecer sentado y aguardar en qué paraba todo aquello. ¡Después de todo, no podía hacer otra cosa!»

Dentro de la fría caverna del ermitaño el joven monje permanecía absorto, embebido escuchando la historia de los extraños seres. Pero no lo estaba tanto que no se percibiese el rumor de sus intestinos. Comida, comida urgente, ahora urgía por completo. El viejo ermitaño cesó de pronto su relato y murmuró: «Sí, precisa un desayuno. Prepara tu alimento. Volveré luego». Diciendo estas palabras, se puso en pie y se encaminó lentamente a su retiro.

El joven monje se apresuró a salir al aire libre. Por unos instantes estuvo contemplando el paisaje; seguidamente se dirigió hasta la orilla del lago, donde la arena fina, de color terroso, brillaba como invitando. De sus vestiduras sacó el cuenco de madera y lo lavó dentro del agua. Llenándolo y meneándolo, estuvo lavado. Tomando un pequeño saco lleno de cebada, que llevaba en el interior de sus hábitos, echó un pequeño puñado en el cuenco y luego llenó de agua del lago la cavidad de su mano. Dentro del cuenco fue amasando la

pasta formada, y con dos dedos de la mano derecha, a modo de cuchara, se sirvió aquel manjar con toda lentitud y ningún entusiasmo.

Una vez hubo acabado de comer, lavó el cuenco en el agua del lago y luego tomó un puñado de aquella arena fina. Entonces frotó enérgicamente aquella vasija por dentro y por fuera y, todavía húmeda, la metió en el seno de su hábito. Luego se arrodilló y extendió el borde de su túnica y recogió arena hasta que no cupo más. Poniéndose de pie, regresó a la cueva. Una vez estuvo en ella echó la arena al suelo e inmediatamente salió en busca de alguna rama caída que tuviese algunos pequeños brotes. Volviendo a la cueva, barrió la arena compacta antes de echar encima una capa de la arena acabada de traer. Con una capa no hubo bastante; hasta después de echar siete de ellas no estuvo satisfecho y pudo sentarse, con una clara conciencia, sobre su sábana de lana de yak.

No poseía ninguna vajilla a la moda de ningún país. Su hábito colorado era todo su atavío. Raído y desgastado en algunos pedazos casi hasta la transparencia, no protegía contra los vientos fríos. No poseía sandalias ni ropa interior alguna. Nada más que esa túnica solitaria, que se quitaba por la noche, cuando se envolvía dentro de la sábana. Como utensilio, únicamente contaba con aquel cuenco, el pequeño saco de cebada y una vieja y estropeada Caja Mágica, desde mucho tiempo sustituida por otra, en la que conservaba un sencillo talismán. No poseía Molino de Plegarías alguno. Esto era para otros más ricos. Llevaba afeitado el cráneo y señalado con las Marcas de la Virilidad, quemaduras que atestiguaban que había soportado las candelas de incienso ardiendo sobre su cabeza para dar testimonio de su capacidad de meditación al sentirse inmune del dolor y el olor de carne quemada. Ahora, habiendo sido elegido para una misión especial, había viajado lejos, hasta la cueva del ermitaño. Pero ahora el día había caminado, con las sombras cada vez más alargadas y el enfriamiento progresivo del aire. Se sentó y aguardó que apareciese el eremita.

Al cabo de una breve espera se escucharon los pasos arrastrados, los golpes del largo bastón y la respiración fatigada del viejo. El joven monje lo miró con renovada reverencia; ¡cuántas experiencias tenía! ¡Cuántos sufrimientos! ¡Qué sabio le parecía! El viejo compareció y se sentó. En aquel mismo instante, una bocanada de aire y una inmensa y peluda criatura, saltó dentro de la entrada de la cueva. El joven monje, se puso de pie de un salto y se preparó a buscar la muerte protegiendo al viejo ermitaño. Agarrando dos puñados de tierra del suelo arenoso, se preparaba a lanzarlos a los ojos del intruso, cuando le detuvo y le tranquilizó la voz del recién venido.

«¡Salud, salud, Santo ermitaño!», gritó como si estuviese dirigiéndose a una persona distante una milla. «Pido vuestra bendición, vuestra bendición por esta noche, que acampamos a la orilla del lago. Aquí — bramó — he traído para vos té y cebada. ¡Vuestra bendición, ermitaño, vuestra bendición!» Poniéndose en movimiento de un brinco, no sin renovar las alarmas del joven monje, se precipitó delante del ermitaño y se prosternó sobre la arena acabada de arreglar. «Té, cebada, aquí, aceptadla.» Saliendo fuera, trajo dos sacos que puso ante el ermitaño.

«Mercader, mercader — respondió humildemente el eremita —, estáis alarmando a un anciano enfermo con vuestra violencia. La paz sea con vos. Pueden las Bendiciones de Gautama reinar sobre vos y habitar dentro de vos. Pueda vuestro viaje ser rápido y vuestro negocio próspero.»

«Y, ¿quién sois vos, joven gallito?», voceó el mercader. «¡Ah!», exclamó el buen hombre, «mis excusas, joven reverendo padre, por culpa de la oscuridad de esta cueva no he visto de momento que sois uno de los del hábito.»

«¿Y qué nuevas nos traéis, mercader?», preguntó el ermitaño con su voz seca y cascada.

«¿Nuevas?», respondió el mercader. «El prestamista indio fue apaleado y robado; cuando fue a los procuradores, volvió a serlo, por haberse descarado con ellos. El precio de los yaks ha bajado; el de la mantequilla ha subido. Los reverendos de

la Frontera han subido sus tarifas. El gran Lama ha viajado hasta el Palacio de las Joyas. ¡Oh!, santo eremita, no hay noticias. Esta noche acampamos al lado del lago, y mañana seguimos nuestro viaje hasta Kalimpong. El tiempo es bueno. Buda nos ha protegido y los diablos nos han dejado en paz. Y vos, ¿necesitáis acaso que os traigan agua, o arena seca para el suelo de vuestra cueva, o bien ese joven padre ya procura por vuestras necesidades?»

Mientras las sombras viajaban hacia las tinieblas de la noche, el ermitaño y el comerciante hablaban y cambiaban noticias de Lhasa, del Tíbet, de la India y más lejos, allá de los Himalayas. Al final, el comerciante se puso en pie y observó con temor la oscuridad creciente. «¡Adiós!, joven santo padre. No puedo ir solo en la oscuridad, los demonios me asaltarían. ¿Podéis acompañarme hasta el campamento?», imploró.

«Estoy a las órdenes del Venerable Ermitaño», contestó el joven monje. «Iré, si el me lo permite. Mis hábitos me protegerán de los peligros de la noche.» El viejo eremita, risueño, le dio el permiso. El delgado monje joven guió el camino fuera de la cueva. El enorme gigante, el mercader, apestando a lana de yak y peor, iba tras el joven lama. A la entrada misma estuvo a punto de dar contra una rama llena de hojas. Se escuchó un graznido y un pájaro asustado se escapó de la rama. El mercader profirió un chillido de terror y se desplomó, como desvanecido, a los pies del joven monje.

«¡Uf!, santo padre», suspiró el mercader. «Pensaba que los diablos me habían hecho prisionero. Pensé, aunque no del todo convencido, que debía devolver los dineros que tomé en préstamo del usurero indio. Vos me habéis salvado, habéis dominado a los diablos. Acompañadme hasta el campamento y os regalaré medio ladrillo de té y un saco lleno de tsampa.» La oferta era demasiado buena para dejarla escapar; así es que el joven monje puso un especial cuidado, recitando las Plegarias de los Muertos, la Exhortación a los Espíritus Inquietos y el Cántico a los Guardianes del Camino. El ruido resultante — puesto que el joven monje no era *nada* músico —



rechazó a todas las criaturas que rondaban por la noche, por donde pueden pasearse los diablos.

Llegaron, por fin, hasta las hogueras del campamento, donde los compañeros del mercader estaban cantando y tañendo instrumentos musicales, mientras las mujeres tostaban ladrillos de té y echaban los mismos en un caldero de agua burbujeando. Un saco entero de cebada bien molida se tiró al caldero y una vieja, con su mano parecida a una garra, extrajo de un saco un puñado lleno de manteca de yak. Luego echó otro y otro en el caldero, hasta que una capa de grasa se extendía y burbujeaba en la superficie.

El resplandor de las hogueras invitaba, y aquella alegría era contagiosa. El joven monje se arropó decorosamente y con toda calma se sentó en el suelo. Una vieja arrugada, cuya barbilla se tocaba con la nariz, le ofreció hospitalariamente algo que tenía en la mano; pero el monje, decorosamente, presentó el cuenco y un generoso tributo de té y tsampa le fue depositado. En aquel aire ligero de la montaña, el agua hervía a menos de cien grados centígrados — o doscientos doce Farenheit —; pero era soportable para los labios. La reunión transcurrió agradablemente y pronto se formó una procesión hasta las aguas del lago, para que el cuenco pudiese lavarse y frotarse con la fina arena de la orilla. Esa arena era de las más finas de la montaña y muchas veces contenía alguna partícula de oro.

La reunión era alegre. Las narraciones de los mercaderes, la música y los cantos amenizaron la velada y la existencia, más bien aburrida, del joven monje. Pero, mientras tanto, la luna ascendía cada vez más, iluminando aquel desolado paisaje y dibujando sombras de una firme realidad. Cesaron las chispas de las hogueras, y se apagaron las llamas. El monje se puso de pie de mala gana y con las gracias y las reverencias debidas aceptó los dones del mercader, que estaba *seguro* de que aquel joven le había salvado de la perdición.

Por fin, cargado de pequeños paquetes, caminó alrededor del lago, encaminándose al bosquecillo de sauces donde se hallaba la boca, tenebrosa y amenazadora, de la cueva. Un mo-

mento, se detuvo el joven y miró hacia las estrellas. Arriba, muy arriba, como próxima a la Morada de los Dioses, una chispa brillante navegaba silenciosamente por los cielos. ¿El Carro de los Dioses, acaso? El joven monje se lo preguntó brevemente a sí mismo, y luego entró a la cueva.

## Capítulo segundo

El bramido de los yaks y los gritos agitados de los hombres y las mujeres despertaron al joven monje. Soñoliento, se puso en pie, arreglando sus vestiduras a su alrededor y encaminándose a la boca de la cueva, para no perder ni un solo detalle del espectáculo. En la orilla, unos estaban ordeñando, otros intentando enjaezar los yaks que permanecían dentro del agua y no se dejaban persuadir a abandonarla. Finalmente, perdiendo la paciencia, un joven mercader se lanzó al agua, tropezando con una raíz sumergida. Con los brazos extendidos dio de cara contra la superficie recibiendo un fuerte golpe. Gruesas gotas de agua se levantaron, y los yaks, asustados, huyeron a la orilla. El joven mercader, cubierto de un lodo cenagoso, y ensuciado cómicamente, salió del barro entre las carcajadas de sus compañeros.

Rápidamente, las tiendas fueron enrolladas, y los utensilios de cocina, después de haber sido frotados con arena, fueron envueltos y la caravana de aquellos mercaderes se marchó lentamente, entre el monótono crujido de los arneses y los gritos de las personas que intentaban vanamente dar prisa a las robustas bestias de carga. Tristemente los contemplaba el joven monje, protegiéndose con las manos del sol naciente. Tristemente estuvo en pie todo el rato, hasta que los ruidos se perdieron en la lontananza.

«¡Oh! — pensaba —, ¿por qué no he sido comerciante y viajar hasta tierras lejanas?» ¿Por qué tenía que pasarse la vida estudiando cosas que parecía que nadie más debía estudiar? Le hubiera gustado ser un mercader, o un barquero de la Rivera Feliz. Necesitaba moverse de una población a otra y ver cosas. Poco podía pensar que vería «sitios y cosas», hasta que su cuerpo le pidiese reposo y su espíritu suspirase por la paz. Ignoraba que su destino sería vagar por la superficie de la Tierra y sufrir increíbles tormentos. En aquellos momentos, necesitaba únicamente ser un mercader o un barquero — cual-

quier cosa, menos lo que era —. Lentamente, cabizbajo, cogió una rama del suelo y regresó a la cueva, a barrer el suelo y extender arena nueva.

El viejo eremita, lentamente, se presentó. Incluso para la inexperta mirada del joven, decaía a ojos vistas. Jadeando, se sentó y dijo con una voz ronca: «Se acerca mi tiempo; mas no puedo marcharme sin transmitirte antes mi sabiduría. Aquí hay unas especiales gotas de yerbas que me proporcionó mi famoso Guía para tales casos; aun en el caso de que me desmayase, introduce seis gotas en mi boca y al instante volveré a vivir. Tengo prohibido abandonar mi cuerpo hasta que no haya cumplido mi misión». Buscó entre sus vestiduras y entregó al joven un pequeño frasco de piedra que el monje tomó con especial cuidado. «Ahora, continuaremos», dijo el anciano. «Podremos comer cuando yo me sienta cansado y también reposar. Ahora escucha bien y pon especial cuidado en recordar. No dejes escapar tu atención porque estas cosas son mucho más importantes que mi vida y tu vida. Es un saber que tiene que ser preservado y transmitido cuando llega la plenitud de los tiempos.»

Después de un breve reposo, pareció recobrar fuerzas y algo de color subió a sus mejillas. Sintiéndose más restablecido, continuó: «Habrás recordado que yo te he explicado todo lo sucedido hasta cierto momento. Vamos, pues, a continuar. La discusión se prolongó y era, en mi opinión, muy acalorada; pero llegó un instante en que se terminó aquel debate. Se produjo el ruido de varios pies que se arrastraban; después pasos, pasos ligeros como de algún pájaro saltando sobre la yerba, otros lentos como el caminar de un yak cargado pesadamente. Sonido de pasos que me intrigaron profundamente porque algunos de ellos me parecían no proceder de seres humanos parecidos a los que yo había conocido. Pero mis meditaciones sobre las diferentes maneras de caminar se acabaron súbitamente. Otra mano agarró mi brazo y una voz ordenó: "Ven con nosotros". Otra mano cogió mi otra y fui conducido a un pasillo que mis pies desnudos sintieron como si fuese pavimentado de metal. La ceguera desarrolla los de-

más sentidos; noté que caminábamos a lo largo de una especie de tubo metálico, si bien me fue imposible imaginar de qué se trataba concretamente».

El anciano se detuvo como para imaginar aquella inolvidable experiencia; luego continuó: «Pronto llegamos a una área más espaciosa, a juzgar por los ecos que sentía. Allí escuchaba un sonido metálico, deslizándose ante de mí, y uno de los que me acompañaban habló respetuosamente a un personaje que evidentemente era un superior. Lo que dijo no podía comprenderlo, puesto que se trataba de un lenguaje compuesto de chillidos y chirridos. En respuesta vino lo que sin duda era una orden y me sentí empujado hacia adelante, mientras una materia metálica se cerraba con un ruido atenuado detrás de mi persona. Permanecía yo allí sintiendo que alguien me estaba mirando con fuerza. Se sintió un rumor y un crujido semejantes a los que se produjeron cuando, antes, me senté, así me lo pareció. Seguidamente, una mano delgada y huesuda, tomó mi mano derecha y me guió hacia adelante».

El ermitaño hizo una breve pausa, sonriendo. «¿Puedes imaginar mis sensaciones? Yo era un milagro viviente; no sabía lo que tenía delante y tenía que obedecer sin dilación a los que me conducían. Mi acompañante, al final, habló en mi propio lenguaje. "Siéntate", me ordenó, mientras me empujaba para que me sentase. Abrí la boca asustado; a los dos lados había como unos brazos, probablemente para no caerse si uno se dormía por culpa de aquella blandura extraña. La persona que yo tenía enfrente, me pareció que se divertía mucho con mis reacciones; diría que se trataba de una risa mal reprimida. Muchos, parece que se divierten viendo como se toman las cosas aquellos que no pueden ver.

»"Me parece que os sentís extraño y asustado", dijo la voz de aquella persona que yo tenía enfrente. ¡Por fin, llegaba un reconocimiento! "No te alarmes" — continuó la voz —, por que no recibirás daño alguno. Las pruebas que de ti tenemos, muestran que tenéis una gran memoria eidética, de manera que vamos a comunicaros información — que jamás olvidaréis — y que más tarde transmitiréis a otro que pasará por

vuestro camino." Todo eso me parecía misterioso y muy alarmante, pese a las seguridades que se me daban. No dije nada, pero permanecí sin moverme, aguardando nuevas explicaciones, que no tardaron en llegar.

»"Ahora vas a ver — continuó la voz —, a todo el pasado, el nacimiento de nuestro mundo, el origen de los dioses y, por qué razón carros de fuego cruzan el firmamento y nos infunden temor." Respetado Señor — yo exclamé —, usáis la palabra "ver"; pero mis ojos han sido vaciados y estoy ciego del todo. Entonces escuché una reprimida exclamación de enojo y la réplica más bien áspera: "Conocemos todo cuanto se refiere a ti, más que tú mismo sabes. Tus ojos han sido suprimidos; pero el nervio óptico aún permanece. Con nuestra ciencia conectaremos con el nervio óptico y tú verás lo que te sea preciso ver".

»"¿Significa esto, que volveré a ver por el resto de mi vida?", pregunté.

»"No, no podrá ser", me contestaron. "Empleamos tu persona para un fin determinado. Concederte el don de la vista permanentemente, significaría dejarte mover sobre este mundo con un saber muy adelantado para nuestros tiempos; y esto no es lícito. Ahora, basta de conversación; voy a advertir a mis ayudante."

»Inmediatamente se produjo un respetuoso sonido como de llamar a una puerta, seguido por un deslizarse de un objeto metálico. Se entabló una conversación; evidentemente, dos personajes habían entrado. Noté que mi silla se movía e intenté encaramarme; pero, con horror, me sentí inmovilizado. No podía mover ni un solo dedo. Con plena conciencia por mi parte, me notaba movido de una parte a la otra, sobre esta extraña silla. Seguíamos corredores, cuyos ecos me proporcionaban raras sensaciones. Después de una pronunciada curva, curiosos olores asaltaron las encogidas ventanas de mis narices. Nos detuvimos a una voz de mando, sólo murmurada, y unas manos me cogieron por las piernas y por los sobacos. Con facilidad, fui trasladado, arriba, al lado, hacia abajo. Estaba yo alarmado; más exactamente, aterrorizado. El terror

subió de punto cuando una venda gruesa fue colocada alrededor de mi brazo derecho exactamente sobre el codo. La presión fue en aumento hasta que noté como si se hinchase mi antebrazo. Luego vino un pinchazo en mi tobillo izquierdo y una rara sensación como si algo se hubiese infiltrado dentro de mí. Otro aparato, a una voz de mando, fue aplicado a mis sienes y entonces sentí como dos discos de hielo en aquella parte de mi cuerpo. Reinaba un ruido como el zumbido de abejas en la lejanía, y sentía que mi conciencia me abandonaba.

»Centellas brillantes de luz, parpadearon ante mi visión. Franjas de colores verdes, rojas, moradas y de todos los colores. Entonces exclamé: «No veo nada, debo de estar en el País de los Diablos y deben de estar preparando tormentos para mi persona." Un agudo y doloroso pinchazo — como de un alfiler — aumentaba mi terror. ¡No podía más! Una voz me habló en mi lengua: "No te asustes, no queremos hacerte daño; estamos arreglando las cosas para que puedas ver. ¿Qué color ves ahora?" De este modo, me olvidé de mis temores y fui explicando cuando yo veía rojo, verde y otros colores. Luego lancé un grito de sorpresa. Podía ver; pero cuanto veía era para mí tan raro, que apenas podía comprender nada.

»¿Quién puede describir lo indescriptible? ¿Cómo se puede explicar una escena a otro, cuando no existen, en la lengua, palabras apropiadas, ni conceptos que puedan aplicarse? ¿Sólo puedo decir que veía? Aquí, en el Tíbet, estamos bien provistos de palabras y frases apropiadas para los dioses y los demonios; pero cuando se trata de las obras de los dioses y de los demonios, no sé ni lo que se ve, ni lo que se debe hacer, ni describir. Sólo podía decir que yo veía. Pero mi visión no se hallaba situada en mi cuerpo y así podía verme a mí mismo. Era una experiencia enervante; que no tenía ganas de volver a experimentar. Pero déjame explicar por orden, desde el comienzo.

»Una de las voces, me preguntó si veía el color rojo, cuándo el verde y cuándo los demás colores, y entonces dio comienzo a la impresionante experiencia, con esta maravillosa luz blan-

ca y me encontré con que estaba contemplando — es la palabra más apropiada una escena completamente distinta de todo cuanto antes había visto. Estaba recostado, medio tendido, medio sentado, apoyado sobre lo que parecía una plataforma metálica. Parecía que ésta se aguantaba sobre un pilar solitario, y tenía miedo de que toda la estructura se viniese abajo de un momento a otro, y yo junto con ella. La atmósfera del conjunto era de una limpieza jamás vista. Las paredes, fabricadas de un material resplandeciente, no presentaban ni una mancha; eran de un tinte verdoso, muy agradable y suave a la vista. Sobre esa extraña habitación, que era como un salón inmenso, según mi concepto de las proporciones, se veían piezas de maquinaria que no puedo explicar, ya que no existen palabras para describirte su rareza.

»Pero las personas que se hallaban en esta habitación me produjeron extrañeza y miedo, hasta el punto de que estuve a pique de proferir gritos de alarma y llegué a pensar que se trataba de algún truco de óptica. Había un hombre al lado de una máquina. Su talla sería el doble de un hombre de los llamados buenos mozos. Mediría cerca de unos cuatro metros de altura y su cabeza presentaba una forma cónica, terminando en punta como el cabo más agudo de un huevo. No se le veía cabello y era enorme. Parecía ir vestido de un paño verdoso que le llegaba del cuello a los tobillos y, cosa extraordinaria, le cubría los brazos hasta las muñecas. Me horrorizó el ver que llevaba una piel que le cubría las manos. Pensé qué significación religiosa podía tener eso, o bien que me consideraban impuro y tenían algo que ocultarme.

»Mis miradas se alejaron de este gigante; había dos más que, por su silueta, juzgué que debían de ser mujeres. Una de ellas tenía el cabello negro y ensortijado, mientras la otra lo tenía blanco y lacio. Pero debido a mi falta de experiencia en lo referente al sexo femenino, dejemos esos detalles aparte, que no interesan.

»Las dos mujeres miraban hacia mi persona y, entonces, una de ellas señaló con la mano en una dirección que yo no había observado. Allí vi a un ser extraordinario, un enano, un gno-



mo, una figura diminuta, cuyo cuerpo era comparable al de un niño de unos cinco años, según pensé. Pero, lo que es su cabeza, era descomunal; un cráneo como una inmensa bóveda, sin nada de pelo, ni rastros en todo cuanto se veía sobre el personaje. Las mejillas eran pequeñas, muy pequeñas, y los labios no eran tales como los tenemos nosotros, sino que parecían más bien un orificio triangular. La nariz era chica, no tanto una protuberancia como un pellizco. Era, claramente, la persona más importante de todas, ya que los demás le contemplaban con reverente actitud, dirigiéndose a su persona.

»Pero entonces, aquella mujer movió su mano de nuevo, y la voz de una persona a quien yo no había antes prestado atención, me habló en mi propia lengua diciendo: "Mira delante de tus ojos; ¿ves algo?" Con esas palabras mi interlocutor se presentó ante mi campo visual. Parecía ser el más normal, a mis ojos. Semejaba — quiero decir vestido como se presentaba — tal vez un marchante indio, de manera que puedes imaginarte lo que era normal. Avanzó hacia mí y señaló hacia una sustancia brillante. Miré en su dirección (así lo supongo; pero mi mirada, estaba fuera de mi cuerpo). Yo no tenía ojos ¿dónde, en realidad, puso el objeto que él veía por mi cuenta? Y, cuando yo miré, sobre la pequeña plataforma que estaba unida al extraño banco de metal donde me hallaba yo recostado, vi la forma de una caja. Estaba yo reflexionando cómo podía yo ver aquel objeto, si era aquel gracias al cual yo estaba viendo, cuando se me ocurrió que el objeto de enfrente, aquella cosa brillante, era una especie de reflector; entonces, el ser más normal movió el reflector ligeramente, alteró su ángulo de incidencia y entonces grité con horror y consternación, al verme a mí mismo, yaciendo sobre la plataforma. Me había visto antes de que me arrancasen los ojos. De vez en cuando había llegado al borde del agua para beber y había contemplado mi imagen reflejada en la tranquila corriente; así es que podía reconocerme a mí mismo. Pero ahora, en esta superficie sobre la cual se reflejaba, vi un rostro enjuto que parecía estar al borde de la muerte. Llevaba una venda alre-

dedor de un brazo y otra alrededor de un tobillo. Extraños tubos salían de esas vendas hacia no sabía dónde. Pero un tubo salía de uno de los agujeros de mi nariz y estaba conectado con una botella transparente, ligada a una varilla de metal, que se encontraba a mi lado.

»Pero, ¡la cabeza!, ¡la cabeza! Sólo con recordarlo vuelve mi agitación. De mi cabeza, exactamente de mi frente, surgían una gran cantidad de piezas metálicas que parecían emerger del interior. Las cuerdas metálicas iban a parar, casi todas, a la caja que yo había visto ya sobre la pequeña plataforma que estaba a mi lado. Pensé que se trataba de una extensión de mi nervio óptico que conducía a la cámara oscura; pero su mirada me causaba un horror creciente y quise arrancar, todos aquellos objetos, de mi persona; pero me di cuenta de que no podía mover ni un solo dedo. Sólo me era posible estar allí acostado contemplando las cosas extrañas que me ocurrían.

»El hombre de apariencia normal alargó su mano hacia la cámara oscura y si me hubiese sido permitido moverme habría reaccionado vivamente. Pensé que introducía los dedos en mis ojos — ¡la ilusión era tan completa! —. Pero, en vez de ello, movió de sitio ligeramente la caja y entonces tuve otras perspectivas. Podía ver del lado de atrás de la plataforma donde me hallaba tendido. Pude ver otras personas. Su aspecto era del todo normal: uno era blanco, el otro amarillo, como un mongol. Estaban mirándome sin pestañear, sin darse cuenta de mi persona. Parecían más bien fastidiados por todo aquello, y me acuerdo haber pensado que de haber estado en mi lugar no se habrían sentido fatigados. La voz volvió a escucharse, diciendo: "Bien; por una breve tiempo, ésta es tu vista. Esos tubos te alimentan de imágenes; otros tubos hay que te aligeran y atienden a otras funciones. Por ahora, no puedes moverte, porque tememos mucho que, si pudieses, en tu nerviosismo, te harías daño a tu persona. Es para tu propia protección, que te hallas inmovilizado. Pero no tengas miedo, nada de malo tiene que pasarte. Cuando hayamos acabado nuestra tarea, podrás volver a otra parte del Tíbet con tu salud restablecida, y te sentirás normal ex-

cepto por lo que se refiere a tu vista; porque seguirás privado de tus ojos. Ten por entendido que no podrás marcharte llevando esta cámara oscura". Entonces, sonrió ligeramente en mi dirección y se retiró hacia atrás, fuera del campo de mi visión.

»La gente se movía por allí, examinando varios objetos. Se veían una cantidad de objetos redondos parecidos a pequeñas ventanas, cubiertas con cristales finísimos. Pero detrás de los cristales parecía no haber nada importante, excepto una pequeña aguja que se movía y señalaba ciertas extrañas marcas. Todo ello, para mí, no tenía sentido alguno. Recorrí el conjunto con la mirada; pero estaba todo fuera de mi comprensión y dejé de prestar mi atención a todo aquello, que se encontraba más bien lejos de mi alcance.

»Pasó un tiempo, y yo me encontraba acostado, ni descansado ni cansado, pero como en éxtasis, más bien sin sentimiento alguno. Ciertamente, no sufría ni sentía inquietud alguna. Me parecía experimentar un cambio sutil en la composición química de mi cuerpo, y entonces en el borde visual de la cámara oscura vi que un individuo iba dando la vuelta a unos grifos que salían de una serie de tubos de vidrio fijos en una armazón de metal. A medida que el individuo en cuestión daba vueltas a esas llaves, detrás de las ventanillas de cristal se marcaban diferentes puntos. El personaje más pequeño, el mismo que yo había tomado por un enano, pero que, por lo visto, era uno de los jefes, dijo algunas palabras. Entonces, dentro de mi campo visual entró un personaje que me habló en mi propia lengua, y me dijo que en aquel momento iba a ponerme dentro de un estado de sueño, a fin de que yo me restaurase, y entonces, una vez yo me hubiese alimentado y conciliado el sueño, se me explicaría lo que debía serme explicado.

»Apenas acabó su discurso, recobré mi conciencia, como se me había interrumpido. Más tarde, comprendí que las cosas, en efecto, marchaban así; tenían un instrumental instantáneo e inofensivo, que me sumía en la inconsciencia sólo mediante la presión de un dedo.

»Cuánto dormí, no tengo la menor idea, ni medios para saberlo; pudo ser tanto una hora, como un día entero. Mi despertar fue tan instantáneo como había sido el dormirme anteriormente; por un instante, estuve inconsciente, mas, al momento, me sentía despierto del todo. Muy a pesar mío, mi nuevo sentido de la vista no funcionaba. Era ciego como antes. Raros sonidos me asaltaban — el "cling" del metal contra el metal, el vibrar del vidrio —. Luego, unos pasos rápidos alejándose. Me llegó a los oídos el ruido de un deslizarse metálico y todo permaneció en la quietud por unos momentos. Yo estaba allí, acostado, maravillándome de los extraños acontecimientos que habían traído un trastorno semejante en mi vida. Dentro del mismo instante en que el temor y la ansiedad brotaban intensamente en mí, llegó algo que retuvo mi atención.

»Unos pasos como de pies calzados con chinelas, breves y destacados, me llegaron a los oídos. Eran dos personas, acompañadas por un ruido lejano de voces. El ruido fue creciendo y se dirigió a mi habitación. De nuevo, aquel deslizarse de un cuerpo metálico, y los dos seres femeninos — porque así determiné que eran — se acercaron hablando en sus agudos chillidos nerviosos. Hablaban las dos a la vez, o así me lo parecía. Se detuvieron, cada una a uno de mis ambos lados y, horror de horrores, me desnudaron de mi capa — única cobertura de mi cuerpo —. Nada pude hacer por remediarlo. No tenía fuerzas ni podía moverme. Me encontraba en poder de aquellas mujeres desconocidas. Yo, un monje, que nada sabía de las mujeres — que no tengo inconveniente alguno en confesarlo —; sentía horror a las mujeres.»

El viejo ermitaño se calló. El joven monje lo contemplaba, pensando con horror en la terrible afrenta que representaba aquel suceso. En la frente del ermitaño, un tenue hilo de sudor humedecía la piel bronceada, como si reviviese aquellos instantes horribles. Con manos temblorosas agarró su cuenco, lleno de agua. Bebió unos pocos sorbos y lo depositó con todo cuidado detrás de su persona.

«Mas algo peor sucedió luego — prosiguió con voz vacilan-

te —. Aquellas mujeres jóvenes acostaron sobre uno de mis flancos mi cuerpo y, por fuerza, introdujeron un tubo dentro de una parte inmencionable de mi cuerpo. Me entró aquel líquido y cuidé reventar. La modestia me exime de explicar cuánto ocurrió por obra de aquellas mujeres. Pero aquello era sólo un comienzo: me lavaron mi cuerpo desnudo de arriba abajo y mostraron la más vergonzosa familiaridad con las partes privadas de mis órganos masculinos. Me ruboricé de pies a cabeza y todo yo me sentí cubierto de la mayor confusión. Agudas varillas de metal fueron introducidas en mi cuerpo y el tubo, que se hallaba en los agujeros de mi nariz, fue quitado y otro me fue colocado forzosamente. Entonces, se me colocó una sábana que me cubría de los pies a la cabeza. Pero aún no habían terminado; entonces padecí un doloroso afeitado de mi cráneo y varias cosas inexplicables sucedieron hasta que se me aplicó una sustancia muy pegajosa e irritante sobre la parte afeitada. Durante todo el tiempo, las dos jóvenes estuvieron charlando y bromeando como si los diablos les hubiesen sorbido los sesos.

»Después de un largo rato, se escuchó de nuevo el deslizarse de la puerta metálica y unos pasos más pesados se acercaron, mientras la charla de aquellas mujeres se interrumpía. La Voz que hablaba en mi lengua, me dijo amablemente: "¿Cómo se encuentra?"

»"¡Terriblemente mal!", repliqué vivamente. "Vuestras mujeres me dejaron en cueros y abusaron de mi cuerpo en forma increíble." Mi respuesta, pareció divertirles enormemente. Dicho con todo mi candor, se percieron de risa viendo que no hice nada para disimular mis reacciones.

»"Nos era indispensable lavarte — dijo —, debes tener tu cuerpo limpio de escorias y tenernos también que hacer lo propio con los aparatos que te aplicamos. Por eso, varios tubos y conexiones eléctricas tienen que ser reemplazados por otros esterilizados. La incisión en tu cráneo tiene que ser inspeccionada y puesta en condiciones de nuevo. Sólo tienen que quedarte unas pocas cicatrices ligeras cuando te marches de aquí." El viejo eremita bajó su cabeza hacia el joven monje. «Mira

— le dijo — aquí, sobre mi cabeza, hay cinco señales.» El joven monje se puso de pie y contempló con profundo interés el cráneo del ermitaño. Las señales estaban allí; cada una tendría dos dedos de anchura y mostraba una depresión de color blanquecino. ¡Qué temeroso — pensó el joven monje — sería una experimento semejante, administrado por mujeres! Involuntariamente se sentó, como si temiese al ataque de un enemigo desconocido.

El eremita continuó: «No me sentí calmado por las palabras del recién venido, sino que pregunté: "¿Pero fui manipulado por mujeres? ¿No hay hombres, si un tratamiento de esta naturaleza era imperativo?"».

»El que me tenía cautivo — ya que así lo consideraba — se rió de nuevo y replicó: "Querido amigo, no seas tontamente púdico. Tu cuerpo desnudo — tal como se halla — no significa nada para ellas. Aquí vamos todos desnudos la mayor parte del tiempo, en nuestras horas de guardia. Nuestro cuerpo es el Templo del Super-yo y es en absoluto puro. Los que sienten escrúpulos es que tienen pensamientos que les inquietan. Por lo que se refiere a las mujeres que cuidan de ti, son enfermeras y están instruidas en este trabajo.

»"Pero, no puedo moverme, ¿por qué? — pregunté —. Y ¿por qué razón no se me permite ver? ¡Esto es una tortura!" »"No te puedes mover" — me dijo —, porque puedes tirar de los electrodos y causarte daño. O puedes causarlo al equipo que está a tu alrededor. No permitimos que te acostumbres a ver, porque cuando te marches serás ciego, y cuanto más hagas servir el sentido de la vista, olvidarás más el sentido del tacto, que los ciegos desarrollan. Sería para ti un tormento si te permitimos la vista hasta que te marches, porque entonces te sentirías desamparado. Tú estás aquí no por placer, sino para ver y escuchar y ser el depositario de un conocimiento, ya que otro tiene que venir y adquirir de ti esta sabiduría. Normalmente, este saber tiene que ser escrito; pero tememos desencadenar otra furia de «Libros Sagrados», o semejantes fórmulas. Sobre el saber que tú ahora absorberás y más tarde transmitirás, se escribirá acerca de él. Mientras tanto, no oh

vides que estás aquí, no para tus propósitos, sino para los nuestros."»

En la cueva, reinaba el silencio; el viejo eremita hizo una pausa, antes de continuar. «Déjame descansar por ahora. Necesito reposarme un rato. Tú puedes traer agua y limpiar la cueva. Hay que moler la cebada.»

«¿Tengo que limpiar el interior de vuestra cueva, Venerable padre?» preguntó el joven monje.

«No; lo haré yo mismo, cuando haya descansado; pero tráeme arena para mí, y déjala en este sitio.» Diciendo esto, buscó sin prisas en un pequeño rincón de las paredes de piedra. «Después de haber comido tsampa y sólo tsampa por más de ochenta años — dijo con cierta animación —, siento ganas de probar otros manjares, precisamente ahora que estoy a punto de no necesitar nada.» Movi6 su anciana cabeza blanca y a6adi6: «Probablemente, el choque de un alimento diferente me matar6.» Después de esto, el anciano entr6 en su habitaci6n privada, que el joven monje desconocía.

El joven monje trajo una gruesa rama, desgajada en la entrada de la cueva, y empez6 a rascar el suelo. A fuerza de ir rascando, barri6 todo lo que había en el suelo y lo distribuy6 de manera que no obstruyese la entrada. Cargado con el material que trajo del lago en el regazo de su capa, extendió la arena por el suelo y la fue apisonando. Con seis idas y venidas suplementarias trajo la arena suficiente para el anciano anacoreta.

En el extremo interior de la cueva se veía una roca cuya parte superior era lisa, con una depresión formada por el agua, muchos años atr6s. Dentro de esta depresión puso dos pu6ados de cebada. La piedra, pesada y redonda, que se hallaba cerca era sin duda el instrumento adecuado al prop6sito. Levant6ndola con alg6n esfuerzo, el joven monje se sorprendió pensando que un anciano como era el ermita6o, ciego y debilitado por los ayunos, pudiese manejarla. Pero la cebada — completamente tostada -- debía ser molida. Pegando con la piedra con un ruido resonante, le imprimió una semi-rotaci6n y volvi6 a elevarla para un nuevo golpe. Mon6tona-

mente, continuó machacando la cebada, imprimiendo media vuelta a la piedra, para moler los granos más finos, recogiendo la harina que se iba formando y reponiendo el grano molido. ¡Turn! ¡Tum! ¡Tum! Por fin, con los brazos y la espalda doloridos, quedó satisfecho con el montón de lo molido. Luego, después de haber frotado la roca y la piedra con arena, para limpiar cualquier residuo de grano que hubiese resultado adherido, puso cuidadosamente la harina en la vieja caja que estaba allí a este propósito y se encaminó, cansado, a la entrada de la cueva.

La tarde, ya avanzada, aún resplandecía y se calentaba al sol. El joven monje se recostó sobre una piedra y revolvió perezosamente su tsampa con la punta de un dedo para mezclarla. En una rama, un pajarilla, encaramado en ella, con la cabeza inclinada, observaba esas operaciones con elocuente confianza. Por el lado de las aguas, un pez de buen tamaño saltó, con el intento coronado por el éxito de zamparse un insecto que volaba muy bajo. Muy cerca, un roedor se aplicaba a sus tareas, en la base de un árbol, plenamente olvidado de la presencia del joven monje. Una nube oscureció el calor de los rayos de sol, y al joven le entró un temblor súbito. Poniéndose de pie de un salto, lavó su cuenco y lo frotó con arena. El pájaro se escapó volando con un chillido de alarma y el roedor se escapó alrededor del tronco del árbol y se puso en guardia con los ojos bien abiertos y brillantes. Metiendo el cuenco en el seno de su túnica, el joven monje se apresuró a volver hacia la cueva.

En la cueva se hallaba sentado el viejo eremita; mas no erguido, sino apoyado contra una pared. «Me gustaría sentir el calor del fuego sobre mi persona — dijo —, porque no he podido encenderlo para mí en todos los sesenta o más años pasados. ¿Querrías encender una hoguera para mí, y así los dos podríamos sentarnos a la boca de la cueva?»

«Con mucho gusto», respondió el joven monje. «¿Tenéis pedernal o yesca?»

«No, no poseo más que mi cuenco, mi caja de cebada y mi par de vestiduras. No tengo ni tan siquiera una sábana.» Así



es que el joven monje puso su propia sábana harapienta alrededor de los hombros del anciano y salió fuera de aquella caverna.

No muy lejos, la caída de una roca había sembrado el suelo de pequeños pedazos de la misma. Allí, el joven monje pudo hallar dos pedazos de pedernal que se adaptaban muy bien a las palmas de sus manos. A modo de experimento, golpeó un guijarro contra el otro con un movimiento de frote; con eso obtuvo una pequeña corriente de chispitas al primer intento. Puso las dos piedras en el seno de su vestidura y luego se dirigió a un árbol muerto, cuyo tronco sin duda había sido alcanzado por un rayo desde hacía largo tiempo. En el hueco de su interior, buscó y halló un puñado de pedazos secos de madera, de color de hueso, podridos y polvorientos. Con cuidado los fue poniendo entre sus vestiduras; después recogió ramas secas y quebradizas que se hallaban dispersas alrededor del árbol. Cargado hasta el límite de sus fuerzas se dirigió a la cueva y satisfecho descargó todos esos objetos en la parte exterior de la entrada, en un sitio bien abrigado del viento dominante, de forma que después la cueva no pudiese verse invadida por el humo.

En el suelo arenoso, con la rama que le servía de escoba, trazó una ligera depresión y con el par de pedernales a su lado, construyó un montoncito de troncos reducidos a pedazos y los cubrió con madera podrida que, a fuerza de enrollarla con sus dedos, quedó convertida en un polvo como de harina. Entonces, con expresión aplicada, cogió los pedazos de pedernal, uno en cada mano, y los hizo chocar el uno contra el otro, procurando que la escasa corriente de chispas, pudiese caer sobre aquel polvillo de madera. Repitió muchas veces la operación, hasta que consiguió que apareciese una partícula de llama. Inclinandose entonces, hasta tocar con el pecho al suelo, con todo cuidado, fue soplando aquella preciosa centella. Poco a poco, cada vez se fue haciendo más brillante. La pequeña chispita creció más y más, hasta que el joven monje pudo apartar una mano y colocar algunos brotes secos alrededor, junto con algo que hacía de puente de la pequeña man-

cha de fuego. Fue soplando continuamente, y, finalmente, tuvo la satisfacción de ver una verdadera llama de fuego extendiéndose a lo largo de las ramas.

Ninguna madre cuida tanto a su recién nacido como aquel joven se dedicaba con toda su atención a la llama naciente. Ella, gradualmente, crecía cada vez más brillante. Luego, finalmente, triunfando, añadió troncos cada vez más gruesos a la hoguera, que empezaba ya a brillar francamente. El joven monje, entonces, entró en la cueva y fue hasta donde se hallaba el viejo ermitaño. «Venerable padre — dijo el joven monje —, el fuego ya está a punto; ¿puedo acompañaros?» Luego, puso un palo robusto en la mano del anacoreta, y, ayudándole con toda lentitud a ponerse en pie, le acompañó delicadamente hasta la vera del fuego, del lado por donde no pasaba el humo. «Me voy a buscar más leña para la noche», dijo el joven monje. «Pero antes voy a poner los pedernales y la yesca dentro de la cueva, para que se conserven secos.» Diciendo esas palabras, reajustó la sábana sobre la espalda del anciano; le puso agua a su lado y depositó el pedernal y la yesca al lado de la caja de la cebada.

Dejando la cueva, el joven monje cuidó de añadir más leña al fuego y se aseguró de que el anciano no corría ningún peligro de ser alcanzado por las llamas; después, se marchó y se dirigió hacia donde se hallaba el campamento donde estuvieron hacía poco aquellos mercaderes. Podían haber dejado algo de leña, pensó. Pero, no habían dejado leña alguna. Mejor aún, se habían olvidado de un recipiente de metal. Evidentemente, se les había caído sin que ellos se diesen cuenta al cargar los yaks, o tal vez al marcharse. Podía ser también que otro yak hubiese dado con una pata al utensilio, y éste hubiese ido a rodar detrás de una piedra. Ahora, para el joven monje, esto era un tesoro. Un grueso clavo se hallaba al lado del recipiente, por algún motivo que se escapaba al monje; pero que iba a prestar algún servicio, estaba seguro.

Buscando con toda la diligencia por aquellos parajes alrededor del bosquecillo de árboles, no tardó en reunir una pila de madera muy satisfactoria. Yendo y viniendo de la cueva, al-

macenó en ella toda aquella leña dentro de la caverna. Nada dijo al viejo ermitaño de aquellos hallazgos. Quería darle una agradable sorpresa y tener el placer de contemplar la satisfacción del anciano al poder beber té caliente. Ya tenían té, porque el mercader les trajo alguno; pero carecían de medios para calentar el agua, hasta entonces.

La última carga de leña, había sido ya depositada y, sin hacer nada, se hubiera perdido aquella jornada. El joven monje vagaba de un lado a otro, buscando procurarse una rama de dimensiones convenientes. En un soto a orillas del lago, vio de pronto un montón de harapos. Quién los había llevado hasta allí, lo ignoraba. Mas, la extrañeza dio paso al deseo. Avanzó para levantar del suelo aquellos harapos y, de pronto, pegó un brinco, al escuchar que un llanto salía de aquel montón de trapos. Inclinandose, se dio cuenta de que aquellos «harapos» eran un cuerpo humano; un hombre flaco lo increíble. Alrededor de su cuello, llevaba una tanga (\*). Una tabla de madera, cuya longitud sería en total de cerca de más de metro y medio. Dicha tabla, abierta por enmedio a lo largo, tenía como una charnela y, por el otro, un candado cerrado. El centro del madero estaba formado de manera que se ajustaba alrededor del cuello de la víctima. Aquel hombre era un esqueleto viviente.

El joven monje, arrodillándose, dejó en el suelo las ramas del bosquecillo que llevaba encima; luego, poniéndose en pie, corrió al agua y llenó su cuenco. Con toda prisa, volvió hasta aquel hombre caído e introdujo el agua por su boca ligeramente entreabierta. Aquel hombre se estremeció y abrió los ojos. «Quise beber — musitó —, y me caí al agua. Gracias a esa tabla floté, casi a punto de hundirme. Estuve días en el agua y, ahora mismo, he podido remontar la orilla». Y se calló, exhausto. El joven monje le trajo más agua, y luego agua mezclada con harina. «¿Puedes quitarme esto de encima?», preguntó el hombre. «Pegando con dos piedras esta cerradura, la podrás abrir.»

(\*) Instrumento chino de suplicio. (*N. del T.*)

El monje se puso en pie y fue a la orilla del lago, buscando las piedras idóneas. Cuando estuvo de vuelta puso la mayor de las dos piedras bajo uno de los extremos de la tabla, y pegó fuerte con la otra piedra. «Intenta por el otro lado — dijo aquel hombre —, y pega sobre el pitón que atraviesa de parte a parte. Húndelo con todas tus fuerzas.» Con todo cuidado, el monje puso en su debida posición el madero y pegó con toda su alma. Apretando luego, después un fuerte crujido, la cerradura cayó por su lado. Entonces pudo abrir el instrumento de tortura y dejar libre el cuello de aquel hombre que, en su esfuerzo, se había ensangrentado.

«Irás a parar al fuego — dijo el joven monje —, sería una lástima que se perdiese.»

## Capítulo tercero

Durante un largo rato, el joven monje estuvo sentado en el suelo, acunando la cabeza del enfermo e intentando alimentarlo con pequeñas cantidades de tsampa. Finalmente, se detuvo y dijo entre sí: «Tendré que llevaron a la cueva del ermitaño». Diciendo esto, levantó el cuerpo de aquel hombre y procuró colocárselo sobre un hombro, con la cara hacia abajo y plegado como una sábana arrollada. Con paso vacilante por la carga, dirigió sus pasos hasta el bosquecillo, y de allí a la cueva. Por fin, después de lo que parecía un viaje interminable, llegó a la vera del fuego. Allí depositó delicadamente aquel hombre sobre el suelo. «Venerable — dijo al ermitaño --, encontré a este hombre en un soto cerca del lago. Llevaba una canga alrededor del cuello y está muy grave. Le quité la canga y lo he traído aquí.»

Con una rama, el joven monje reavivó el fuego de manera que se elevó un enjambre de chispas y el aire se llenó de un agradable olor a madera quemada. Deteniéndose sólo para aparejar más leña, se volvió de espaldas al viejo eremita. «¿Una canga?», dijo éste. «Significa que se trata de un presidiario; pero, ¿qué hace un presidiario aquí? No importa lo que haya hecho; si está enfermo, debemos hacer cuanto podamos por él. Tal vez puede hablar...»

«Sí, Venerable», murmuró aquel hombre con una voz débil. «He ido demasiado allá para poder ser auxiliado físicamente. Necesito un auxilio espiritual, para morir en paz. ¿Puedo hablaros?»

«Con toda certeza», replicó el viejo ermitaño. «Habla, que te escuchamos.»

El enfermo humedeció sus labios con agua que le proporcionó el joven monje, aclaró su garganta, y dijo: «Fui un afortunado platero de la ciudad de Lhasa. Los negocios me marchaban muy bien; siempre, de los conventos, me llegaban encargos. Entonces, ¡oh, bendición de las bendiciones!, llegaron merca-

deres de la India, cargados de mercancías baratas, por el estilo de los bazares del país de aquéllos. Llamaban a todo aquello "producción en masas". Cosa inferior, calidad falsificada. Géneros que yo no quería tocar de ningún modo. Mis negocios fueron cayendo. Mi mujer no pudo sufrir la adversidad y se marchó al lecho de otro hombre. Un comerciante adinerado que la había pretendido antes de que ella se casase conmigo. Se trataba de un comerciante al cual no le afectaba la competencia de aquellos indios. No tenía yo nadie que me ayudase y se preocupase por mí; ni tampoco nadie por quien yo pudiese preocuparme.»

Se detuvo, el hombre, anonadado por aquellos sus amargos recuerdos.

El viejo ermitaño y el joven monje permanecían en silencio, esperando que se recobrase. Por fin, aquel hombre continuó: «La competencia fue creciendo; llegó un hombre, éste de la China, trayendo género aún más barato, a lomos de unos yaks. Mi negocio tuvo que cerrarse. No me quedaba nada, excepto mis pobres enseres, que nadie quería. Finalmente, llegó un comerciante indio, que me ofreció un precio insultantemente bajo por mi casa y todo cuanto había en ella. Yo me negué y entonces él en tono de burla me dijo que pronto tendría todo lo mío de balde. Yo entonces, hambriento y miserable como me sentía, perdí el dominio de mí mismo y le eché de mi casa. Dio de cabeza y se rompió una sien contra una piedra que por casualidad allí se encontraba».

Volvió a callarse aquel hombre, y los demás, a permanecer en silencio hasta que no reanudase su historia. «La gente se arremolinó a mi alrededor», siguió diciendo. «Unos me respondían, otros se ponían en mi favor. No tardé a ser llevado a presencia del magistrado y se oyó la explicación del caso. Unos hablaban en mi favor; otros, en contra. El magistrado deliberó brevemente y, por fin, me sentenció a llevar la canga por un año. Trajeron el aparato y lo pusieron alrededor de mi cuello. Con él, no podía alimentarme, ni beber, antes bien dependía exclusivamente de la buena voluntad de los demás. No podía trabajar, sólo podía dedicarme a ir pi-

diendo limosna. No me podía tender; me veía obligado a permanecer de pie o sentado.»

El hombre empalideció y pareció que iba a sufrir un desvanecimiento. El joven monje, exclamó: «Venerable: encontré un caldero en el campamento de los mercaderes del otro día. Lo voy a traer y podremos hacer té». Poniéndose en pie, corrió hasta donde había hallado el caldero, y cerca de éste encontró un gancho que evidentemente le correspondía. Después de haberlo llenado de agua, habiéndolo antes limpiado con arena, se dirigió de nuevo a la cueva, llevando el caldero, el gancho, el clavo y la canga. Pronto estuvo de regreso en la cueva y, con toda alegría, metió la canga al fuego. Chispas y humo surgieron y en el centro de aquel instrumento de tortura una robusta llama surgió de pronto.

El joven monje fue corriendo hacia el interior de la cueva y trajo los paquetes que le había dado recientemente aquel marchante. Un ladrillo de té. Una grande y sólida torta de manteca de yak, polvorienta, un punto enranciada; pero todavía identificable como mantequilla. Cosa curiosa, un saquito de azúcar moreno. En el exterior de la cueva, él deslizó cuidadosamente un palo bien liso a través del asa y colocó la tetera en el centro del brillante fuego. Entonces quitó suavemente el palo y lo puso a un lado cuidadosamente. Luego hizo a trozos el ladrillo de té, echando los más pequeños a la tetera, cuya agua empezaba a estar bien caliente. Cortó luego una cuarta parte de la mantequilla, ayudándose con una piedra de bordes afilados. Luego introdujo esa mantequilla en la tetera que empezaba a hervir y pronto se formó en su superficie una capa grasosa. Después añadió un pequeño puñado de bórax para dar buen gusto al té y, por fin, un gran puñado de azúcar moreno. Con una pequeña ramita acabada de pelar, el joven monje agitó el conjunto vigorosamente. Ahora, la superficie de la bebida estaba oscurecida por el vapor. Con el palo, cogiendo el asa, levantó el caldero del fuego. El viejo ermitaño había ido siguiendo todo el curso de la ebullición del té con el mayor interés. Por medio de los ruidos, había seguido cada una de las fases de la operación.

Ahora, sin que se le advirtiese, levantaba su propio cuenco. El joven monje lo tomó y, apartando la espuma de impurezas, ramitas y broza, llenó el cuenco hasta la mitad y se lo devolvió con todo cuidado. El presidiario murmuró que poseía un cuenco entre sus harapos. Presentándolo, se le llenó del todo, ya que gozando de su vista no se le perdería ni una sola gota. El joven monje llenó su propia taza y se sentó descansadamente a beberla, con aquel suspiro de satisfacción que sale de uno cuando ha trabajado intensamente para lograr algo. Por un tiempo reinó un silencio total, mientras cada cual de los presentes seguía el curso de sus pensamientos. De tanto *en tanto*, el joven monje se levantaba a llenar de nuevo las tazas de sus compañeros y su propia taza.

Se oscureció el atardecer. Un viento frío hizo que las hojas de los árboles susurrasen a manera de cantos de protesta. Las aguas del lado se agitaron y llenaron de arrugas y crepitaban y susurraban entre los guijarros de la orilla. El joven monje acompañó solícitamente al viejo ermitaño hasta el interior, ahora oscuro, de la cueva; luego, volvió adonde se encontraba el enfermo. El joven monje lo trasladó al interior de la caverna y labró una depresión para su cadera, al paso que le sirviese de cabecera. «He de hablarle — dijo el hombre — porque me queda muy poco tiempo de vida.» El monje salió unos momentos para proteger el fuego con un montón de arena y preservarlo adormecido por la noche. Por la mañana, las cenizas todavía se conservarían rojas y sería fácil reavivar una llama vigorosa.

Estando allí los tres hombres — uno acercándose a la edad viril, otro de media edad y el tercero, anciano — sentados o acostados el uno cerca del otro, el prisionero volvió a hacer uso de la palabra. «Mis horas se están acabando», dijo. «Siento que mis antepasados están a punto de acogerme y darme la bienvenida. Durante un año entero, he sufrido y me he consumido. He estado vagando entre Lhasa y Phari, yendo y volviendo en busca de comida y auxilio. Afanándome. He encontrado grandes lamas que me han rechazado y otros que han sido buenos conmigo. He visto personas humildes que me



ciaban de comer, y ellos se quedaban en ayunas. Por un año, he corrido de un lado a otro, como el último de los vagabundos. Me he peleado con los perros para quitarles sus mendrugos y luego he visto que no podía comérmelos.» Se detuvo entonces para tomar un trago de té frío, que tenía al lado, ahora con la mantequilla congelada.

«¿Cómo pudiste llegar hasta nosotros?», preguntó el viejo eremita con su voz cascada.

«Me abalancé sobre el agua, al otro lado del lago, para beber y por culpa de la canga, con su balance, me caí en el agua. Un fuerte viento me llevó a través de las aguas, de manera que vi un día y una noche, más otro día y otra noche, y el día siguiente. Algunos pájaros se posaban sobre mi canga e intentaban picar mis ojos; pero yo gritaba y ellos se asustaban y huían. Sin parar, fui desplazándome hasta que perdí conciencia y no me enteré de cómo iba desplazándome. Por último, mis pies tocaron el suelo del lago y me pude sustentar. Sobre mi cabeza daba vueltas un buitre, de manera que me esforcé y me fui arrastrando hasta que llegué al soto donde este joven padre me encontró. Me siento sobrefatigado, mis fuerzas me abandonan y pronto debo ir a los Campos Celestiales.»

«Reposa durante la noche», dijo el anciano eremita. «Los Espíritus de la Noche están velando. Tenemos que hacer nuestros viajes por el astral antes de que se nos haga tarde.» Con la ayuda de su bastón, se puso en pie y se fue, renqueando, hacia el interior de la cueva. El joven monje dio un poco de tsampa al enfermo y luego se acostó pensando en los sucesos de aquel día hasta que estuvo dormido. La luna ascendió hasta su mayor altura y, majestuosamente, siguió su curso por la otra parte del cielo. Los ruidos nocturnos cambiaban según avanzaban las horas. Diferentes insectos zumbaban y vibraban, en lontananza se escuchaba el asustado chillido de una ave nocturna. En la montaña se oían crujidos de las rocas, según se contraían bajo el frío de la noche. No lejos, como truenos espaciados, rodaban piedras y rocas por unas pendientes, dejando sembrados unos trazos sobre el suelo.

Algún roedor nocturno llamaba angustiosamente a su pareja y cosas desconocidas se arrastraban y murmuraban en las arenas susurrantes. Gradualmente, las estrellas palidecieron y los primeros rayos anunciadores del día cruzaron el cielo. De súbito, como percutido por una corriente eléctrica, el joven monje se incorporó. Estaba despierto del todo, intentando, en vano, atravesar la intensa oscuridad de la cueva. Aguantando su respiración, con toda atención, escuchaba a su alrededor. No podía tratarse de ladrones — pensó —. Todo el mundo sabía que el viejo eremita no poseía nada. ¿Estaba acaso, el viejo, enfermo?, se preguntó el joven. Alzándose y yendo con todo cuidado hacia el interior de la cueva, preguntaba: «Venerable padre, ¿os encontráis bien?»

El viejo, se movía: «Sí, ¿acaso se trata de nuestro huésped?» El joven monje se aturulló. Había olvidado del todo la presencia del preso. Volviendo apresuradamente hacia la boca de la cueva, percibió como una borrosa mancha gris. Sí, el fuego, bien protegido, no era del todo muerto. Cogiendo una rama el monje la hundió en la hoguera y sopló fuertemente. Apareció una llama y él amontonó varias ramas sobre el fuego naciente. De momento el palo estaba bien encendido por un cabo. Lo cogió y volvió a meterse en la cueva.

La astilla ardiente proyectaba sombras fantásticas que danzaban locamente sobre las paredes. Cuando el joven monje entró, una figura prisionera del resplandor de aquella antorcha apareció desde el fondo de la cueva. Era el viejo ermitaño. A los pies del joven monje, el forastero yacía acurrucado, con las piernas encogidas sobre el pecho. La antorcha se reflejaba en sus ojos muy abiertos y daba la impresión de que pestañeaban. Tenía la boca abierta y un hilillo de sangre seca le salía de la comisura de los labios y formaba unos grumos a la altura de los oídos. De pronto se produjo un ronco estertor y el cuerpo se contorsionó espasmódicamente y formó un arco tenso y se relajó seguidamente, con un suspiro final. El cuerpo crujió y se percibió un rumor de fluidos. Los miembros, por fin, se distendieron y las facciones se aflojaron.

El viejo ermitaño y el joven monje rezaron las Plegarias para

la Paz de los Espíritus Que Se Van, y se esforzaron para dar instrucciones telepáticas para ayudar el paso del alma del difunto a los Campos Celestiales. Los pájaros empezaron a cantar al naciente día; pero, en aquel suelo, estaba la muerte.

«Tienes ahora que llevarte el cuerpo», dijo el viejo ermitaño. «Tienes que desmembrarlo y sacarle las entrañas para que los buitres puedan darle una sepultura adecuada en los aires.»

«No tengo cuchillo alguno», replicó el joven monje.

«Tengo un cuchillo», le contestó el ermitaño. «Lo guardo para que mí propia muerte sea conducida como es debido. Ahí lo tienes. Haz tu deber, y luego me lo devuelves.» De no muy buena gana, el joven monje levantó el cadáver y se lo llevó fuera de la cueva. Cerca del precipicio de las rocas había una piedra plana. Con muchos esfuerzos levantó el cuerpo hasta depositarlo sobre la piedra y lo despojó de los viejos y sucios harapos. En lo alto, sobre su cabeza se oía un pesante aleteo; habían aparecido los primeros buitres, llamados por el olor del muerto. Con un estremecimiento, el joven plantó la punta del cuchillo en el delgado abdomen del difunto y lo volvió a sacar. Por la herida abierta, los intestinos comenzaron a salir. Rápidamente agarró aquellas flacas entrañas y las tiró hacia afuera. Sobre la roca, esparció el corazón, el hígado, los riñones y el estómago. A golpes y tirones, cortó del tronco ambos brazos y piernas. Luego, con el cuerpo desnudo cubierto de sangre, se fue corriendo de la tremenda escena y se precipitó en las aguas del lago. Dentro del agua, se rascó y limpió con puñados de fina arena. Con todo cuidado, limpió el cuchillo del viejo ermitaño y lo frotó bien frotado, con arena.

Temblaba del frío y de la impresión recibida. El viento, glacial, soplaba sobre la piel desnuda del joven monje. El agua parecía caerle encima como si los dedos de la muerte trazasen líneas sobre su cuerpo. Vivamente saltó fuera del agua y se estremeció como un perro. Corriendo, logró comunicar algún calor a su cuerpo. Al lado de la boca de la cueva, recogió y se vistió sus ropas, apartando todo aquello que pudiera haberse impurificado por su contacto con el cadáver. Mas,

cuando iba ya a entrar en la cueva, se acordó de que su tarea estaba por acabar. Lentamente, se dirigió de nuevo hacia la piedra donde hacía poco había dejado al muerto. Algunos buitres reposaban, satisfechos, y plácidamente se alisaban las plumas con el pico; otros, se afanaban llenos de actividad entre las costillas del cadáver. Casi habían sacado todo el pellejo de la cabeza, dejando la calavera monda y lironda.

El joven monje, con una piedra pesante, aplastó la calavera esquelética, exponiendo los sesos aquellos a los buitres hambrientos. Entonces, llevándose los andrajos y el cuenco del difunto, corrió hacia la hoguera y lanzó aquellas reliquias al centro de la misma. A un lado, aún enrojecido, se hallaba el resto metálico de la canga; el último rastro de un varón que había sido un rico artesano, con su esposa, sus casas y su talento profesional. Meditando sobre el caso, el joven monje enderezó sus pasos hacia la caverna.

El anciano ermitaño estaba sentado sumido en la meditación; pero se puso en pie cuando el joven se le acercaba. «El hombre es temporal y frágil», dijo. «La vida sobre la Tierra no es sino ilusión y la Mayor Realidad se encuentra más allá de la presente. Desayunemos, pues, y entonces continuaré transmitiéndote todo cuanto yo sé. Porque, hasta entonces, no puedo abandonar mi cuerpo, y luego, cuando lo haya dejado, tienes que hacer por mí exactamente lo que has hecho por nuestro amigo el prisionero. Pero ahora, comamos, para mantener nuestras fuerzas en la mejor forma posible. Trae, pues, agua y caliéntala. Ahora, tan cerca de mi fin, puedo conceder a mi cuerpo esta pequeña satisfacción.»

El joven monje cogió el bote y salió de la cueva, camino del lago, evitando con aprensión el sitio donde se había lavado la sangre del difunto. Limpió con todo cuidado el recipiente, por fuera y por dentro. Hizo lo propio con las dos escudillas del ermitaño y la suya propia. Habiendo llenado el recipiente con agua, lo llevó con la mano izquierda y empuñó una gruesa rama con la otra. Un buitre solitario llegó precipitándose para ver lo que pasaba por allí. Aterrizando pesadamente, dio unos pocos pasos y luego se volvió a remontar con un graznido

rencoroso al verse burlado. Más adelante, hacia la izquierda, otro buitre, repleto de comida, intentaba en vano remontar el vuelo. Corría, saltaba, azotaba el aire con sus plumas; pero había comido con exceso. Finalmente lo dejó correr y escondió, como avergonzado, su cabeza bajo una ala, aguardando que la Naturaleza redujese su peso. El joven monje sonrió ligeramente, pensando que hasta los buitres podían practicar excesos de comida, y se preguntó qué cosa debía ser el verse en condiciones de darse un atracón. Nunca había comido con exceso. Igual que la mayor parte de monjes, siempre se sentía más o menos hambriento.

Pero había que hacer el té; el tiempo no se detiene nunca. Poniendo el bote de agua a calentar sobre el fuego, entró a la cueva, por el té, la mantequilla, el bórax y el azúcar. El viejo ermitaño se sentó esperando.

Pero uno no puede estar sentado por mucho tiempo bebiendo té cuando los fuegos de la vida ya no son altos y cuando la vitalidad de una persona de edad decae lentamente. De pronto, el viejo ermitaño se volvió a incorporar mientras el joven monje estaba atendiendo al fuego, el «Viejo» y precioso fuego, después de más de sesenta años de privación del mismo, años de frío, de negación de sí mismo, de hambre y de pobreza integral, que sólo podía remediar la muerte. Años, también de una completa futilidad en la existencia como eremita, sólo remedios por la convicción de que todo aquello era, al fin y al cabo, una tarea. El joven monje regresó a la caverna, oliendo aún a humo de madera fresca. Rápidamente se sentó ante su maestro.

«En aquellos parajes remotos, hace mucho tiempo, me encontraba sobre aquella extraña plataforma metálica. El que me tenía prisionero, me explicaba claramente que yo me encontraba allí no por mi gusto, sino por la conveniencia suya y de los suyos, para convertirme en un Depósito de Conocimientos», dijo el anciano. «Yo les dije: "¿Cómo es posible que yo me tome un interés intelectual si no soy más que un prisionero, un colaborador sin ninguna voluntad por mi parte, cautivo y sin la más vaga idea de qué se trata? ¿Cómo puedo tomarme

el mínimo interés cuando se me tiene aquí por nada? Se me ha aprisionado con menos cumplidos que los que se usan con un cadáver, destinado a ser pasto de los buitres. Nosotros mostramos respeto a los muertos y a los vivos. Vosotros me tratáis igual que unos excrementos que se tienen que tirar a un campo con las menores ceremonias posibles. Y, encima, pretendéis ser civilizados, valga lo que valga la afirmación".

»El hombre pareció visiblemente extrañado y no poco impresionado ante mi estallido. Escuché como se paseaba por la estancia. Adelante y con un sonido arrastrado de los pies, al dar la vuelta. Hacia adelante y hacia atrás, continuamente. De pronto, se detuvo cerca de mí y dijo: "Consultaré el caso con mi superior". Rápidamente, se alejó y tuve la sensación de que había cogido un objeto duro. Escuché varios ruidos como rasgados y finalmente, un "clic" metálico y un sonido destacado brotaron de allí. El hombre que se hallaba conmigo habló finalmente, profiriendo los mismos sonos que el anterior. Claramente, se entabló una discusión que duró unos pocos minutos. "Cling, clang", brotó de la máquina, y el hombre volvió para mi lado.

»"Antes que todo, os tengo que mostrar esta habitación donde estamos", me dijo. "Voy a contaros cosas nuestras; quién somos, qué hacemos e intentaré obtener vuestra colaboración mediante el entendimiento. Antes que todo, ahí está la vista."

»Percibí la luz y pude ver. Una visión muy singular; veía a uno de mis lados hacia arriba, la parte inferior de una mejilla humana y la mirada, por encima, de los agujeros de la nariz. La visión de los cabellos y de los agujeros de la nariz me divirtieron no sé por qué y me eché a reír en el acto. El hombre se inclinó y uno de sus ojos me tapó todo el campo visual. "¡Oh! — exclamó —, alguien ha desviado la cámara". Entonces, el mundo me pareció que giraba a mi alrededor, y experimenté náuseas y vértigo. "¡Perdón! — exclamó aquel hombre —, debía haber cerrado la corriente antes de hacer rodar la cámara. Disimulad mi falta; os sentiréis mejor de un momento a otro. ¡Siempre pasan cosas!"

»Ahora, podía verme a mí mismo. Era una sensación horri-

ble, la de ver mi cuerpo tendido, tan pálido y desmejorado y con tantos tubos y cordones que me salían por todas partes. Fue un golpe para mí el contemplar mis párpados apretadamente cerrados. Me hallaba tendido sobre una delgada plancha de metal — según me pareció — que se aguantaba sobre un solo pie. En ese pilar se veían unos pedales, mientras a mi lado había un soporte con unas botellas de vidrio llenas de líquidos de diversos colores. El soporte estaba en cierto modo conectado con mi cuerpo. El hombre aquél me explicó: "Estáis en una mesa operatoria. Con esos pedales — y los tocó — os podemos colocar en cualquier posición deseada». Apretó uno con el pie y la mesa osciló a su alrededor. Apretó otro, y la mesa se ladeó hasta el punto de que temí caerme al suelo. Apretando un tercero, la mesa se alzó, tanto que podía ver la parte inferior. Una posición más que incómoda, que me ocasionó extrañas sensaciones en el estómago.

»Las paredes, evidentemente, eran de un metal del color verde más agradable a la vista. Nunca había visto antes un material tan fino, tan liso y sin una sola falta; y en ninguna parte se notaban juntas ni soldaduras, ni signo alguno visible de dónde empezaban y dónde acababan las paredes, el techo y el pavimento. En un momento determinado, se deslizó una sección de la pared, con un ruido metálico, que yo ya conocía. Una cabeza rara asomó por la puerta, miró alrededor y volvió a deslizarse. La pared se cerró de nuevo.

»En la pared de enfrente adonde yo estaba se veía una sucesión de pequeñas ventanas, algunas de ellas no mayores que la palma de una mano grande. Detrás de ellas, había una serie de indicaciones que señalaban a unas cifras rojas las unas, y otras negras. Un resplandor de un azul casi, por decirlo así, místico, emanaba de dichos indicadores; raras manchas luminosas danzaban y oscilaban de extraña forma, mientras que, en otra ventana, una línea de color rojo oscuro ondulaba para arriba y para abajo, en extrañas formas rítmicas, muy parecidas a la danza de una serpiente. Yo pensaba. El hombre — le llamaré mi Capturador — sonreía, viendo mi interés. "Todos esos instrumentos, os indican a Vos — me dijo —,

y aquí se registran nueve ondas de vuestro cerebro. Nueve líneas separadas de ondas que arrancan de la electricidad de vuestro cerebro que predomina en ellas. Son una demostración de que poseéis una mentalidad superior. Vuestra memoria es, ciertamente, muy notable y adecuada para aquella labor que de vos esperamos."

»Girando muy suavemente la cámara de la visión, en el campo visual de ésta apareció una extraña estructura de cristal que hasta entonces había estado fuera de mi campo visual. "Eso — me explicó — está alimentando continuamente vuestras venas y drenando para afuera lo que se destruye de vuestra sangre. Esos otros drenan otros productos de vuestro cuerpo. Ahora estamos en la fase de comprobar el estado general de vuestra salud, si os encontráis en las debidas condiciones para resistir el inevitable choque de todo cuanto vamos a enseñaros. Impresión que no puede evitarse, ya que no importa que os consideréis a vos mismo como un sacerdote instruido; pero, comparado con nosotros, no valéis más que el más bajo e ignorante salvaje; y todo lo que entre nosotros se considera olvidado de puro sabido, para vos son milagros casi increíbles, y el primer contacto con nuestra ciencia os tendrá que causar un serio choque físico. Pero hay que arriesgarse, aunque nosotros hacemos un esfuerzo para reducir todo riesgo al grado mínimo."

»Se rió, y continuó diciendo: "En las ceremonias de vuestros templos dais mucha importancia a los sonidos del cuerpo humano — ¡claro!, ¡lo sabemos todo de vuestras ceremonias rituales! —. Pero ¿conocéis *realmente* esos sonidos? Escuchad". Volviéndose, se dirigió hacia la pared y oprimió un pequeño pulsador blanco. Inmediatamente, de una serie de pequeños agujeros salieron sonidos que reconocí como sonidos del cuerpo. Sonriendo, dio la vuelta a otro timbre y los sonidos crecieron y llenaron la habitación por completo. ¡*Trap, trap!*!, creció el latido del corazón hasta hacer vibrar por simpatía un objeto de cristal que estaba detrás mío. Otra presión sobre el pulsador, y desapareció el ruido del corazón y creció el ruido de los fluidos del cuerpo; pero tan intensos como una



corriente de agua de la montaña, manando sobre un lecho pedregoso en su ansia de llevar su curso a las lejanas riberas del mar. Luego, se escuchó la respiración de los gases, igual que un vendaval a través de las hojas y los troncos de árboles robustos. Sonidos de choques de agua contra las orillas de un lago profundo. "Vuestro cuerpo humano — dijo el hombre — contiene mil ruidos. Lo conocemos todo referente a vuestro cuerpo humano."

»"Pero, Inhonorable Captor", le dije. "Eso no es ningún prodigio. Nosotros, pobres salvajes, en el Tíbet podemos hacer eso tan bien como aquí. No a tan grande escala, lo confieso; pero podemos hacerlo. Podemos también separar el espíritu del cuerpo y hacer que regrese."

»"¿Podéis, de veras?", me miró con una expresión intrígada en el rostro, y continuó diciendo: "¿No os asustáis fácilmente?, ¿no es así? ¿Nos consideráis unos enemigos, unos apisionadores?, ¿no es verdad?"

»"¡Señor! — le repliqué —, hasta ahora no me habéis mostrado ninguna prueba de amistad, ni me habéis demostrado de ninguna forma por qué razón debo creerlos o colaborar con vosotros. Me tenéis aquí paralizado y cautivo, como hacen algunas avispas con sus víctimas. Hay algunos de entre vosotros que me parecéis ser unos diablos. Nosotros tenemos retratos de tales seres y los tenemos considerados como visiones de horror procedentes de un mundo infernal. Pero, aquí, son compañeros vuestros."

»"Las apariencias engañan", me respondió. "Muchos de ellos son criaturas de lo más amable, con unas caras de santos varones, se entregan a todas las bajas acciones que se les ocurren a sus mentes perversas. Pero vos, vos, como la gente salvaje, os dejáis guiar por las apariencias de las personas".

»"Señor — ésta fue mi respuesta —: Tengo que decidir sobre de qué lado caen vuestras intenciones, bueno o malo. Si es del lado del bien, entonces y sólo entonces me decidiré a cooperar con vosotros. Si es de otra manera, me cueste lo que me cueste, no pienso cooperar con vuestros intentos".

»"Pero esto es cierto — fue su respuesta más bien contraria-

da —, "confesaréis que nosotros os hemos salvado la vida cuando estabais enfermo y muerto de hambre".

»Puse mi cara más severa al contestarle: "¿Habéis salvado mi vida, mas ¿con qué fin? Yo estaba en camino de llegar a los Campos Celestiales, y me habéis arrastrado hacia atrás. Nada me podía ser más perjudicial. ¿Qué vida es la de un ciego? ¿Cómo puede estudiar? ¿Cómo procurarse el sustento? ¡No! No había ninguna amabilidad en el gesto de prolongar mi existencia. Siempre nos hallaremos con que yo no estoy aquí por mi propio gusto, sino para ser útil a vuestros proyectos. ¿Dónde está la amabilidad de este gesto? Me habéis desnudado aquí, y he servido de diversión a vuestras mujeres. ¿Dónde está la bondad de todos estos gestos?"

»Aquel hombre estaba ante mí, con las manos en sus caderas "Sí" — me dijo por último —, desde vuestro punto de vista, no hemos sido amables para con vos, ¿no es así? Pero tal vez podré convencerlos y entonces vos podréis serme útil". Se volvió de espaldas y se dirigió hacia la pared. Entonces vi lo que hacía. Miró unos momentos un cuadrado lleno de puntitos y, entonces, apretó una pequeña señal negra. Una luz brilló en aquel cuadrado lleno de agujeros y fue creciendo hasta convertirse en una nube luminosa. Allí, vi con estupefacción que se habían formado una cara y una cabeza de vivos colores. El que me tenía prisionero habló en aquel lenguaje extraño y remoto y luego paró de hablar. Yo, petrificado de sorpresa, vi que la cabeza giraba en mi dirección y sus espesas cejas se levantaban. Entonces una pálida sonrisa apareció en las comisuras de sus labios. La cabeza lanzó una frase contundente que no comprendí, y la cabeza se desvaneció, al oscurecerse el cuadrado luminoso. Mi carcelero se volvió de nuevo de cara a mí, con la cara llena de satisfacción. "Muy bien, amigo mío — dijo —, habéis probado que tenéis un carácter sólido; que sois un hombre entero, con quien hay que tratar. Ahora estamos autorizados para enseñaros lo que ningún otro hombre de la Tierra jamás ha visto."

»Se dirigió de nuevo a la pared y oprimió de nuevo el pulsador negro. La niebla formó esta vez la cabeza de una mujer

joven. Mi capturador habló con ella, evidentemente dándole órdenes. Ella, asintió con la cabeza, miró curiosamente en mi dirección, y sus rostro se desvaneció de nuevo.

» "Ahora, tenemos que aguardar unos momentos", dijo mi guardián. "He traído un pequeño aparato conmigo y voy a mostraron diversos lugares del mundo. Decidme algún sitio que quisieseis ver."

» "No tengo conocimiento del mundo", le repliqué. "No he viajado nunca".

» "Pero sin duda habréis oído hablar de alguna ciudad", me replicó.

» "Claro, sí", fue mi respuesta: "He oído hablar de Kalimpong".

» "¿Kalimpong? Una pequeña población a la frontera de la India. ¿No se os puede ocurrir nada mejor? ¿Qué os parecía Berlín, Londres, París o El Cairo? ¿Sin duda os interesarían más que Kalimpong?"

» "Pero, señor mío — le repliqué —, no tengo el menor interés en los lugares que me indicáis. Sus nombres sólo me recuerdan que he oído de boca de los viajeros muchas explicaciones sobre esos sitios; pero no me interesan. Ni sé tampoco si las imágenes de dichos lugares pueden ser ciertas o no. Hay una contradicción entre lo que me decíais que podéis hacer. Mostradme pues Lhasa, o bien Pharí, la Puerta del Oeste, la Catedral, el Potala. Conozco todas estas cosas y me será posible decir si vuestros aparatos funcionan de verdad o si se trata sólo de habilidosos trucos para engañarme."

» Me miró con una expresión peculiar en el rostro; pareció sentirse lleno de asombro. Entonces hizo un gesto enérgico y exclamó: "¿Tengo qué enseñar mis conocimientos a un salvaje iletrado? Algo hay, sin embargo, en su astucia nativa, al fin y al cabo. *Naturalmente*, algo tendrá que hacerse; de lo contrario, no podrá ser impresionado. ¡Bien!, ¡Bien!"

» La pared móvil se deslizó bruscamente, y cuatro personas aparecieron guiando una gran caja que parecía flotar en el aire. La caja debía de ser de un considerable peso, porque si bien parecía flotar ligeramente, precisaba un gran esfuerzo para

ponerla en movimiento o cambiar su dirección o pararla. Gradualmente, la cámara quedó encajada en la habitación donde yo estaba. Por un lapso de tiempo, temí que ocupasen mi tabla, en sus movimientos para acercar a mí el aparato. Uno de los hombres chocó con el ojo de la cámara y las vueltas que ésta dio me pusieron como enfermo e inquieto. Pero, al fin, después de mucho discutir, la caja fue colocada contra una pared, bien alineada con mi campo de visión. Tres de aquellos hombres se retiraron y el panel de la pared se cerró tras ellos.

»El cuarto hombre y mi carcelero entablaron una animada discusión con mucho manoteo. Al fin, mi carcelero se volvió a mí: "Dice — me explicó —, que no puede comunicar con Lhasa, está demasiado cerca y que habría que ir más lejos para poder enfocarla".

»No dije nada, como si no me hubiese enterado, y después de unos breves instantes, mi vigilante volvió a decirme: "¿Deseáis ver Berlín? ¿Bombay? ¿Calcuta?"

»Mi réplica fue: "No, no quiero; es demasiado lejos de mí!"

»Él se volvió a su compañero y se siguió una discusión más bien agria. El otro hombre parecía estar a punto de ponerse a llorar; manoteaba y, con aire desolado, cayó sobre sus rodillas, frente a la cámara. La parte frontal de ésta resbaló y pareció tratarse de una ventana muy ancha, y nada más. Entonces, el hombre sacó algunos trozos de metal de su bolsillo y se arrastró hacia la parte posterior de la extraña caja. Luces raras brillaron en aquella ventana, se formaban torbellinos de color sin significación alguna. El cuadro ondulaba, flotaba y temblaba. Hubo un instante que las formas parecían lo que podía ser el Potala; pero también, solamente humo.

»Aquel hombre salió arrastrándose de detrás de aquella cámara, murmuró algunas palabras y salió de prisa de la habitación. Mi vigilante, que parecía sentirse muy molesto, me dijo: "Estamos demasiado cerca de Lhasa y por eso no la podemos enfocar. Es igual que intentar ver por un telescopio cuando se está demasiado cerca del foco. El foco es suficiente a partir de cierta distancia; pero cuando la distancia es insu-

ficiente, el telescopio no puede enfocar al objeto. Nos encontramos con la misma dificultad. ¿Está bien claro para vos?" »"Señor — le repliqué —, me habláis de cosas que no puedo comprender. ¿De qué telescopio se trata? Jamás he visto uno. Decís que Lhasa está demasiado cerca; yo sostengo que, de aquí allá, hay un largo camino que andar. ¿Cómo puede, pues, estar demasiado cerca?"

»Una expresión de angustia brilló en los ojos de aquel personaje; se tiró del pelo y por un momento creí que empezaría a brincar sobre el suelo. Luego, calmado después de un esfuerzo me dijo: «Cuando teníais ojos, ¿no acercasteis jamás ningún objeto demasiado cerca, que no podíais ver claramente con vuestra vista? ¿Tan cerca que no os era posible el enfocararlo? De esto se trata ¡No podemos enfocar a tan corta distancia!"»

## Capítulo cuarto

«Miré hacia él, o a lo menos tuve esa sensación, porque es muy difícil que un hombre pueda entender lo que significa tener la cabeza en un sitio y la mirada situada a unos palmos de distancia. De todos modos, yo miraba hacia él, pensando: ¿Qué prodigio será éste? Este personaje me cuenta que puede enseñarme ciudades que están a la otra parte del mundo y, en cambio, no puede mostrarme mi tierra. Miré atónito en su dirección. Así es que le dije: "Señor, ¿queréis poner algo enfrente de esa máquina óptica de manera que, por mí mismo, pueda juzgar eso de los focos?".

»Él asintió con la cabeza al momento, y miró a su alrededor un instante, como meditando qué hacer. Entonces cogió del fondo de mi mesa una pantalla transparente en la que había extraños signos, como nunca yo había visto. Era obvio que se trataba de escritura; pero él dio la vuelta a lo que parecían unas hojas y entonces apareció algo que le satisfizo, porque le provocó una sonrisa de placer. Conservó esto detrás de su espalda mientras se aproximaba a mi máquina de visión.

»"¡Bien, amigo mío! — exclamó —, vamos a ver alguna cosa que os puede convencer". Deslizó entonces algo enfrente a mi máquina visual, muy cerca mío y, ante mi entrañeza, sólo podía divisar borrones, nada estaba claro. Había una diferencia: parte de los borrones era de color blanco, parte de color negro; pero, para mí, ambos colores carecían de significado.

»El hombre sonrió, ante mi expresión, yo no podía verle; pero le "oía"; cuando se es ciego se tienen los sentidos diferentes. Podía escuchar los crujidos de sus músculos; y, cómo se había sonreído muchas veces antes, conocí que dichos crujidos significaban que se sonreía ahora.

»"¡Ah! — exclamó —, empecemos por esta casa, ¿no? Ahora, miremos con todo cuidado. Decidme, si podéis ver qué es eso." Muy despacio, tiró de la pantalla hacia atrás, y vi que

aparecía un retrato de mi persona. No puedo decir el modo cómo dicha fotografía fue obtenida; pero ciertamente me representaba acostado sobre aquella mesa, mirando hacia los hombres que transportaban dentro de la habitación la cámara negra. Mí mandíbula se veía abierta de pasmo al ver aquel objeto desconocido. Podía parecer un verdadero palurdo y, en verdad, me lo sentí y mis mejillas se encendieron de rubor. Allí estaba, arreglado con todos aquellos adminículos sobre mi persona, observando los cuatro personajes manipulando aquella caja, y mi gesto de sorpresa volvía entonces a mi propia persona.

»"¡Muy bien — dijo mi capturador —, ciertamente, hemos encontrado el punto. Para devolverlo al mismo sitio, prosigamos adelante". Con toda lentitud, enfocó la imagen y la fue acercando progresivamente a la lente de la caja. Lentamente, la imagen se fue enturbiando, hasta que sólo podía divisar unos trazos borrosos y nada más. Despejóse de nuevo esa imagen borrosa y entonces pude ver de nuevo el resto de la habitación. Él estaba cerca de mí y dijo: "No podéis leer esto; pero mirad. Se trata de letras impresas. ¿Las podéis ver claramente?"

»"Puedo verlas, en efecto, señor", le respondí. "Incluso muy claramente."

»Entonces acercó más aquel impreso al ojo de la cámara y otra vez se enturbió la imagen. "Ahora — me dijo —, os daréis cuenta de nuestro problema. Tenemos una máquina o dispositivo — como queráis llamarlo — que es una contrapartida mucho mayor de esa cámara que estamos empleando. Pero, el principio en que se funda está completamente fuera de vuestro alcance. El aparato es tal, que podemos verlo todo alrededor del mundo, excepto lo que está situado sólo a unos setenta y cinco kilómetros de distancia. Esta distancia es tan próxima como para vos lo que está a muy pocos centímetros, que no se puede divisar. Ahora os mostraré Kalimpong". »Diciendo estas palabras, se volvió hacia la pared, y manipuló algunos nudos que se veían sobre ella.

»Las luces de la habitación menguaron, aunque sin  
apagarse

del todo; parecía la luz que hay cuando se pone el sol tras los Himalayas. Una fría oscuridad, donde la luna aún no había salido ni el sol no había apagado todavía todos sus rayos. El hombre se volvió hacia la parte posterior de la gran cámara negra y sus manos manejaron algo que no pude ver. Inmediatamente, brillaron unas luces en la pantalla. Lentamente, se fue construyendo una escena. Los picachos de los Himalayas, y, por un sendero, una caravana de mercaderes. Cruzaban un pequeño puente de madera; debajo se precipitaba un torrente impetuoso, amenazando arrastrarlos si resbalaban. Los mercaderes alcanzaron la otra orilla y siguieron un sendero que transcurría entre pastos abruptos.

»Durante unos minutos, los estuvimos mirando; la perspectiva era la misma de un pájaro, o la de un dios celestial sosteniendo el objetivo de la máquina y flotando suavemente a lo largo de aquel territorio desnudo. Aquel hombre, movió de nuevo sus manos y reinó algo de confusión; algo apareció a la vista y desapareció en seguida. Entonces, movió las manos en una dirección opuesta y la imagen se detuvo; pero no era una fotografía, era una cosa real. Parecía visto por un agujero del firmamento.

»Debajo, vi las casas de Kalimpong. Vi las calles, atestadas de comerciantes; vi conventos, con lamas vestidos de amarillo y monjes, con hábitos de color rojo, deambulando por aquellos parajes. Todo me pareció muy extraño. Tenía dificultad de localizar los sitios porque había estado en Kalimpong sólo una vez, cuando era un muchacho de escasos años, y había visto Kalimpong desde el suelo; desde el punto de vista de un muchacho puesto de pie. Ahora, lo veía — sumpongo -- como deben verlo, desde el aire, los pájaros.

»Mi carcelero me observaba atentamente. Movié algo y la imagen o paisaje, o comoquiera llamarse esta maravilla, se desdibujó con la velocidad y se transportó de nuevo. "Aquí — dijo aquel hombre —, tenemos al Ganges que, como ya sabéis, es el Río Sagrado de la India."

»Yo sabía una serie de cosas sobre el Ganges. A veces, mercaderes de la India traían revistas ilustradas con fotografías.



No podíamos leer una sola palabra, en esas revistas; pero, las fotografías, las entendíamos muy bien. Ahora, delante mío, estaba el verdadero Ganges, inconfundible. Podía escuchar a los indios cantando, y luego supe el motivo. Tenían un cadáver tendido en una terraza al borde del agua y estaban rociando el cuerpo con el Agua Sagrada del Río Ganges, antes de conducirlo a la hoguera crematoria.

»La ribera estaba atestada de gente; parecía imposible que hubiese tanta en todo el mundo, cuanto más en las orillas de un río. Unas mujeres se desnudaban de la forma más desvergonzada en los muelles; pero los varones hacían lo propio. Sentí calentarme a mí mismo ante el espectáculo. Pero luego me acordé de sus Templos, templos con terrazas, grutas y columnatas. Su vista me llenaba de asombro. Eso era real, ciertamente, y empecé a sentirme confuso.

»Mi cautivador — porque aún me acuerdo era así —, entonces movió algo y se produjo una confusión en las imágenes. Observó por la ventana atentamente y la confusión, de imágenes, de pronto, se detuvo con una sacudida. "Berlín", dijo.

»Bien, yo sabía que Berlín era una de tantas ciudades del mundo occidental; pero todo cuanto veía, no sabía exactamente cómo situarlo. Miraba y pensaba que tal vez era aquel punto de vista desde el cual lo miraba lo que deformaba todos los objetos de mi visión. Se veían edificios muy altos, notablemente uniformes en su forma y tamaño. Jamás, en mi vida, había visto tantos cristales; había ventanas encristaladas por todas partes hacia donde miraba. Y, después, en lo que parecía ser una calle de piso muy firme, había dos barras de metal instaladas en el suelo de dichas calles. Las barras eran brillantes, y su distancia recíproca, absolutamente la misma. No podía comprender de qué podía tratarse.

»En una esquina, dentro de mi campo visual, avanzaron dos caballos, uno tras otro, y yo — apenas pienso que lo voyas a creer — vi que ambos tiraban de una cosa que parecía una caja de metal con ruedas. Los caballos caminaban entre las dos barras metálicas y la caja metálica se movía a lo largo

de las mismas. Dicha caja tenía ventanas a todo su alrededor, y mirando dentro de la caja, vi a muchas personas que iban arrastradas en ella. Ante mi vista (casi diría «ante mis ojos», de tan acostumbrado que estaba a ver a través de la cámara) el artefacto que explico hizo un alto. Varias personas se marcharon de la caja y otras subieron. Vino un hombre y se fue hacía adelante, enfrente del primer caballo, y hurgó el suelo con una vara de metal. Después subió en la caja y la puso en marcha. Ésta giró a la izquierda, que se apartaba de la ruta que hasta entonces había seguido.

»El espectáculo me sorprendió tanto, que no podía mirar otras cosas. No tenía tiempo para lo demás. Sólo la extraña caja de metal sobre ruedas, transportando personas. Pero, tan pronto como dirigí mi mirada por los lados de la calle, vi que estaban llenos de gente. Los hombres vestían paños de una solidez notable. En las piernas, llevaban unos adminículos que parecían muy cortos y dibujaban los contornos de las pantorrillas. Y en la cabeza de cada uno de ellos se veía un objeto en forma de tazón vuelto hacia abajo, con un estrecho borde a su alrededor. La cosa me divirtió bastante, porque les daba un aire pintoresco. Mas entonces miré a las mujeres.

»Nunca había visto cosa semejante en mi vida. Algunas de ellas iban casi destapadas en la parte de arriba de su cuerpo; pero, en la inferior, las envolvía algo que se hubiera dicho una tienda de color negro. Parecían no tener piernas, ni se podían divisar sus pies. Con una mano aguantaban un lado de este ropaje negro, por lo que parecía a fin de que su borde inferior no se arrastrase por el polvo.

»Miré otras cosas. Edificios, algunos de una construcción muy notable. Por la calle — muy ancha — avanzaba una formación de personas. Llevaban unos músicos en el primer pelotón de aquella tropa. Sonaba muy brillante, y llegué a pensar si los instrumentos serían de oro y de plata; pero cuando pasaron más cerca me di cuenta de que eran aleaciones de cobre y algunos totalmente metálicos. Todos ellos eran altos, con sus caras coloradas y ostentaban un uniforme marcial.

Me hizo estallar de risa el darme cuenta del paso que llevaban. Levantaban las rodillas, que les llegaban muy arriba, de forma que ambas piernas, alternativamente, formaban una línea horizontal.

»Mi vigilante sonrióse y me dijo: "En realidad, es un paso muy extravagante; se llama paso de la oca y es el que emplea el ejército alemán en determinadas ceremonias". El hombre movió de nuevo sus manos; de nuevo las cosas detrás de la ventana del aparato se enturbiaron y de nuevo, aquella niebla se detuvo y solidificó: "Rusia", dijo, "La Tierra de los Zares, Moscú".

»Miré. El suelo estaba nevado; circulaban unos extraños vehículos como nunca los hubiera imaginado. Un caballo enjaezado y enganchado a una cosa que semejaba una ancha plataforma, con asientos fijos en ella. Dicha plataforma se elevaba algo sobre el suelo, sostenida por algo que parecían tiras de metal. El caballo arrastraba aquel raro objeto por el suelo y, según se iba moviendo, dejaba depresiones en la nieve.

»Todo el mundo iba cubierto de pieles y su aliento parecía vapor helado procedente de sus narices y de su boca. Sus rostros se veían azulados, de tanto frío. Entonces miré en dirección a los edificios, pensando lo distintos que eran de los que acababa de ver. Eran grandes y raros, con unas grandes murallas que les rodeaban. Tras ellas se veían coronamientos en forma de bulbos, de forma de cebollas vueltas hacia abajo, con sus raíces proyectándose sobre el cielo. "El Palacio del zar", dijo mi carcelero.

»El brillo de un curso de agua atrajo mis ojos, y me hizo pensar en nuestro Río Alegre, que hacía tanto tiempo que yo no había visto. "Éste es el río de Moscú", me dijo el hombre. "Es, naturalmente, un río muy importante." Sobre su curso se movían extrañas embarcaciones de madera, provistas de grandes velas, colgando de los palos. Hacía poco viento, así que dichas velas colgaban flácidas, y los tripulantes, con otros palos que tenían unas palas en los extremos, los movían hundiéndolos en el río, y empujando así las embarcaciones.

»"Pero, todo eso — dije a mi carcelero —, no veo a qué nos conduce. Es indudable, muy señor mío, que he visto maravillas; no dudo que son interesantes para muchas personas; pero, ¿qué entro yo en eso? ¿Qué estáis intentando demostrarme?"

»Un pensamiento súbito se me ocurrió en aquel momento. Algo me había pasado por la cabeza casi inconscientemente durante aquellas últimas horas, que ahora saltaba a mi conciencia con una claridad insistente. "¡Señor secuestrador! — exclamé — ¿Quién sois? ¿Sois, por ventura, Dios mismo?"

»El hombre, me contempló más bien pensativo, como si ya estuviese harto de unas preguntas obviamente inesperadas. Se pasó la mano por las mejillas y el pelo, y se encogió de espaldas ligeramente. Entonces replicó: "Vos no queréis entender el caso. Hay cosas que no se entienden hasta que no se ha llegado a cierto nivel. Dejadme que os responda por medio de una pregunta: Si estuviérais en un convento de lamas y una de vuestras obligaciones consistiese en cuidar de un rebaño de yaks, ¿quisiérais dialogar con un yak que os preguntase quién erais vos?"

»Pensé unos momentos y le repliqué: "Bien, señor, no puedo pensar que un yak me dirigiese tal pregunta; pero si me hiciese una que pudiese hacerme creer que se trataba de un yak dotado de inteligencia, tendría mis trabajos para explicarle quién soy yo. Me preguntáis, señor, qué haría yo ante un yak que me hiciese tal pregunta y os respondo que yo trataría de contestarle tan bien como me fuese posible. En las condiciones que suponéis, que fuese un monje encargado de un grupo de yaks, los consideraría como mis propios hermanos y hermanas, aunque yo y ellos fuésemos de formas diferentes. Yo procuraría explicar a los yaks que los monjes creemos en la reencarnación. Les diría igualmente que todos venimos a este mudo para unas determinadas tareas y estudio de lecciones, con el fin de que en los Campos Celestiales podamos preparar nuestro viaje a siempre más altas regiones."

»"Bien hablado, monje, bien hablado", replicó el hombre. "Siento en mi alma que haya tenido que admitir esta lección. Sí; tenéis razón; me habéis sorprendido en gran manera, monje, por la percepción de que habéis dado pruebas y, debo confesarlo, por vuestra intransigencia, ya que habéis mostrado una mayor firmeza de la que hubiese tenido yo en circunstancias semejantes."

»"Me siento más valiente, ahora", dije. "Vos habláis de mí como si perteneciese a las más bajas órdenes. Hace un momento, me habéis calificado de salvaje, incivil, sin cultura, no sabiendo nada de nada. Os habéis reído de mí cuando he admitido la verdad, que yo no sabía nada de las grandes ciudades del mundo. Pero, señor mío, he dicho la verdad y he admitido mi propia ignorancia. Busco salvarme de ella, y vos no me prestáis ayuda alguna. Vuelvo a preguntaros, señor: Me habéis capturado enteramente contra mi voluntad; os habéis permitido grandes libertades para mi cuerpo — que es el Templo de mi Alma —; os habéis dedicado a una serie de experiencias, aparentemente dedicadas a impresionarme. Podríais impresionarme todavía más, señor, si contestaseis a mi pregunta — porque yo sé aquello que me importa saber. Vuelvo a preguntaros —. ¿Quién sois, vos?"

»Durante algún tiempo, permaneció quieto, demostrando encontrarse preocupado por la respuesta. Entonces, dijo: "En vuestra terminología no existen palabras ni conceptos que hagan posible decir mi situación. Antes de que un tema pueda ser discutido, se requiere un especial requisito: que por ambos lados se interpreten del mismo modo los mismos términos y que se pueda coincidir en determinados conceptos. De momento, permitidme decir que yo soy uno que puede compararse con los lamas médicos de vuestro Chakpori. Tengo a mi cargo la responsabilidad de cuidar de la salud de vuestro cuerpo físico y prepararos de forma que podáis ser llenado de saber, cuando llegue a la conclusión de que ya os encontráis con las suficientes capacidades para recibir dicho conocimiento. Hasta que no estéis lleno de éste, toda discusión sobre quién soy yo, o quién dejo de ser, carece de todo sentido.

Sólo os pido que aceptéis por ahora que todo cuanto nosotros estamos haciendo es para el bien de los demás, y que, pese a que os encontréis muy enfadado ante lo que consideraréis libertades que nos permitimos para con vos, cuando os enteréis de nuestros fines, cuando sepáis quiénes somos y cuando conozcáis quién vos y los vuestros son, cambiaréis de opinión." Diciendo estas palabras, desconectó mi luz y le oí marcharse de la habitación. De nuevo, me encontraba en la negra noche de mi ceguera, sólo con mis pensamientos.

»¡La negra noche del ciego, es bien negra, a la verdad! Cuando yo fui privado de mis ojos, por los dedos impuros de un chino, había sufrido una agonía y, a pesar de mis ojos arrancados, había visto, o me había parecido ver, centellas brillantes, torbellinos de luz sin figura ni forma. Todo eso había sido durante unos días que siguieron a mi desgracia. Pero ahora me habían dicho que un dispositivo se había conectado a mi nervio óptico y podía, efectivamente, creerlo. El que me había apresado había cortado ahora mi luz; pero, en mí, una suerte de posmemoria permanecía fijamente. Otra vez experimentaba la peculiar sensación contradictoria de ceguera y hormigueo luminoso en mi cabeza. Parece que cito dos cosas contradictorias; pero era lo que yo sentía, entre mi ceguera y el centelleo de un torbellino de chispas.

»Durante un buen rato, estuve pensando en lo que se sucedía. El pensamiento que se me ocurrió era que tal vez estuviese muerto o bien loco y que todas esas cosas no eran más que ficciones de una mente abandonando el mundo consciente. Mi formación sacerdotal vino a socorrerme. Empleé la antigua disciplina para reorientar mis pensamientos. *Detuve mi razón* para permitir así que el Super-yo se impusiese. No se trataba de imaginaciones; era una cosa *real*; yo estaba utilizado por Altos Poderes para Altos Designios. Mi terror y mi pánico desaparecieron. La compostura volvió a mi alma y por algún tiempo resonó dentro de mi espíritu acompañada por el tic-tac de mi corazón. ¿Podía haberme yo conducido de otra forma?, reflexioné. ¿Había obrado con la debida prudencia ante unos conceptos que, para mí, eran nuevos? El

Gran Treceavo, ¿habría obrado distintamente, en semejante situación. Mi conciencia era clara. Mi deber, sencillo. Debía continuar comportándome del mismo modo que lo hubiera hecho un buen sacerdote del Tíbet; así, todo marcharía por el buen camino. Me invadió la paz; una sensación de bienestar me arropó como una sábana de lana de yak, protegiéndome del frío. Insensiblemente caí en un sueño profundo y tranquilo.

»El mundo cambiaba. Todo parecía ir subiendo y bajando. Una fuerte sensación de movimiento y un "clang" metálico, me despertaron bruscamente de aquel sueño profundo. Yo me movía, la mesa donde yo estaba tendido se movía asimismo. Percibí el ruido cristalino de los objetos a mi alrededor. Recordé que dichos objetos estaban unidos a la mesa. Ahora todos estaban en movimiento. Unas voces me rodeaban. Altas y bajas. Discutiendo acerca de mi persona, temí. Eran unas voces raras, distintas de cuanto había escuchado. La mesa donde me hallaba tendido se movía en un movimiento silencioso. Ni se deslizaba, ni rascaba el suelo. Solamente fluctuando. Algo por el estilo de lo que debe de experimentar una pluma cuando la arrastra el viento. En un momento dado, el movimiento de la mesa cambió de dirección. Era seguro que se me conducía a lo largo de un corredor. No tardamos en llegar a un amplio vestíbulo. Los ecos daban una resonancia distante, muy distante. Se produjo un más bien débil arrastre, y mi mesa reposó con un ruido que mi experiencia me dictó ser el de un suelo "rocoso"; mas, ¿cómo podía ser así? ¿Cómo, podía hallarme, súbitamente, dentro de lo que mis sentidos decían que era una cueva? Mi curiosidad pronto se calmó, ¿o bien, estaba más aguzada? Nunca estuve cierto de ello.

»Percibía un parloteo continuo a mi alrededor, siempre en un lenguaje para mí desconocido. Con el ruido de mi mesa de metal al tocar al suelo, una mano tocó mi espalda y la voz de mi capturador profirió: "Vamos, ahora, a devolveros la vista; ya habéis reposado lo suficiente." Escuché un chasquido y un "clic." Unos colores danzaban a mi alrededor, res-

plandecían luces, se hacían menos intensas y se detenían en unas formas. No formas que yo comprendiese, que me dijese algo. Yo me hallaba tendido allí, preguntándome de qué se trataba todo aquello. Se produjo, entonces, un silencio expectante. Podía *sentir* que unas personas estaban allí, mirándome. Entonces llegó a mis oídos una seca, aguda, casi ladrada pregunta: los pasos de mi carcelero se acercaron de prisa. "¿No podéis ver nada?", me preguntaba.

»"Veo unas estructuras curiosas", le repliqué. "Para mí, carecen de significado. Son líneas fluctuantes, colores fugaces y luces centelleantes. Eso es lo que diviso." El hombre musitó algo y se alejó a toda prisa. Se produjo un diálogo y el ruido metálico de varios objetos a la vez. Todo danzaba con un loco delirio de raras formaciones. De pronto se paró, y yo vi.

»Allí estaba una vasta caverna, alta como unos treinta metros o tal vez más. Su longitud y su anchura se escapaban a mis cálculos porque se desvanecían fuera del alcance de mi vista. Aquel sitio era de vastas dimensiones y contenía algo que sólo puedo comparar a un anfiteatro, en cuyos asientos estaban instalados profusamente — ¿cómo voy a llamarles? — unas criaturas que sólo podían venir de un catálogo de dioses y demonios. Mas, por extraños que aquellos seres fuesen, un objeto, aún más raro, un objeto más raro todavía, estaba suspendido en el centro de la caverna. Era un globo que luego reconocí como el de la Tierra, suspendido ante mí, rodando lentamente mientras que una luz lejana lo iluminaba como la luz del Sol alumbra la Tierra.

»Ahora reinaba un profundo silencio. Aquellas extrañas criaturas, todas me miraban a mí. Yo también les miraba a ellos, si bien me sentía pequeño, insignificante, ante aquella poderosa asamblea. Allí estaban hombres y mujeres pequeños, que parecían perfectos en todos sus detalles y de una semejanza divina. Irradiando una aura de pureza y de paz. Otros, también parecidos a los seres humanos, si bien dotados de curiosas e increíbles cabezas de pájaros, dotados de escamas o plumas (no me era posible distinguir bien). Sus manos, aun



de forma humana, terminaban en asombrosas escamas y garras. También se veían gigantes. Criaturas inmensas, que descollaban cual estatuas y proyectaban su sombra por encima de sus diminutos compañeros. Eran, todos ellos, innegablemente humanos, si bien de un tamaño que sobrepasaba toda comprensión. Hombres y mujeres, machos y hembras. Y otros que eran ambas cosas, o ninguna de las dos. Todo aquel mundo me miraba y yo padecía bajo la mirada de aquéllos.

»A un lado, estaba sentada una criatura semejante a un dios, de severo semblante y majestuosa actitud. Entre brillantes y vivos colores, estaba sentada, calmamente regia como un dios en su cielo. Entonces hablé, otra vez en su idioma desconocido. Mi capturador, rápidamente fue hacia mi persona y se inclinó hacia mí, diciéndome: "Tengo que meterte en los oídos estas cosas — me dijo —, y entonces comprenderás todas las palabras que aquí se digan. No temas". Tomó entre sus dedos el borde superior de mi oído derecho y lo levantó con una mano. Con la otra introdujo algo en el orificio del oído. Dio la vuelta a un botón situado en una cajita que estaba al lado de mi cuello y percibí unos ruidos. Entonces me graduó el aparato de forma que yo pudiese comprender la lengua que hasta entonces me había sido ininteligible. No tuve tiempo para admirarme de esta maravilla, ya que me veía obligado a escuchar las voces que se producían a mi alrededor; voces que, ahora, comprendía.

»Comprendía las voces, eso sí; pero la magnitud de los conceptos iba más allá de mi imaginación limitada. Era yo un pobre sacerdote de lo que me había sido descrito como "país de salvajes", y mi comprensión no alcanzaba a entender el significado de todo aquello que ahora escuchaba y que había imaginado que sería inteligible. Mi capturador observó que me hallaba rodeado de obstáculos y se precipitó hacia mí. "¿Qué te pasa?", murmuró a mi oído.

»"No estoy lo bastante educado para entender el sentido de lo que dicen. No puedo *comprender* tan elevados pensamientos; únicamente capto las palabras", le murmuré a su oído, a mi vez.

»Con expresión más que preocupada en el rostro, él se dirigió a un alto oficial — vestido de colores brillantes —, el cual estaba al lado del Más Grande. Se entabló una conversación en voz baja; entonces ambos vinieron lentamente en mi dirección.

»Intenté seguir aquel diálogo que se refería a mi persona, mas no logré mi intento. Mi capturador se inclinó hacia mí y murmuró: "Explicad al ayudante vuestras dificultades."

»"¿Ayudante?" le repuse: "No entiendo qué significa esa palabra." Nunca en mi vida me había sentido tan desplazado, tan ignorante y frustrado. Nunca hasta entonces me había encontrado a mí mismo más fuera de mi centro. El ayudante, sonrió mirándome y dijo: "Comprendéis lo que ahora os estoy diciendo?"

»"Perfectamente, señor — le repliqué —, pero estoy en la más completa ignorancia del contenido de las palabras del Grande. No puedo *comprender* el tema; los *conceptos* me sobrepasan." Asintió con la cabeza, y dijo: "Hay que echar la culpa a nuestro traductor automático. No tiene importancia alguna; el Cirujano General, que suponemos que os referís a él cuando habláis de vuestro capturador, tratará de este asunto y os preparará para la próxima sesión. Es un detalle de una importancia minúscula; voy a explicarlo al Almirante".

»Saludó amistosamente con una inclinación de cabeza y marchó a largos pasos hacia el Grande. ¿Almirante? ¿Qué debía ser?, me pregunté. ¿Qué era un Ayudante? Dichos términos, para mí, carecían de todo sentido. Me dispuse a esperar los acontecimientos. Aquel a quien llamaban el Ayudante, llegó al Grande y le habló tranquilamente. Ambos parecían calmados, tranquilos. El Grande asintió con la cabeza y entonces el Ayudante hizo señas al que llamaban Cirujano General, o sea, a mi capturador. Éste se le acercó y entre los dos se entabló una animada discusión. Finalmente, aquel de quien yo era prisionero puso su mano derecha sobre su cabeza con unos gestos extraños que observé, se volvió hacia mí, y se me acercó súbitamente; haciendo gestos, por lo

que parecía, a una persona que se hallaba totalmente fuera de mi cuerpo visual.

»La conversación continuó. No se había producido interrupción alguna. Un hombre cuadrado estaba allí de pie y tuve la impresión que se discutía de algo sobre aprovisionamientos. Una extraña mujer saltó sobre sus pies e hizo, al parecer, una respuesta. Aparentemente, se trataba de una enérgica protesta por algo que aquel hombre había dicho. Entonces, con el rostro encendido — ¿de rabia? —, la mujer se sentó bruscamente. El hombre continuó imperturbable. Mi raptor se llegó hacia a mí, musitando: "Me habéis fastidiado; yo dije que erais un salvaje ignorante". Contrariado, arrancó los objetos que yo llevaba en los oídos. Con un gesto de su mano, instantáneamente me volvió a privar de luz.

»Entonces experimenté la sensación de que la mesa sobre la cual yo me hallaba se movía abandonando la gran cueva. Sin ningún cuidado mi mesa y todo el equipo fue empujado a lo largo de un corredor; luego se produjeron diversos sonidos metálicos, un súbito cambio de dirección y la desagradable sensación de una caída. Con un estruendo metálico, mi mesa chocó contra el suelo y sospeché que de nuevo me encontraba en la habitación metálica, de donde yo había salido. Voces bruscas, susurro de ropas y ruido de pies que se arrastraban. Escuché deslizarse las puertas metálicas, y otra vez me encontraba solo, con mis pensamientos. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué era el Almirante? ¿Qué, el ayudante? ¿Por qué mi apresador se llamaba el Cirujano General? ¿Qué puesto ocupaba? El conjunto de todas esas palabras era cosa, para mí, remota. Estaba tendido con las mejillas ardientes, sufriendo un calor insoportable. Me molestaba lo indecible el hecho de que hubiese comprendido tan pocas cosas. Definitivamente, absolutamente, me había comportado como un salvaje ignorante. Habrían experimentado hacia mí lo propio que yo habría sentido con respecto a un yak que yo hubiera tomado por una persona consciente y me hubiera dirigido a él sin resultado alguno. Me entraron unos grandes sudores, considerando hasta qué punto yo había deshonrado mi casta sacer-

total por mi total incapacidad para entender nada. ¡Me sentí horriblemente mal!

»Allí yacía yo, presa de mi desgracia, de mis más negros e innobles pensamientos; lleno del más negro temor de que fuésemos todos nosotros unos salvajes, en relación con aquellas gentes desconocidas. Yacía allí, ¡y sudaba!

»La puerta crujió abriéndose, y riendo y charlando alguien entró en la habitación. Eran aquellas nefandas mujeres otra vez. Con mucho brío, me arrancaron mi sábana y otra vez me quedé en cueros como un recién nacido. Sin ceremonias, me dieron vueltas a lo largo, me untaron de algo pegajoso. Me dieron otra vuelta violenta hacia el otro lado. Luego se produjo un gran tirón cuando el borde de la sábana fue empujado bajo mi persona. Por un momento, creí que me tiraban fuera de la mesa. Manos de mujer me agarraron y con ahínco me frotaron con ásperas y fuertes soluciones. Fui objeto de un fuerte masaje con algo que podía ser añejo vino blanco. Las partes más íntimas de mi cuerpo fueron hurgadas y pinchadas; extraños artefactos fueron introducidos en ellas.

»Pasaba el tiempo lentamente. Yo me sentía asqueado más allá de lo que podía resistir; pero no podía hacer nada. Se me había inmovilizado precisamente para evitar esa contingencia. Pero, entonces empezó un asalto de tal naturaleza, que al principio temí que yo no fuese objeto de torturas. Aquellas mujeres tiraban de mis brazos y mis piernas y los retorcían y doblegaban en todos los ángulos posibles. Manos ásperas se hundían en mis músculos y me los amasaban como si fuese una cochura. Golpes dados con los nudillos de los dedos marcaban depresiones en mis órganos y me cortaban el aliento. Mis piernas fueron abiertas ampliamente y aquellas mujeres eternamente charlatanas me pasaron unas largas mangas por mis pies, a lo largo de mis piernas y hasta cerca de mis caderas. Me levantaron por la nuca, de manera que me sostenía derecho de la cintura para arriba. Entonces me pusieron una suerte de vestidura que me cubría la parte superior del cuerpo y se ataba sobre mi pecho y mi abdomen.

»Una espuma extraña y maloliente se dejó sentir sobre mi cuero cabelludo; después, al instante, un rumor vibrante se dejó escuchar. La causa de aquel ruido me impresionó y me hizo rechinar de dientes, los pocos que me quedaron después que los chinos me los habían roto casi todos. Era la sensación de que me estaban trasquilando y me recordaba a lo que se percibe cuando trasquilan a los yaks para aprovechar sus lanas. Un áspero fregoteo, tan áspero que sin duda lastimaba mi piel, me fue administrado, y otra sensación brumosa, descendiendo sobre mi cabeza indefensa.

»La puerta se deslizó de nuevo y me llegó un sonido de voces masculinas. Reconocí una de ellas: la de mi carcelero. Este se me acercó, diciéndome: "Vamos a abrir vuestro cráneo; no hay que preocuparse por ello. Ahora pondremos unos electrodos, directamente en vuestra..." Las palabras, para mí, carecían de todo sentido, ya que no estaba en mi poder decidir nada de nada.

»Unos raros olores invadieron el aire. Las parlanchinas mujeres permanecían en silencio. Cesó toda conversación. Se percibía el ruido del metal dando contra el metal. Sobrevino un borbotear de fluidos y experimenté una súbita y aguda punzada en la parte superior de mi brazo izquierdo. Violentamente, me agarraron de la nariz y algún extraño artefacto de forma tubular fue empujado arriba por los agujeros de la nariz y luego dentro de mi gástrico. Alrededor de mi cráneo noté una sucesión de pellizcos agudos que instantáneamente me provocaron un amodorramiento. Se produjo entonces como un lamento muy agudo y una horrenda máquina tocó mi cráneo y se arrastró a su alrededor. Era que me aserraban la cima de mi cráneo. Aquella pulsación, con su rechinar terrible, penetraba en todos los átomos de mi ser; tenía la sensación de que todos los huesos de mi cuerpo entero vibraban en protesta. Al final — como podía sentirlo muy bien — la cúpula superior de mi cabeza había sido cortada en redondo, con la excepción de una pequeña mota de carne, que hacía de charnela a mi cerebro. Yo, en aquel momento, me sentía aterrizado. Una extraña forma de terror; porque aunque estuvie-

se *aterroizado*, me sentía determinado a no hacer la menor queja, aunque tuviese que morirme.

»Indescriptibles sensaciones me asaltaban. Sin ningún motivo aparente, mi boca lanzó un "¡Ah!", interminable. De pronto, mis dedos se crisparon con violencia. Un cosquilleo, en mis narices, me obligó a estornudar, aunque no pude estornudar, en efecto. Pero lo que siguió inmediatamente fue peor. De pronto, vi que tenía enfrente, y de pie, a mi abuelo materno. Iba vestido como un oficial del gobierno. Me hablaba con una amable sonrisa en el rostro. Miré hacia él, entonces me sobrecogió un pensamiento: *no le miraba*. Yo no tenía ojos. ¿Qué magia era aquella? A mi primera exclamación, cuando la figura de mi abuelo se desvanecía, mi carcelero se me acercó, preguntándome: "¿Qué os pasa?" Yo, le respondí: "¡Oh, no es nada!". Entonces, él me dijo: "Estamos meramente estimulando ciertos centros del cerebro para que podáis comprender más fácilmente. Estamos ciertos de vuestra capacidad; pero habéis sido víctima de la pereza y del estupor de la superstición, que no permiten una apertura suficiente de vuestra comprensión. Ahora estamos remediando vuestra deficiencia."

»Una mujer introdujo las pequeñas piezas en mis oídos, y por la rudeza de sus manos habría podido hincar tachuelas en el piso más firme. Escuché un "clic" y puede comprender el lenguaje supraterráneo. Pude también *entender* lo que escuchaba. Palabras como "cortex", "médula oblonga", "psicosomático", y otras me eran conocidas, en sí mismas y en sus relaciones con otros términos. Mi índice básico de inteligencia había ascendido — y sabía todos aquellos significados —. Pero lo que estaba pasando era para mí una verdadera prueba. Era extenuante. El tiempo parecía haberse detenido. Me parecía que, a mí alrededor, se producía un tránsito inacabable de personas. El parloteo, no acababa nunca. Todo resultaba agotador. Yo, anhelaba salir de este paso, lejos de los raros olores; lejos de un lugar donde se me había cortado la cúspide de mi cráneo, como la corona de un huevo duro hervido. No porque yo hubiese visto jamás huevos hervidos y

duros en mi vida, que esto era destinado a los mercaderes y gente de dinero, y no a pobres sacerdotes viviendo sólo de tsampa.

»De vez en cuando, personas que estaban a mi alrededor me dirigían observaciones y preguntas: ¿Cómo me sentía? ¿Me dolía la operación? ¿Pensaba antes, veía alguna cosa? ¿Qué color imaginaba que iba a ver? Mi carcelero, estaba continuamente a mi lado y me explicó que, habiendo sido estimulados algunos centros cerebrales durante el curso del tratamiento, podría experimentar sensaciones que me asustasen. ¿Asustarme, a mí? No había dejado de sentir miedo durante el tratamiento entero, le contesté. Él, se rió ante esta mi respuesta, y me dijo, de paso, que, de resultas del tratamiento que entonces yo experimentaba, tendría que vivir toda mi vida como solitario, debido a las percepciones suprasensibles que yo sentiría. Nadie viviría conmigo, me dijo, hasta que al fin de mi existencia un joven llegaría a quien yo comunicaría todos mis conocimientos y, más adelante, los expondría ante un mundo descreído.

»Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, la cúspide de mi cráneo fue devuelta a su sitio. Unos extraños ganchos sirvieron para juntar las dos mitades. Alrededor de mi cabeza, arrollaron con varias vueltas una venda de tela. Después, todo el mundo se fue, excepto una mujer que se sentó a mi cabecera; por el ruido de papel se podía comprender que leía, desatendiendo su deber. Después llegó a mis oídos el ruido de un libro que se caía y los ronquidos acompasados de la mujer. ¡Yo, entonces, decidí también dormirme!»

## Capítulo quinto

De pronto, el viejo ermitaño cesó de hablar y aplicó ambas manos, con los dedos extendidos, sobre el suelo arenoso que se hallaba a su lado. Ligeramente, esos dedos sensibles tomaron contacto con el suelo. Él se concentró un momento y, después, dijo: «A no tardar, recibiremos una visita». El joven monje, con los ojos mirando al anciano, le formuló una pregunta muda. ¿Un visitante? ¿Cuál podía llegar hasta allí? ¿Cómo el anciano podía estar tan seguro? Nada se había oído, ningún cambio en las voces de la naturaleza fuera de la cueva. Porque tal vez diez minutos estuvieron ambos sentados y tiosos, expectantes.

Súbitamente, el óvalo iluminado que daba entrada a la cueva se ennegreció progresivamente. «¿Estáis aquí, ermitaño?», chilló una voz aguda. «¡Vaya! ¿Por qué los ermitaños tienen que vivir en tan oscuras y alejadas soledades?» Dentro de la cueva, se presentó un monje, bajito y grueso que llevaba un saco sobre sus espaldas. «Os he traído un poco de té y cebada», dijo. «Era para el eremitorio de las lejanías; pero ellos, ya ellos se encontraban abastecidos; y yo no quiero regresar con la carga.» Con gesto de satisfacción, se quitó el saco de la espalda y lo dejó caer al suelo. Luego, como un hombre cansado, se dejó caer sentado, al suelo, con la espalda contra la pared. ¡Vaya desaliñado!, pensó el joven monje; ¿por qué no se sienta correctamente, como es debido? Mas, en el acto, halló la respuesta: el otro monje estaba imposibilitado, por su gordura, de sentarse cruzando las piernas de ningún modo.

El viejo ermitaño le habló amablemente: «¡Muy bien! ¿Qué noticias nos traes? ¿Qué pasa por el mundo?». El monje mensajero, quejándose y jadeando, le respondió: «Quisiera que me dieras alguna medicina para curar esta gordura mía. En Chakpori, me dijeron que tengo perturbaciones glandulares; pero no me dieron nada para que pudiese



ojos, ahora adaptados a la profunda oscuridad de la cueva — después de haber venido de una brillante luz solar — miraron a su alrededor. «¡Ah! Veo que tenéis aquí el Joven Monje — exclamó —, ¿Cómo se porta? ¿Es tan brillante como dicen?»

Sin aguardar respuesta, continuó diciendo: «Una caída de rocas, hace unos días. El ermitaño de la ermita más lejana fue atrapado por una roca y cayó al precipicio. Ha sido pasto de los buitres». Se desternillaba de risa ante la idea. «El solitario de la cueva, entonces se murió de sed. Sólo había dos. El ermitaño en propiedad y él, que se emparedó. Sin agua, no hay vida. ¿No es así?»

El joven monje permanecía silencioso, pensando en los eremitas solitarios. Hombres raros que han sentido una «llamada» que les conduce a retirarse de todo y cualquier contacto con el mundo del Hombre. Acompañado por un monje voluntario, el tal «solitario» caminaría por los flancos de la montaña hasta encontrar una ermita abandonada. Allí, el «solitario» penetraría en una habitación interior sin ventanas. Su guardián voluntario levantaría una pared, de manera que el eremita jamás pudiese abandonar su habitación. En el muro había sólo una abertura suficiente para que pasase un cuenco. A través de ésta, cada dos días, se le pasaría al solitario un cuenco de agua de una fuente vecina, en la montaña, y un puñado de grano. Ni una franja de luz entraría en la estancia del eremita durante el resto de su vida. Nunca jamás hablaría con nadie, ni nadie le hablaría a él. Allí, tanto como viviese, estaría en contemplación, liberando el cuerpo astral del físico y viajando lejos, en los planos astrales.

Ninguna enfermedad ni cambio de decisión alguna le aseguraría su liberación. Fuera de la habitación sellada, el ermitaño podía vivir y tener su propia existencia, procurando siempre que ningún mundanal ruido llegara hasta el solitario emparedado. Mas, en el caso de que el compañero enfermase o muriese, o se despeñase por la montaña, entonces el eremita forzosamente tenía que morir, generalmente de sed. En su pequeña estancia, sin calefacción alguna por crudo que fuese

el tiempo, el eremita tenía su habitación. Un cuenco de agua para dos días. Agua fría, jamás calentada, nada de té, tan sólo el agua glacial que sale de las heladas faldas de la montaña. Nada de comida caliente. Un puñado de cebada para dos días. Al principio, los tormentos del hambre debían ser tremendos, cuando el estómago se contraía. Las torturas de la sed serían aún peores. El cuerpo se deshidrataría, volviéndose quebradizo. Los músculos se entumecerían y desaparecerían, atacados por la falta de manjar, de agua y de ejercicio. Las funciones normales del cuerpo casi cesarían, a medida que se tomasen menos agua y comida. Pero el eremita jamás abandonaría su estancia. Todo cuanto debiese ser hecho, todo cuanto la Naturaleza le obligase a cumplir, tenía que suceder en un rincón de la habitación donde el tiempo y el frío redujesen sus despojos a glaciales cenizas.

Primero desaparecería el sentido de la vista. De momento se producirían inútiles esfuerzos contra la oscuridad. La imaginación, en sus fases iniciales, proporcionaría algunas claridades; casi auténticas y luminosas «escenas». Las pupilas se dilatarían progresivamente y, al propio tiempo, los músculos de los ojos relajándose, de modo que si una avalancha destruyese el techo de la ermita, la luz del sol abrasaría la vista del ermitaño lo mismo que si la consumiese un rayo.

El oído se volvería sutil, por encima de lo normal. Sones imaginarios torturarían al eremita. Escucharía fragmentos de conversaciones, que parecerían traídas por el aire y desvanecidas tan pronto como el solitario se aprestara a escucharlas. La compensación llegaría a no tardar. Sentiría cualquier ruido a su lado, enfrente, a sus espaldas. Escucharía su acercarse a una pared. La más ligera alteración del aire, al levantar un brazo, resonaría en su interior como un vendaval. No tardaría mucho en percibir los latidos de su corazón, como una máquina potente, latiendo incansable. Después sería el rumor de los fluidos dentro del cuerpo, la exhalación de los órganos secretores y, cuando sus sentidos alcanzasen aún una mayor agudez, el tenue resbalar de un tejido muscular contra otro.

La mente jugaría raras tretas al cuerpo. Imágenes lascivas atormentarían las glándulas. Los muros de la habitación a oscuras, parecerían aplastarle; el eremita tendría la impresión de verse triturado. La respiración se haría afanosa, a medida que el aire se hiciese más corrompido. Sólo cada dos días, la piedra que tapaba la pequeña abertura de la pared se vería apartada para que pudiese pasar a su través el cuenco de agua, el puñado de cebada y una bocanada de aire vital con ellos. Después, se volvería a cerrar la abertura.

Cuando el cuerpo se vea dominado y todas sus sensaciones sujetadas, el cuerpo astral flotará libre como el humo saliendo de una hoguera. El cuerpo material yacerá en posición supina sobre el suelo y únicamente el Cordón de Plata unirá a los dos. A través de las paredes de roca, el astral pasará. Por los desfiladeros llenos de precipicios viajará, saboreando las satisfacciones del sentirse libre de las cadenas carnales. Se deslizará hasta los conventos de lamas y los lamas dotados de telepatía y de clarividencia conversarán con el eremita. Ni la noche ni el día; ni el calor o el frío, le pueden ser estorbo; ni las más robustas puertas causarle el menor obstáculo. Las salas de los consejos, en el mundo entero, se le abrirán y no habrá vista ni experiencia que al viajero astral puedan ser vedadas.

El joven monje iba pensando todas esas cosas, y luego pensó en aquel eremita, yaciendo muerto muy lejos de allí, más arriba de la montaña. El monje gordo no paraba de charlar: «Ahora, tengo que romper la pared y sacar al muerto. Iré a la ermita y llamaré, antes, por el agujero de la pared. ¡Uf! ¡qué peste! Está muerto *del todo*. No lo podemos dejar arriba. Iré a Drepung, por ayuda. Bueno, los buitres van a estar contentos cuando echemos fuera al muerto. Le gusta mucho su carne y están aposentados cerca de la ermita graznando ya por él. ¡Ay de mí!, tengo que montar en mi viejo caballo y deshacer camino; no tengo el tipo para esos viajes por la montaña».

El grueso monje, movió vagamente una mano en el aire y se encaminó hacia la entrada de la cueva. El joven, se levantó

laboriosamente por haberse lastimado una pierna, lo que le hizo murmurar algunas palabras por lo bajo. Con curiosidad, siguió la marcha del obeso monje, cuando salió de la cueva. Un caballo estaba pacienco a sus anchas por la enrarecida vegetación. El monje gordo, con paso vacilante, se le acercó y montó encima fatigosamente. Poco a poco, el monje y la cabalgadura se dirigieron hacia el lago, donde les aguardaban otras personas y sus monturas. El joven monje permaneció allí hasta que se perdieron todos de vista. Suspirando angustiosamente, se volvió para mirar las altas peñas que se levantaban al cielo. Lejos, los muros de la Ermita de Más Lejos resplandecían en blanco y verde a la luz del sol.

Por un año entero, un eremita y su auxiliar habían trabajado con ahínco para construir la ermita con las piedras esparcidas a su alrededor. Transportándolas al sitio indicado, ajustando piedra sobre piedra, y construyendo una habitación interior, donde no pudiese penetrar la luz ni en el último rincón. Durante un año trabajaron hasta que la estructura básica les satisfizo. Luego vino el trabajo de fabricar una pared con aquellas piedras y blanquearla hasta hacerla resplandeciente. Después fue cuestión de pintar las paredes que se proyectaban sobre los abismos. Para ello se había triturado previamente el ocre y disuelto el color en agua de una fuente próxima. La decoración tendría que ser un monumento a la piedad humana. Durante todo este tiempo, tanto el eremita como su ayudante no cambiarían entre los dos ni una sola palabra. Habría llegado el día en que la ermita estaba acabada y consagrada. El eremita, había mirado a los lejos, al llano de Lhasa, por vez postrera. El mundo del Hombre. Había girado lentamente para entrar en la ermita y caer muerto a los pies de su ayudante.

A través de los años, muchos habían sido ermitaños de aquella ermita. Habían vivido emparedados, en la habitación interior, de muros de piedra. Habían alimentado a los buitres, siempre dispuestos a devorar. Ahora, otro había sucumbido. De sed. Sin esperanzas. Una vez desaparecido su ayudante, desaparecía todo auxilio, el agua vital. No había más solución que

tenderse y morir. El joven monje lanzó una mirada, abarcando la ermita y el precipicio. Brillantes prados al flanco de la montaña. Un rasguño se abría, derecho, a través de los líquenes y surcaba las rocas. Más abajo, en el flanco de la montaña, se veía un montón de rocas recién derrumbadas. Debajo de las rocas yacía un cuerpo.

Preocupado, el joven entró en la cueva, cogió el recipiente y se encaminó al lago, a por agua. Después de haber limpiado el recipiente lo llenó de agua y se preparó a proseguir su tarea. Miró a su alrededor y frunció las cejas con desánimo. No se veía por ninguna parte troncos o ramas caídos. Tenía que ir hasta más lejos, en busca de combustible. Buscó, entonces, entre los matorrales. Pequeñas alimañas se detuvieron, en su inacabable búsqueda de comida, y se levantaron sobre las patas traseras, mirando llenas de curiosidad al invasor de sus dominios. Aquí no existía el miedo; los animales no temían al Hombre, porque el Hombre vivía en paz y armonía con los animales.

Finalmente, el joven monje llegó hasta un sitio donde se encontraba un pequeño árbol caído. Después de haber desgajado las mayores ramas que le permitiera su vigor juvenil, volvió atrás y, una por una, las fue arrastrando hasta la boca de la cueva. Con el contenido del recipiente preparó el té con tsampa en pocos momentos. El viejo eremita sorbía satisfecho aquel té caliente. El joven monje se sentía fascinado viendo cómo el viejo tomaba el té. En el Tíbet, toda la vajilla se maneja con ambas manos, en señal de respeto por el manjar que nos alimenta. El viejo ermitaño, a través de una larga práctica, cogía el cuenco con ambas manos, de forma que un dedo de cada una se aplicase al borde interior de la vasija. Así no se arriesgaba a remojarse, ya que uno de los dedos, humedeciéndose, le advertiría. Ahora, estaba sentado y satisfecho, apreciando en gran manera el té caliente, después de enteras décadas de agua fría.

«Es extraño — observó — que, después de más de setenta años de la más rigurosa austeridad, ahora me apetezca el té caliente. También me gusta el calor confortante que nos causa el

fuego. ¿Os habéis dado cuenta de cómo calienta el aire de nuestra cueva?»

El joven monje le miró, lleno de compasión. «¿Nunca habéis salido de aquí, Venerable?», le preguntó.

«No, nunca — replicó el eremita —. Aquí conozco todas y cada una de las piedras. Dentro de aquí, la carencia de vista casi no me representa una incomodidad; pero fuera hay piedras resbaladizas y precipicios, ¡es otra cosa! Podría caminar por la ribera y caerme al lago; podría abandonar esta cueva y perder el camino de regreso.»

«¡Venerable! — dijo el joven monje, algo incrédulo —. ¿Cómo pudiste hallar esa tan remota, casi inaccesible cueva? ¿Fue un azar?»

«No; no fue así — replicó el anciano —. Cuando los Hombres del Otro Mundo acabaron sus tareas para conmigo, me depositaron aquí. *¡Hicieron esta cueva expresamente para mí!*» Diciendo estas palabras, se arrellanó en su asiento con una sonrisa de satisfacción, conociendo muy bien el efecto producido sobre su interlocutor. El joven monje casi se cayó de espaldas, por la sorpresa. «*Fabricada* para vos — exclamó con vehemencia —. Pero ¿cómo pudieron labrar un agujero semejante en la montaña?»

El viejo se sonrió, complacido. «Dos hombres me llevaron aquí — dijo —; me trajeron sobre una plataforma que volaba por los aires, cual los pájaros. No hacía el menor ruido, menos que los pájaros, porque crujen; puedo escuchar sus alas cuando azotan el aire, y sus plumas cuando entre ellas pasa el viento. El *objeto* sobre el cual llegué aquí era silencioso como una sombra. Se alzó por los aires sin esfuerzo alguno; no se percibía ningún arrastre, ni sensación de velocidad alguna. Los dos hombres lo hicieron apearse ahí mismo.» «Pero, ¿por qué precisamente aquí, Venerable Padre?», preguntó el joven monje.

«¿Por qué? — respondió al anciano —. Pensad en las ventajas de este emplazamiento. Está entre cien y doscientos metros del camino de los mercaderes, y éstos para hacerme consultas y buscar mis bendiciones me pagan con provisiones de cebada.

Está cerca de unos senderos que conducen a dos conventos de lamas y siete ermitas. No me puedo morir de hambre, aquí. Me dan noticias. Los lamas me visitan; conocen mi misión. Y también la *vuestra*.»

«Pero, Señor — insistió el joven monje —, sin duda causó una gran impresión, cuando los caminantes descubrieron una profunda cueva donde anteriormente no había ninguna.»

«Joven — replicó el eremita —; habéis estado por esos parajes; ¿os habéis dado cuenta alguna vez de que había cueva alguna por esos alrededores? ¿No? Pues no existen menos de nueve. No os interesan las cuevas y por eso no os habéis dado cuenta de ellas.»

«Pero, ¿cómo pudieron hacer la cueva los dos hombres? Debió de costarles meses de trabajo», dijo, maravillándose, el joven monje.

«La hicieron mediante la magia que ellos llaman ciencia atómica», respondió pacientemente el anciano. «Uno de los dos hombres, sentado en la plataforma volante, vigiló si había gente por esos alrededores. El otro llevaba en la mano un pequeño aparato. Entonces se armó un estruendo como de todos los diablos hambrientos y, según ellos me explicaron, la roca se evaporó, dejando el espacio de un par de estancias. En mi habitación interior hay un manantial — un goteo — de agua, con el que puedo llenar por dos veces al día mi vasija. Es más que suficiente para lo que necesito; así no me es preciso ir al lago a por agua. Cuando no tengo cebada — cosa que me ocurre de vez en cuando — me sustento del liquen que se encuentra en la cueva interna. No es nada gustoso; pero aguanta la vida hasta que vuelvo a tener cebada.»

El joven monje se alzó y se dirigió a la salida de la cueva. Sí; la roca tenía una estructura peculiar, por el estilo de los túneles de volcanes apagados que él había visto en las tierras altas de Chang Tang. La roca parecía como haber sido fundida, escurrida y enfriada, y convertida en una superficie cristalina y áspera, sin arrugas ni salientes. La superficie se diría transparente, y a través de su grosor se podían divisar las estrías de la roca natural, donde brillaban, aquí y allá, venas

de oro. En un punto de la pared, vio cómo el oro se había fundido y rezumado como un líquido espeso y luego había sido recubierto, cuando el dióxido de sílice había cristalizado al enfriarse. ¡La cueva poseía los muros de vidrio natural!

Pero precisaba hacer las faenas domésticas; no era tiempo de conversación. Había que barrer el suelo, traer agua y romper los troncos en pedazos adecuados para que sirviesen de leña. El joven monje empuñó la rama que hacía las veces de escoba y se puso a la tarea con escaso entusiasmo. Barrió el espacio donde por las noches él dormía y fue empujando las barreduras hacia la entrada, siempre barriendo. De pronto, la rama que le hacía las veces de escoba dio con un pequeño montón que había en el suelo; lo removió y descubrió ser éste un objeto de un color entre pardo y verdoso. Enojado, el joven monje dejó de barrer aquella piedra, intrigado por lo que podía ser *aquello*. Al hacerse con aquel objeto, pegó un salto atrás con una exclamación; no era ninguna piedra, ¿de qué, pues, se trataba? Con toda precaución removió aquel objeto con un palo. El objeto se desplazó emitiendo un leve ruido. Entonces, lo levantó del suelo y corrió hacia el interior de la cueva, donde estaba el ermitaño. «¡Venerable! — le dijo —, acabo de descubrir un extraño objeto, debajo el sitio donde murió aquel preso.»

El anciano salió de su habitación interna. «Dime cómo es», le ordenó.

«Parece ser — dijo el joven —, como una bolsa que tiene de ancho unos dos dedos. Es de cuero, o de piel de algún animal». Diciendo esto, lo palpó. «Hay una cuerda alrededor del cuello de esta bolsa. Voy a buscar una piedra afilada.» Corrió fuera de la cueva y cogió un pedernal cortante. A su regreso, aserró con él aquella tira de cuero. «Es muy duro», comentó. «Todo está sucio de lodo y cubierto de moho. ¡Por fin lo corté!» Cuidadosamente, abrió aquella bolsa y vertió su contenido sobre un girón de su manto. «Monedas de oro», observó el ermitaño.

«Yo, en mi vida, nunca había visto monedas de oro, sólo en imágenes.» También se derramaron pedazos de cristal de colo-



res. Se preguntó *para* qué servirían. Finalmente, había cinco sortijas de oro con pedazos de cristal engarzados en ellas.

«Dejadme palparlos», le ordenó el ermitaño. El joven monje, levantó el regazo de su manto y guió las manos de su superior hacia aquel pequeño montoncito.

«Diamantes — dijo el armitaño —, puedo adivinar por su vibración y...» El anciano permaneció silencioso y atento, mientras manejaba las piedras, las sortijas y aquellas monedas. Después, realizó una profunda inspiración y comentó: «Nuestro prisionero había sustraído todas estas cosas. Las monedas, son de la India. Siento que hay *algo malo* en todo eso. Representan una muy grande suma de dinero». Meditó en silencio por unos momentos, y terminó diciendo bruscamente: «Llevaos todo esto, lleváoslo y tiradlo en lo más profundo del lago. Nos traerían mala ventura si los guardásemos con nosotros. Aquí hay concupiscencia, asesinato y miserias. Fuera con todo eso, ¡rápido!». Diciendo esas palabras volvió la espalda y, lentamente, se arrastró al interior de la cueva. El joven monje devolvió todo aquel montoncito al interior de la bolsa y se encaminó hacia el lago. Al llegar a su orilla, depositó todos aquellos objetos sobre una roca plana y examinó, uno por uno aquéllos, con toda curiosidad. Después, levantando una moneda entre el pulgar y un dedo, la lanzó con todas sus fuerzas al agua. La moneda fue rebotando y levantando pequeñas olas, hasta que, con un chasquido final, se hundió hasta lo más profundo del lago. Moneda por moneda, y luego el resto de aquellos objetos, fue lanzado a las aguas, hasta que se hundió el último.

Mientras se lavaba las manos, sonrió al darse cuenta que unos pájaros pescadores se habían largado con la bolsa y perseguían con furia los objetos hundidos. Musitando las Preces de los Difuntos, el joven monje, volvió a la cueva y a sus trabajos caseros. Luego vino el momento de poner de lado las ramas que harían las veces de escobas. Después, esparcir nueva arena, apilar leña para el fuego, disponer la vasija del agua y frotarse las manos, en signo de que el trabajo del día se había terminado. Llegaba el momento en que las células

de la memoria de aquel joven se hallaban a punto de almacenar la información que se le comunicaría.

El viejo ermitaño vino jadeando desde su habitación interior. Incluso para la visión inexperta del joven monje, el anciano desfallecía a ojos vistas. Lentamente, el eremita se sentó en el suelo y se arropó convenientemente. El joven le alargó el cuenco y se lo llenó con agua fría. Con todo cuidado se situó al lado del anciano y guió sus manos hasta el borde de la vasija para que supiese exactamente dónde estaba colocada. Entonces, se sentó a su vez, aguardando a que su mayor hablase.

Durante un tiempo, todo permanecía en silencio, mientras el anciano permanecía sentado y ordenando sus pensamientos y recuerdos. Luego, después de un largo carraspeo, empezó diciendo: «La mujer aquella se durmió y yo también. Pero no estuve dormido por mucho rato. Ella roncaba terriblemente y mi cabeza latía con fuerza. Sentí como si mi cerebro oscilase y quisiese salir por la cima de mi cráneo. Entonces, se me produjeron como unos porrazos en los vasos sanguíneos de mi cuello, que me pusieron al borde de un desvanecimiento. Luego, los ronquidos cambiaron su ritmo, se percibió un ruido de pies arrastrándose y, de pronto, con una acusada exclamación, aquella mujer saltó sobre sus pies y corrió hacia mi lado. Inmediatamente, se escucharon unos ruidos metálicos y se notó un ritmo distinto de los líquidos que circulaban dentro de mi cuerpo. En un momento, o dos, cesó la pulsación de mis sesos. Se acabaron las presiones que experimentaba mi cuello, y los huesos cortados del cráneo no me causaron molestias.

»La mujer se afanaba moviendo algunos objetos, metiendo ruido con cristales que chocaban y metales que vibraban unos contra otros. Percibí un crujido cuando ella se agachó para levantar del suelo su libro caído. Algún objeto del mobiliario crujía cuando era movido de su sitio para ser colocado en una nueva posición. Entonces, ella se dirigió como hacia la pared y escuché como se deslizaba la puerta abriéndose y luego cerrándose tras ella. De pronto, llegó a mis oídos el ruido de

pasos, disminuyendo a lo largo del corredor. Yo estaba allí, tendido; ;no me podía mover! Era evidente que algo había sido hecho sobre mi cerebro. Me sentía más despierto. Podía pensar más claramente. Antes, había experimentado un montón confuso de pensamientos que yo no era capaz de enfocar con toda claridad y por esto los había almacenado en rincones de mi mente. Ahora, *todos* ellos eran para mí tan claros como las aguas de un arroyo de la montaña.

»Recordaba mi nacimiento. Mi primera mirada en este mundo, en el cual había sido precipitado. La cara de mi madre. La cara arrugada de aquella mujer que ayudaba al parto. Más tarde, mi padre, cogiendo en sus brazos al recién nacido. Sus preocupaciones, ya que era el primogénito. Recordaba su expresión alarmada y su temor al verme con aquella cara enrojecida y arrugada. Más adelante, me llegaron a la memoria escenas de mi primera niñez. Siempre había sido una ilusión de los míos el que yo pudiese llegar a ser un sacerdote, que diese honor a la familia. Más tarde, me veía en la escuela, adiestrándome en la escritura sobre cuadrados de pizarra. El monje-profesor, yendo del uno al otro, con elogios y reprimendas y diciéndome que podía permanecer más rato que los demás, de forma que aprendiese más que mis compañeros.

»Mi memoria, era completa. Podía recordar fácilmente imágenes que habían aparecido en revistas ilustradas que nos traían los mercaderes indios, e incluso imágenes que no recordaba que las hubiese visto nunca. Pero la memoria es una espada de dos filos; yo recordaba con todos los detalles mis torturas, a manos de los chinos. Debido a que se me había visto transportando papeles de Potala, los chinos habían dado por descontado que se trataba de secretos y, en esta creencia, me habían secuestrado y torturado para obligarme a declarar todo cuanto, en su opinión, sabía. Yo, tan sólo un humilde sacerdote, que sólo sabía la que llegan a comer los lamas.

»La puerta se abrió con una especie de silbido metálico. Sumergido en mis pensamientos, no me enteré de los pasos que se aproximaban por el corredor. Una voz me interrogó: "¿Có-

mo os encontráis?", y noté que mi guardián estaba a mí lado. Mientras hablaba, manejaba el extraño aparato con el que yo estaba conectado. "¿Cómo os notáis, ahora?", volvió a preguntar de nuevo.

»"Bien — le repliqué —, pero nada contento por todas las cosas raras que me han sucedido. Me siento igual como un yak enfermo en un parque del mercado." El hombre, se rió y se dirigió a una parte lejana de la habitación. Pude oír el ruido de papel, el sonido inconfundible de las páginas al ojearlas.

»"Señor", exclamé. "¿Qué es un almirante? Estoy muy intrigado. Y, ¿quién es un ayudante?"

»Depuso un pesado libro — o a lo menos a mí me pareció un libro — y se me acercó. "Sí — profirió compasivamente —. Me imagino que desde vuestro punto de vista se os ha tratado más bien cruelmente." Dio unos pasos y noté que arrastraba uno de aquellos extraños asientos metálicos. Cuando se sentó, la silla crujió de un modo alarmante. "Un almirante — dijo pensativamente —. Os debía haber sido explicado más tarde; pero podemos saciar vuestra curiosidad inmediata... Estáis en una nave que surca el espacio, el *mar* del espacio; lo llamamos así porque, dada la velocidad con que nos trasladamos, el espacio recibe un choque tan rápido que parece que se trate de un océano de aguas. ¿Podéis seguirme?", preguntó.

»Pensé un momento y, sí, podía imaginarme el Río Feliz y los botes de cuero que lo cruzan. "Sí, lo comprendo", repuse. "Bien, entonces — continuó diciendo —; nuestro barco es uno del grupo. El más importante de todos ellos. Cada embarcación — ésta igualmente — tiene un capitán; pero un almirante es, ¿cómo os lo voy a decir?, un capitán de todos los capitanes. Ahora, además de nuestros marineros tenemos soldados a bordo, y es usual que haya un oficial «ayudante» del almirante. Se le llama simplemente «ayudante». Para traducirlo a términos eclesiásticos, un abad tiene su capellán, aquél que lleva a cabo las tareas, dejando a su jerarca superior las grandes decisiones que tengan que ser tomadas."

»Todo eso, lo veía claro, y estaba reflexionado sobre el tema, cuando mi vigilante se me aproximó inclinándose y profirió en

voz baja: "Y, *por favor*, no os dirigáis a mí llamándome vuestro capturador. Soy el médico en jefe de esta nave. Más claro, para vuestros puntos de referencia soy semejante al médico en jefe de los lamas del Chakpori. ¡Doctor, y no Capturador!" Yo me divertía mucho, conociendo cómo también esos grandes hombres tienen sus debilidades. Que un hombre de su categoría se disgustase porque un salvaje ignorante (así me llamaba) le llamase "capturador", era cosa de ver. Resolví ponerle de buen humor: "Sí, doctor". Fue mi premio la más agradecida de las miradas y una amable inclinación de su cabeza.

»Durante bastante tiempo se ocupó de ciertos instrumentos que parecían estar conectados con mi cabeza. Hizo algunas rectificaciones, cambió el curso de algunos líquidos, y se produjeron cosas extrañas que provocaron una comezón en mi cráneo afeitado. Después de algún rato, dijo: "Tendréis que reposar durante tres días. Durante este lapso de tiempo los huesos se habrán soldado y la cicatrización forzada estará en camino. Entonces, si todo marcha bien, como yo espero, os conduciremos de nuevo a la Cámara del Consejo y os mostraremos varias cosas. No sé si el Almirante querrá hablaros. Sí es así, no temáis. Habladle exactamente como haríais conmigo". Luego, pensándolo bien, añadió pesaroso: "O, más bien con alguna mayor cortesía." Me dio un golpecito en un hombro y salió de la habitación.

»Me encontraba allí, inmóvil, pensando en mi futuro. ¿Futuro? ¿Qué futuro se presentaba allí para un ciego? ¿Qué sería de mí, si dejaba con vida aquellos parajes, en la suposición que necesitase dejarlos vivos? ¿Tendría que pedir limosna para vivir, como los mendigos que pululaban por la puerta de Occidente? Muchos de ellos eran falsos ciegos, de todos modos. Yo me preguntaba adónde iría a parar, dónde ganar mi sustento. El clima de mi país es duro y no hay puestos para el hombre sin hogar ni dónde reposar su cabeza. Yo me angustiaba y no cesaba de meditar todos los males y quebraderos de cabeza que me aguardaban. Con estos pesares, caí en un sueño profundo. Estando así, percibí cómo se deslizaba la

puerta de la habitación donde me encontraba y la presencia de personas que venían quizás a ver si aún vivía. Todos los ruidos a mi alrededor no eran bastantes para hacerme traspasar el umbral de mi sueño. Yo era incapaz de poder calcular el paso del tiempo. En condiciones normales podemos valernos de los latidos del corazón para darnos cuenta de los minutos que pasan. Pero, en aquel caso, se trataba de horas y de horas durante las cuales me hallaba inconsciente.

»Después de lo que me pareció un largo tiempo, durante el cual parecí fluctuar entre el mundo material y la vida del espíritu, desperté bajo una sensación de alarma. Aquellas terribles mujeres habían vuelto a mi alrededor, como unos buitres alrededor de una carroña. Sus risas y su parloteo me atacaban los nervios. Sus impúdicas libertades para con mi cuerpo indefenso me ofendían todavía más. No podía expresarme en su lengua; ni tan sólo moverme. Era para mí una sorpresa que, siendo miembros del llamado sexo débil, se manifestasen tan rudamente con sus manos y su expresión de emociones. Yo me hallaba físicamente arruinado del todo, y aquellas mujeres me llevaban y traían tan rudamente como si se tratase de un bloque de piedra. Me regaban el cuerpo con lociones; me untaban el cuerpo estremecido con malolientes unturas y me quitaban y ponían tubos en los agujeros de las narices y en otras concavidades del cuerpo, sin miramientos de ninguna clase. Mi alma se estremecía y volvía a pensar por qué azar diabólico mis hados habían decretado que debía verme obligado a soportar todas aquellas humillaciones.

»Con la marcha de las terribles mujeres volví a la paz, aunque por no mucho rato. Al cabo del cual, la puerta volvió a escucharse y otra vez mi captador; más bien dicho, "el doctor", penetró y cerró tras él la puerta. "Buenos días; por lo que veo, estáis despierto", me dijo, placentero.

»"Sí, señor doctor — le repliqué algo enfurruñado Es imposible dormir, cuando esas mujeres charlatanas se abaten sobre mi persona como unos pajaracos." Esto, pareció divertirle en gran manera. En la actualidad, sin duda conociéndome mejor, me trataba más como un ser humano, aunque un ser hu-

mano que no acababa de estar del todo en sus cabales. "Tenemos que valernos de estas enfermeras — dijo — para que os observen, os mantengan debidamente aseado y oliendo bien. Ahora, estáis empolvado, perfumado y listo para un nuevo día de reposo."

»¡Reposo! No lo necesitaba; lo que sí me precisaba, era irme. Mas, ¿adónde? Mientras el director examinaba las cicatrices de mi operación del cráneo, volví a pensar sobre todo lo que me dijo. ¿Fue ayer? ¿Anteayer? No podía saberlo. Me era *preciso* saber una cosa que me tenía intrigado en gran manera. "Señor doctor", le dije. "Me dijisteis que me encontraba a bordo de una nave del espacio. ¿Es que lo entendí bien?"

»"Sin duda replicó Estamos a bordo de la nave almirante de esta flota inspectora. En estos momentos precisos, reposamos sobre una meseta de las Tierras Altas del Tíbet. ¿Por qué, la pregunta?"

»"Señor mío", le repliqué: "Cuando me encontré en aquella *cueva*, ante aquellos seres sorprendentes, la *cueva*, ¿se hallaba dentro de esta nave?"

»Él se rió, como si yo hubiese tenido la más jocosa ocurrencia. Al recobrase, me dijo, entre risotadas." Sois observador, muy observador. Y tenéis toda la razón. La meseta rocosa sobre la cual reposa esta nave fue primitivamente un volcán. Existen en ella corredores profundos y cámaras inmensas por donde fluía el magma y salía al exterior. Nosotros nos servimos de esos pasajes y hemos engrandecido la capacidad de aquellas cámaras para que sirvan a nuestros propósitos. Nos servimos de estos sitios usualmente. Diferentes naves los utilizan, de tiempo en tiempo. Vos habéis sido sacado de la nave y conducido a la caverna."

»¡Conducido, desde el barco, al interior de la caverna rocosa." Eso concordaba con la extraña impresión que yo había experimentado de haber dejado el corredor metálico por una caverna de rocas. "Señor doctor", exclamé. "Sé, por experiencia directa, algo de túneles y salas en la roca; existe una de ellas, secreta, en el Potala; incluso contiene un lago.

»"Sí — observó —. Nuestras fotografías geofísicas nos lo han descubierto. Lo que no sabemos, en cambio, cuándo vosotros, los del Tíbet, lo habéis descubierto." Se acercó con su piedra de afilar. Me daba perfecta cuenta de que estaba cambiando entonces los líquidos que corrían a través de los tubos y dentro de mi cuerpo. Se produjo al instante una alteración de mi temperatura; involuntariamente, mi respiración se hizo más espaciada y profunda; me veía manipulado como una muñeca que, en la plaza de un mercado, exhiben los buhoneros.

»"¡Señor doctor! — observé con vehemencia Vuestros barcos del espacio son conocidos de nosotros; los llamamos Carrozas de los Dioses. ¿Por qué no os ponéis en contacto con nuestros superiores? ¿Por qué no declaráis abiertamente vuestra presencia? ¿Por qué tenéis que raptarnos a escondidas, como habéis hecho conmigo?"

»El doctor hizo una profunda inspiración, con una pausa y, por fin, replicó: "Si os lo deseara explicar, no haría más que provocar vuestras más cáusticas observaciones, que, a nosotros, no nos importan nada".

»"No, señor doctor — le repliqué —. De hecho soy vuestro prisionero, como lo fui de los chinos; e igualmente no puedo desafiaros. Sólo intento, en mi incivilizada forma, entender las cosas como supongo que vos mismo deseáis de mí "

»Giró sobre sus pies y, claramente, decidió que era lo mejor que podía hacerse. Habiendo tomado su resolución, dijo: "Nosotros, somos los Jardineros de la Tierra y, naturalmente, de otros mundos habitados. Un jardinero no discute su identidad ni sus planos con sus flores. Ahora bien; elevando un poco la materia, si un pastor de un rebaño de yaks encuentra a uno de ellos que parece más brillante que los demás, dicho pastor no le dirá en modo alguno: «Acéptame por tu guía». Ni discutiré con el yak de cosas que claramente sobrepasan la comprensión de aquél. No entra en nuestra política el fraternizar con los naturales de ninguno de los mundos que supervisamos. Lo hicimos en anteriores y el resultado fue una serie de catástrofes que originaron fantásticas leyendas en vuestro propio mundo."



»Hice una mueca de contrariedad y menosprecio: "Primero, vos me dijisteis que yo era un salvaje por civilizar, ahora me llamáis, o me comparáis, con un yak", repliqué con firmeza. Entonces, si soy una cosa tan baja, ¿por qué me tenéis aquí prisionero?"

»Su réplica fue contundente. "Porque os necesitamos para utilizaron. Porque poseéis una memoria fantástica que va siempre en aumento. Porque tenéis que ser el depositario de un saber que podrá ser utilizado por otro que llegará hasta vos, al final de vuestra existencia. ¡Ahora, dormid!" Escuché cómo un crujido y unas ondas de negra inconsciencia cayeron suavemente sobre mi persona.»

## Capítulo sexto

«Horas interminables, transcurrieron pesadamente. Yo, yacía dentro de un estupor, una ausencia, dentro de la cual el pasado, el presente y el futuro se confundían recíprocamente. Mi vida pasada, mi desvalido estado presente, que no podía ni moverme ni ver, y mi gran temor del futuro fuera de "allí", si es que podía librarme nunca. De tiempo en tiempo venían aquellas mujeres y me atropellaban. Mis miembros era retorcidos, mi cabeza giraba sobre el cuello y todas las partes de mi anatomía se veían manoseadas, pellizcadas, aporreadas y manejadas. A veces, grupos de personajes venían y permanecían a mi alrededor discutiendo mi caso. No era capaz de entenderlos; pero su intervención era clara. Esos personajes, igualmente, me aplicaban diversas cosas; pero yo les negaba la satisfacción de verme cómo me estremecía a sus agudas punzadas. Yo iba transcurriendo mis días.

»Llegó un momento en que se volvió a despertar mi alarma. Había estado traspuesto, ignoraba las horas que hacía. Aun cuando me había dado cuenta de que se había deslizado la puerta de mi estancia, no me había desvelado. Fui retirado del sitio donde yacía y como envuelto en mantas de lana sin darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor y a mí mismo. De pronto, se produjeron una serie de cortes alrededor de mi cráneo. Me vi pinchado y hurgado, mientras una voz en mi propia lengua exclamaba. "¡Bravo!, ¡dejemos que vuelva a la vida!" Un zumbido, del que me di cuenta sólo cuando cesó, terminó con un débil chasquido metálico. Inmediatamente me sentí repuesto, en vida e intenté sentarme. De nuevo me sentí imposibilitado; mis más violentos esfuerzos no causaron el menor movimiento a ninguno de mis miembros. "Ya vuelve a estar entre nosotros", dijo una voz. "¡Eh! ¿Podéis oírnos?", preguntó otra persona.

»"Sí puedo — repliqué —, pero ahora, ¿estáis hablando tibetano? Creía que el doctor estaba hablando conmigo." Enton-

ces se produjo una risa en voz baja: "Hablamos vuestra lengua — me replicaron —, así entenderéis mejor lo que os digan".

»Otra voz intervino, en otro lado. "¿Cómo le llamaremos?" Otro, que reconocí ser el doctor, repuso: "Llamémoslo ¡Oh! No sabemos su nombre; yo le llamo simplemente *vos*."

»"El Almirante ha dispuesto que se le dé un nombre", afirmó una nueva voz. "Decidamos cómo nos tenemos que dirigir hacia él." Entonces se entabló una discusión animada, en cuyo curso fueron propuestos varios nombres, algunos de ellos muy despectivos y que indicaban que yo, a juicio de aquellas personas, gozaba de la consideración que se merecen ante los hombres de la Tierra los yaks o los buitres que se alimentan de cadáveres. Por fin, cuando los comentarios habían ido excesivamente lejos, el doctor decretó: "Acabemos de una vez, este hombre es un monje. Cuando tengamos que mencionarlo, llamémosle simplemente «el Monje»." Entonces hubo un silencio, que finalizó en un ruido que, a mi juicio, era de aplausos. "Muy bien — sentenció una voz, que hasta ahora yo no había escuchado —, aceptado por unanimidad, de ahora en adelante llevará como nombre «el Monje». Debe ser así registrado."

»A esa discusión siguió otra que no me interesó y que, al parecer, versaba sobre las virtudes o la carencia de ellas de las mujeres y la mayor o menor facilidad que había para obtenerlas en cada caso. Ciertas alusiones anatómicas estaban fuera de mis conocimientos, de manera que no hice ningún esfuerzo para seguir el curso de la discusión; pero me intrigaba el poder visualizar a los opinantes. Algunos de los hombres eran muy pequeñitos y otros, muy cuadrados. Era una cosa rara y que me intrigaba mucho el comprobar que en la Tierra no existiesen medidas como las que poseían aquellos personajes.

»Fui precipitado bruscamente al mundo presente por un ruido súbito de personas que se ponían de pie, y lo que parecía un arrastrarse hacia atrás aquellas extrañas sillas. Los hombres aquellos se alzaron y uno tras otro fueron saliendo de

la habitación. Finalmente, sólo permaneció el doctor. Más tarde, me dijo: "Os llevaremos ante la Cámara del Consejo, dentro de una caverna de la montaña. No debéis demostrar ningún nerviosismo; todo os parecerá extraño; pero podéis estar bien tranquilo, Monje, que no recibiréis daño alguno por parte de nadie." Diciendo estas palabras, se marchó y quedé de nuevo solo con mis pensamientos. Por alguna razón extraordinaria, una escena particular estremeció mis recuerdos. Uno de los torturadores chinos se me había aproximado y, con sonrisa diabólica, me había dicho: "Os queda una sola probabilidad para decirnos lo que necesitamos de vos, o perderéis vuestros ojos."

»Yo le repliqué: "Soy un pobre, un sencillo monje y no tengo nada que decir." Con lo cual, el verdugo chino metió un dedo y el pulgar dentro de la órbita del ojo izquierdo y mi ojo saltó fuera como el hueso de una ciruela. El ojo colgaba balanceándose sobre mi mejilla. El tormento de la visión deformada era terrible. Mi ojo derecho, aún intacto, miraba derechamente; el izquierdo, en su balanceo, miraba en otros sentidos. Entonces, de un rápido tirón, el chino cortó el ojo libre y me lo tiró a la cara, antes de hacer lo propio con el ojo derecho.

»Recordaba que, hastiados finalmente de aquella orgía de torturas, los chinos me tiraron sobre un montón de basura. Pero ya no estaba muerto, como ellos creían, y el frío de la noche me reavivó y entonces yo había vagado, a ciegas y a tientas, hasta que un cierto "sentido" me había guiado lejos de la Misión China y, también, de la ciudad de Lhasa. Sumido en estos pensamientos, perdí la noción de tiempo y fue para mí un sosiego cuando, por fin, unas personas vinieron a mi habitación. Entonces pude entender lo que me había sido dicho. Un aparato especial, un elevador, denominado con el extraño nombre de antigraedad, fue instalado sobre mí tabla y "desviado" encima de ella. La tabla entonces se levantó por los aires y unos hombres la guiaron a través de la puerta hacia el corredor, más allá. Parecía que, si bien la tabla carecía de aparente peso, poseía inercia e impulso, aunque ello no tu-

viese significado alguno para mí. Mi preocupación se limitaba a no querer sufrir daño alguno. Eso, para mí, era lo más esencial.

»Con todo cuidado, la tabla o mesa operatoria y todo el equipo a ella asociado fueron arrastrados o empujados a lo largo del corredor metálico con sus ecos desviados y transportados fuera de la nave espacial. Llegamos de nuevo a la gran sala dentro de la roca y me llegaron al oído los rumores de un gran gentío, que me recordó el patio exterior de la catedral de Lhasa en días, para mí, más felices. Mi tabla fue movida y bajada como hasta unos pocos centímetros del suelo. A mi lado, llegó alguien que me susurró: "El Cirujano-General va a llegar dentro de un instante".

»Yo le respondí: "¿No se me va a devolver de nuevo la vista?", pero el personaje se había ido y mi demanda se quedó sin respuesta. Estaba allí, tendido y probando de pintar en la imaginación las cosas que iban a ocurrirme. Sólo conservaba la memoria de los breves instantes que se me habían concedido antes; pero lo que deseaba con más ansia es que se me proporcionase la vista artificial.

»Unos pasos que ya eran familiares resonaron sobre la piedra del suelo. "Veo que os han traído sin novedad. ¿Os sentís completamente bien?", me preguntó el doctor — el Cirujano General.

»"Señor doctor", le respondí. "Me sentiría mucho mejor si quisieseis permitirme gozar de la vista."

»"Pero, es que vos sois ciego y tendréis que vivir por muchos años en tal estado."

»"Pero, señor doctor", dije con una considerable dosis de exasperación. "¿Cómo podré aprender y almacenar en la memoria todas las maravillas que me habéis prometido que yo veré si no se me proporciona esa visión artificial?"

»"Dejad esos cuidados para nosotros", repuso. "Somos nosotros quienes hacemos las preguntas y damos las órdenes, vos debéis hacer lo que se os mande."

»Entonces me llegó de la masa situada a mi alrededor una serie de susurros pidiendo silencio, no un silencio total, por-

que éste no se da nunca cuando hay mucha gente agrupada. Entre los murmullos pude percibir un sonido muy seco de pasos, que cesaron bruscamente. "¡Sentarse!", ordenó una voz seca, de entonación militar. Entonces se produjo una distensión, ruido de paño grueso, crujidos de cuero y arrastre de muchos pies. Un rumor como si uno de aquellos raros asientos fuese arrastrado hacia atrás. Simultáneamente, o casi, el ruido que hace una persona que se pone en pie. Una tensa expectación se percibió durante uno o dos segundos, y en seguida se escuchó la voz.

«"Señoras y señores — anunció ésta, puntual y maduramente —: Nuestro Cirujano en Jefe considera que ese indígena del Tíbet se encuentra lo suficiente bien de salud y adoctrinado para que, sin peligros indebidos, pueda ser preparado a poder asimilar el Conocimiento del Pasado. Existe, ¿cómo no?, un riesgo; pero no es posible prevenirlo. Si el sujeto muere, nos será preciso recomenzar la fastidiosa búsqueda de otro personaje. Este indígena, si bien se encuentra en pobres condiciones físicas, podemos asegurar que está dotado de una voluntad suficiente para aguantar con firmeza su existencia. Noté que todo yo me estremecía ante ese rudo menosprecio de mis íntimos sentimientos; pero la Voz prosiguió diciendo: "Hay algunos entre nosotros que consideran que debemos servirnos exclusivamente de documentos revelados a diversos Mesías o Santos, que hemos situado en este mundo para tal propósito. Pero yo os digo que, en el pasado, dichos documentos han originado unas veneraciones llenas de superstición que han anulado todo beneficio que se haya podido obtener, por culpa de ellas. Los nativos de la Tierra no han buscado el sentido que dichos documentos contenían, sino que se han quedado en la superficie, y todavía mal interpretada. Ha sido muy frecuente que les hayan perjudicado en su desarrollo; se ha originado un sistema artificial de castas y algunos de los naturales de varios países se han afirmado a sí mismos como escogidos por los Altos Poderes, como autorizados para enseñar y predicar cosas que *jamás* se han escrito.

»"No tienen idea alguna de nuestra existencia en el espacio

exterior de su mundo. Nuestras naves, que patrullan sin cesar, se han considerado fenómenos naturales o simples alucinaciones de quienes creyeron contemplarlas, y que son tenidos en un concepto despectivo, como alienados mentales. Consideran que no puede haber vidas más importantes que la del Hombre. Consideran que su esmirriado mundo es la *única* fuente de toda vida, ignorando que, en el Universo, el número de mundos habitados es mayor que todos los granos de arena juntos que se hallan sobre la tierra, y que su mundo figura entre los más pequeños e insignificantes.

»"Creen que *ellos* son los Amos de la Creación y que todos los animales de su mundo son su presa. La duración de su vida es el batir de un párpado. Comparados con nosotros, son igual que el insecto, que vive un solo día y, en ese breve plazo, tiene que nacer, crecer, madurar y aparejarse repetidas veces, para morir al cabo de unas horas. El término medio de nuestra existencia, es de cinco mil años; el suyo, de unas pocas décadas. Y todo esto ha sido establecido por sus creencias peculiares y sus trágicas equivocaciones. Por esta razón, nos eran desconocidos en el pasado; pero ahora nuestros sabios nos dicen que en el espacio de medio siglo esos indígenas descubrirán alguno de los secretos del átomo. Podrán, entonces, echar a rodar su pequeño mundo. Radiaciones peligrosas pueden esparcirse a través del espacio y originar una amenaza de polución universal.

»"Cómo no ignoráis muchos de vosotros, los Sabios han decretado que uno de los nativos de la Tierra, que sea aprovechable sea capturado por nosotros — ése lo ha sido —, y se le trate por unos procedimientos que le capaciten para recordar todo cuanto ahora vamos a enseñarle. Se verá condicionado de forma que, lo que le habrá sido enseñado, *sólo* podrá tevelarlo a quien deberá a *su preciso tiempo* ser situado en el mundo con la misión de explicar a todos cuantos quieran escucharle los hechos tal como han sido y son, y no las fantasías que se han fabricado acerca de los mundos de más allá de ese pequeño universo. Este nativo que ahora veis ha sido preparado especialmente y será el recipiente del mensaje

que será, más tarde, transmitido a otro ser humano. El esfuerzo será muy grande, y después de éste le costará mucho el sobrevivir; de forma que no es preciso buscar la manera de reforzarlo, ya que si se nos queda sobre esta mesa nos será preciso empezar de nuevo a buscar otro que le sustituya. Y eso, como ya hemos visto, es enojoso.

»"Un compañero de a bordo, ha objetado que debíamos haber elegido algún natural de un país más desarrollado; una persona que disfrutase de un nivel superior de vida y de categoría social entre los suyos. Pero, para nosotros, esto hubiera sido una mala jugada. El adoctrinar un indígena de aquella categoría y desligarle de sus amistades representaría un serio retraso en nuestro programa: Vosotros, todos cuantos os encontráis aquí, podréis ser testigos del actual recuerdo del Pasado. Es algo extraordinario; de modo que tenéis que recordar que os veis favorecidos por encima de los demás."

»Apenas este Grande había terminado de hablar, cuando sobrevino un extraño crujido, seguido de otros. Entonces una Voz — pero ¡qué Voz! — inhumana, que no sonaba como de hombre ni de mujer, me hizo erizar el pelo y crisar mis poros. "Como Decano de los Biólogos, independiente de la armada y del ejército — carraspeó esa voz ingrata — deseo que conste en acta mi disconformidad ante esos procedimientos. Mi informe completo será enviado al Gran Cuartel por vía reglamentaria. Ahora, pido ser escuchado." Entonces, pareció producirse una mueca resignada en el rostro de los presentes. Por un momento se produjo una gran agitación y, entonces, aquel que había hablado primero de todos, se puso en pie. "Como Almirante de esta Escuadra", subrayó, secamente, "tengo a mi cargo esta expedición de vigilancia, sean cuales sean los especiosos argumentos alegados por nuestro inconformista biólogo decano. De todos modos, escuchemos los alegatos de la oposición. ¡Usted puede continuar, señor biólogo!"

»Sin la menor palabra de gracias, ni forma de salutación alguna, la ingrata voz continuó: "Protesto por la pérdida de tiempo. Protesto de que se hagan más intentos a favor de esas cria-



turas imperfectas. En el pasado, cuando una raza semejante no resultaba satisfactoria era exterminada y el planeta, repoblado. Ganemos tiempo y exterminémosles antes de que intoxicquen el espacio."

»El Almirante, entonces, intervino: "¿Tenéis alguna razón específica para sostener que son defectuosos, señor Biólogo?"

»"Sí, tengo", repuso con voz enfadada el Biólogo. "Las hembras de la especie humana son defectuosas. El mecanismo de su fertilidad es defectuoso y sus auras no se muestran conformes con lo planificado. Capturamos una de ellas, en una de las mejor reputadas áreas de este globo. La mujer se puso a chillar y agitarse cuando le quitamos las ropas con que se cubría. Y cuando introdujimos una cánula en su cuerpo, con el fin de analizar sus secreciones, primero reaccionó con histeria y luego perdió el conocimiento. Más tarde, volviendo en sí, al ver alguno de mis ayudantes, perdió la razón, como si estuviese endiablada. No hubo más remedio que destruirla. Todos nuestros días de trabajo fueron perdidos."»

El viejo ermitaño cesó de hablar y bebió un sorbo de agua. El joven monje estaba allí sentado; se sentía estupefacto y horrorizado por las extrañas aventuras ocurridas a su superior. Algunas de las descripciones le parecían extrañamente familiares. No sabría decir cómo, pero las explicaciones del eremita le provocaban extraños movimientos interiores, como si se tratase de miembros suprimidos y ahora reavivados. Como si las observaciones del ermitaño actuasen a modo de catalizador. Con todo cuidado, sin que se derramase una sola gota, el anciano dejó a un lado el cuenco del agua, volvió a juntar las manos y prosiguió:

«Yo estaba sobre aquella mesa, escuchando y entendiendo todas y cada una de aquellas palabras. Todo temor, toda incertidumbre me habían abandonado. Quise mostrar a toda aquella gente cómo un sacerdote del Tíbet sabe vivir, o morir. Mi natural impetuosidad me arrastró a observar, en voz muy alta. "Ya véis, Señor Almirante; vuestro Biólogo es menos civilizado que nosotros; nosotros, no matamos ni siquiera lo que llamamos animales inferiores. Nosotros somos civiliza-

dos." Por un momento, pareció detenerse la marcha del Tiempo. Incluso la respiración de los circunstantes me pareció detenerse. Entonces, ante mi más profunda sorpresa y naturalmente estupor, se produjo un aplauso espontáneo y no pocas risotadas. Los presentes palmoteaban, cosa que yo interpreté como un signo de aprobación hacia lo que dije. Los presentes proferían gritos de alegría y cierto técnico que estaba cerca de mí se inclinó y me dijo a media voz: "¡Muy bien, Monje, muy bien! No digáis nada más; no os juguéis vuestra buena suerte!"

»El Almirante tomó la palabra, diciendo: "El Monje nativo habló. Ha mostrado, con toda mi satisfacción, que es una criatura sensible y completamente capacitada para llevar a cabo la misión que se le encomienda. Y adopto del todo sus observaciones y las haré constar en mi relación dirigida a los Sabios." El Biólogo soltó agresivamente: "Lo que es yo, me retiro del experimento." Con esas palabras, aquella criatura-hombre, mujer, o neutro se marchó con estrépito de la caverna rocosa. Entonces, se produjo un suspiro de alivio; era patente que el Biólogo Decano, allí, no gozaba de muchas simpatías. Cesaron luego los rumores, respondiendo a algún signo de la mano, que no pude percibir. Entonces se produjo un frote de pies y el susurro de papeles. El clima de expectación puede decirse que era tangible.

»"Señoras y señores — escuché que decía la voz del Almirante —: ahora que ya hemos agotado el turno de ruegos y preguntas, me propongo decir algunas palabras acerca de lo que se trata, dedicadas a todos aquellos que hoy se sientan por primera vez en esta Comisión Inspectorá. Alguno de ellos ha podido captar algunos rumores; pero los rumores no bastan. Voy, pues, a explicar a la Asamblea lo que nos proponemos y de qué se trata, de forma que podáis daros perfecta cuenta de los acontecimientos que serán el objeto de vuestra participación.

»"Los habitantes de este mundo están a punto de ir desarrollando una técnica, que si no se frena, puede muy bien destruirlos a todos. En el curso de todos esos acontecimientos

pueden contaminar el espacio de forma que resulten contaminados otros mundos jóvenes. Esto, tenemos que prevenirlo. Como no ignoráis, este mundo y otros del mismo grupo son campos experimentales para diferentes tipos de criaturas. Como pasa con las plantas, que la que no es cultivada sólo es broza, en el mundo animal existen los ejemplares de raza y los bastardos. Los seres humanos de ese mundo pertenecen a los segundos. Nosotros, que hemos sembrado este mundo con simientes humanas, hemos de asegurarnos de que nuestro género destinado a otros mundos no se vea perjudicado.

»"Tenemos aquí delante un natural de este mundo en que nos hallamos ahora. Es de una región de un país denominado el Tíbet. Se trata de una teocracia; es decir, que se halla gobernado por un jefe que concede la mayor importancia a la adhesión a una religión determinada, más que a unas doctrinas políticas. En este país no existen agresiones. Nadie lucha para arrebatarse las tierras de otros. La vida animal es respetada, excepto por las clases inferiores, que casi siempre son gente nativa de otras comarcas. Aunque su religión a nosotros nos parece fantástica, a ellos les guía en la vida y no molestan al prójimo ni quieren imponer por la violencia sus creencias. Son muy pacíficos y se necesita un alto grado de provocación para incitarlos a la violencia. Todas estas razones nos han inducido a pensar que en este país podríamos hallar un nativo dotado de una fenomenal memoria, que podríamos todavía dilatar. A ese nativo le podríamos inculcar unos conocimientos que él sería capaz de comunicar a otro hombre que posteriormente situaríamos en este mundo.

»"Muchos de vosotros os podréis preguntar por qué no podemos elegir un representante que sea directo. Nuestra respuesta es que no podríamos hacer esto de una manera satisfactoria del todo, porque nos conduciría a diversas omisiones y malas inteligencias. Se ha procedido de esa forma en cierto número de casos que siempre se han demostrado desacertados. Como veréis más tarde, lo intentamos con buen éxito con un hombre a quien los terrestres llamaban Moisés. Pero, aun con éste,

la cosa no marchó bien del todo y prevaleció algún error y confusiones diversas. Ahora, pese a nuestro venerado Decano de Biología, vamos a ensayar este sistema que ha sido proyectado en un plano superior por nuestros Sabios.

»"De la misma forma con que, con su magnífica habilidad científica, millones de años atrás perfeccionaron los vehículos más rápidos que la luz, ahora han perfeccionado un método para registrar visualmente los Archivos Akashicos. Por virtud de este sistema la persona que se halla dentro de un aparato podrá ver todo cuanto ocurrió en el tiempo pasado. En la medida que sus impresiones puedan explicarle, *vivirá* todas las experiencias; *verá y escuchará* exactamente como si estuviese viviendo en aquellas remotas épocas. Para él *será como si estuviese allí*. Una extensión especial, que saldrá de su cerebro, nos permitirá a todos y cada uno de nosotros que participemos conjuntamente. El — vosotros, digamos nosotros —, dejarán a todos los efectos, de existir en el momento actual y transportarán sus sentidos, vista, oído y sensaciones a las épocas del pasado, cuya vida presente y acontecimientos experimentaremos, lo mismo que en la actualidad estamos experimentando la vida de a bordo, o la vida en los pequeños navíos de patrulla, o trabajando en el mundo muy lejano de la superficie, que es el de nuestros laboratorios subterráneos. Yo, personalmente, no pretendo comprender plenamente los principios que están en juego. Muchos de los aquí presentes saben más que yo del tema; y ésta es la razón de su presencia entre nosotros. Otros, con otras ocupaciones, conocerán aún menos que yo, y esa ellos que se dirigen mis observaciones. Permitidme que os recuerde que todos debemos tener algún respeto por la santidad de la vida. Alguno de vosotros podrá considerar este nativo de la Tierra exactamente como cualquier otro animal de laboratorio; pero, como lo ha demostrado, posee sus sentimientos. Tiene inteligencia y — recordadlo bien — actualmente, para nosotros, es la criatura más valiosa de este mundo. Por esto se halla aquí. Más de uno ha preguntado: Pero ¿cómo "colmado esa criatura de conocimientos, podrá salvar el globo?" La respuesta es que no lo hará."

»El Almirante hizo entonces una pausa dramática. Yo no pude verle, como es natural; pero estuve convencido de que los demás experimentaban la misma tensión que a mí me anonadaba. Entonces prosiguió: "Este mundo está muy enfermo. *Nos consta* que lo está. Ignoramos la razón. Y queremos hallarla. Nuestra tarea consiste en reconocer que existe aquí un estado de enfermedad. En segundo lugar, debemos convencer a los hombres de que están enfermos. En tercero, les hemos de inducir a que sientan deseos de ser curados. En cuarto, debemos descubrir concretamente la causa de todos sus males. Quinto, haremos evolucionar un agente curativo, y sexto, tenemos que persuadir a los hombres que hagan lo debido para que la cura surta su efecto. La enfermedad se relaciona con el aura. Pero, ignoramos cómo. Otro deberá venir, que no será de este mundo, porque, ¿cómo puede ver los males que aquejan a su prójimo, aquél que precisamente es ciego?"

»Aquella observación, me causó un sobresalto. Me parecía contradictoria; yo era ciego, pero se me había escogido para aquella labor. Pero no; no era así. Yo era meramente el depositario de ciertos conocimientos. Conocimientos que harían posible que otra persona, siguiendo un plan preestablecido, llevase a cabo su cometido. Pero el Almirante continuaba su discurso:

»"Nuestro nativo, una vez esté preparado por nosotros y hayamos acabado nuestra labor para con él, será transportado a un sitio donde podrá gozar (desde un punto de vista humano) de una muy larga vida. No podrá morir sin haber traspasado antes sus conocimientos a otra persona. Durante sus años de ceguera y soledad, disfrutará de una paz interior y de la convicción de llevar a cabo algo que hará mucho bien a este mundo. Ahora, haremos una última comprobación de las condiciones en que se halla este nativo y luego empezaremos nuestras tareas."

»Entonces se escuchó un ruido, si bien considerable, perfectamente ordenado. La mesa sobre la cual yo estaba fue levantada y trasladada hacia delante. Me llegó a los oídos el ruido

acostumbrado de cristal y metal chocando entre sí. El Cirujano General se me aproximó y me dijo al oído: "Cómo os encontráis?"

»Apenas me daba cuenta de *cómo* me sentía ni *dónde* estaba; así es que le respondí: "Todo cuanto escuché no ha contribuido a que me sienta mejor en ningún modo. ¿Continuaré sin ver nada? ¿Cómo podré participar de todas esas maravillas si no se me quiere conceder la vista nuevamente?"

»"Calmaos", susurró levemente. "Todo marchará bien, Vos, veréis lo más distintamente posible, en el momento oportuno."

»Se calló unos momentos, mientras alguna otra persona llegó hasta él y le hizo una observación. Luego prosiguió: "Ahora os va a suceder lo siguiente: os pondrán en la cabeza lo que os hará efecto de ser un sombrero confeccionado con malla de alambre. Os parecerá frío, hasta que os acostumbréis al artefacto. Luego os calzarán los pies con algo que os podrá parecer un par de sandalias, de alambre asimismo. Otros alambres se dirigirán a vuestros brazos. Al principio, experimentaréis un cosquilleo más bien incómodo; pero pasará pronto y se acabarán todas las molestias. Reposad, seguro de que os tratamos con el máximo cuidado posible. Eso tiene la mayor importancia para nosotros. Necesitamos que resulte un gran éxito; sería una pérdida considerable cualquier fracaso en el experimento."

»"Sí", murmuré. "Yo soy el que arriesga más; yo, me juego mi propia vida."

»El Cirujano General se puso en pie y se alejó de mí. "¡Señor!", dijo con una perfecta entonación oficial en su voz. "El nativo ha sido examinado y ahora está a punto. Pido permiso para continuar."

"Se os concede, el permiso — replica la voz grave del Almirante —: ¡Empezad!" Entonces, empezó un "clic", agudo y una exclamación contenida. No sé qué manos me agarraron por el codo y levantaron mi cabeza. Otras, empujaron algo que parecía ser una bolsa metálica de alambre flexible sobre mi cabeza e hicieron entrar aquel objeto, siguiendo por mi rostro,

hasta la barbilla. Se produjeron chasquidos extraños y la bolsa metálica fue ceñida sobre mi cara muy apretadamente y la ataron alrededor de mi cuello. Aquellas manos, luego se retiraron. Mientras tanto, otras se aplicaban a mis pies. Una sustancia grasienta, de olor nauseabundo, me untaba mis extremidades inferiores y entonces dos sacos metálicos calzaron mis pies. Yo no estaba acostumbrado a tenerlos tan ceñidos y me molestaban sobremanera. Pero yo no podía hacer nada. El ambiente de expectación, de tirantez, iba en progresión creciente.»

Súbitamente, en la cueva, el viejo ermitaño se cayó de espaldas. Por un largo rato, el joven monje estuvo petrificado de horror; después, galvanizado por la urgencia, se puso de pie de un salto y buscó a tientas debajo de la piedra, el frasco de aquella medicina preparada para un semejante caso de urgencia. Arrancando el tapón con manos temblorosas, cayó de rodillas al lado del anciano e introdujo forzosamente algunas gotas de aquel líquido entre los labios entreabiertos del ermitaño. Muy cuidadosamente, luego, volvió a tapar el frasco y lo dejó al lado del cubo del agua. Después meció la cabeza del viejo sobre su regazo y frotó con decisión las sienes de aquél.

Gradualmente, un pálido rastro de color volvió a sus mejillas. Gradualmente, se produjeron signos de que el anciano se estaba recobrando. Por fin, tembloteando, el ermitaño movió su mano, diciendo: «¡Ah, muy bien, muy bien!, hijo mío. ¡Muy bien hecho! Tengo que reposar un rato, ahora...»

«Venerable — dijo el joven monje —, reposad ahora. Os voy a preparar un té caliente; tenemos un poco de azúcar y mantequilla en cantidad suficiente.» Delicadamente, colocó su propia sábana plegada bajo la cabeza del anciano y se levantó. «Voy a poner el agua en la tetera», dijo buscando el caldero que sólo estaba medio lleno de agua.

Era extraño, ahora que se encontraba dentro del aire fresco, reflexionar sobre las cosas maravillosas que había escuchado. Extraño, porque le resultaban *familiares*. Familiares, si bien olvidadas. Era una cosa parecida al despertar de un sueño

— pensó —. Sólo que estos recuerdos volvían a su reminiscencia, en vez de disolverse como los sueños. El fuego continuaba encendido. Rápidamente, echó en la hoguera unos puñados de pequeñas ramas. Densas nubes azules se levantaron y ondearon por los aires. Una brizna de aire vagando alrededor de la montaña dirigió un hilo de humo sobre el joven monje y le obligó a retroceder tosiendo y con los ojos lagrimeando. Una vez se hubo recobrado, puso el recipiente en el centro de la hoguera, ahora brillante. Dando una vuelta, el joven entró de nuevo en la cueva, para cerciorarse de que el ermitaño se estaba restableciendo.

El viejo yacía sobre un lado, evidentemente bastante recobrado. «Tomaremos algo de té y un poco de cebada — dijo —, y después descansaremos hasta mañana — y prosiguió —, porque debo conservar mis débiles fuerzas que, de otro modo, me fallarían y no podría dejar mi labor completa.» El joven monje se dejó caer de rodillas al lado de su mayor y miró aquella figura delgada y devastada.

«Será como vos queráis, Venerable», asintió. «Yo ahora entro para ver si todo está en orden y luego traigo la cebada y lo que se necesita para el té.» Después, se puso de pie y se fue al final de la cueva para juntar las provisiones dispersas. Tristemente, miró el azúcar que había quedado en el fondo del saco. Más tristemente, los restos de la mantequilla, reducidos a una pequeña porción. En cambio, el té abundaba relativamente; bastaba con romper la pastilla y separar lo que era sólo broza. También había cebada suficiente. El joven monje decidió privarse del azúcar y la mantequilla, a fin de que el anciano pudiese disfrutar de ambos.

Por la parte exterior de la cueva, el agua burbujeaba alegremente en lo que hacía las veces de caldero. El joven monje echó el té al agua hirviente y un pellizco de bórax para que le realzara el gusto. Mientras se dedicaba a esto, la luz del día iba menguando y el sol corría al ocaso rápidamente. Aún quedaban, sin embargo, muchas cosas por hacer. Había que traer más leña y agua, y el joven no había salido aún para ninguna de estas cosas. De momento, volvió a entrar



rápidamente en el interior de la cueva. El viejo ermitaño, sentado, aguardaba su té. Sobriamente, esparció una poca cebada dentro del cuenco, echó una pequeña mota de mantequilla y tendió la vasija para que el joven monje se la llenase de té. «Es un lujo cómo no lo tuve durante sesenta años», exclamó. «Pienso que se me perdonará por disfrutar de una bebida caliente después de un tiempo tan largo. No pude conseguirlo nunca. Una vez que probé encender fuego, sólo de intentarlo pegué fuego a mis vestiduras. Me quedan aún algunas señales de las llamas en mi cuerpo; pero ya sanaron, aunque tardaron bastantes semanas. Lo que trae el querer regalarse a uno mismo.» Hizo un pequeño suspiro y sorbió el té.

«Vos tenéis una ventaja sobre mí», dijo riéndose el joven monje. «Claridad y oscuridad son lo mismo para vos. Yo, en cambio, con la oscuridad, he derramado el mío por el suelo.» «¡Oh! — exclamó el anciano —, aquí está el mío.» «De ningún modo, Venerable», replicó el joven con vehemencia. «Tenemos de sobra. Yo me serviré algo más.» Durante un tiempo estuvieron en compañía y en silencio hasta que el té se hubo terminado; entonces, el joven monje se puso de pie y dijo. «Me marchó por más agua y leña. ¿Puedo llevarme vuestro cuenco para lavarlo?» Dentro del recipiente grande, ahora vacío, metió ambos cuencos y el joven salió de la cueva. El viejo ermitaño estaba sentado y tieso, aguardando, como había aguardado por varias décadas en el pasado.

El sol se había puesto. Sólo en las cumbres reinaba una luz de oro, que ya viraba hacia el púrpura a medida que el joven monje lo iba contemplando. En la lejanía, en las oscuras faldas de los montes, se iban encendiendo pequeñas motas de luz. Eran las lámparas de mantequilla que brillaban a través del aire frío y nítido del llano de Lhasa. El perfil sombrío del convento de lamas de Drepung relucía como una ciudad amurallada, más abajo, siguiendo el valle. Aquí, en el mismo flanco de la montaña, el joven pudo divisar desde las alturas la ciudad, los conventos de lamas y seguir el brillo del río Ale-

gra. Más lejos, el Potala y la Montaña de Hierro aún resultaban imponentes, por mucho que en apariencia se viesan empequeñecidos por las distancias tan considerables.

Pero no había tiempo que perder. El joven monje se reprendió a sí mismo, lleno de una viva indignación por su propia pereza, y se apresuró a lo largo del sendero a orillas del lago. A toda prisa, llenó el recipiente y lavó los dos cuencos, como antes había lavado aquél, y regresó por el mismo camino, llevando el recipiente con la gruesa rama que le servía para manejarlo. En aquel momento, como se detuviese unos momentos para descansar, ya que la rama era larga y pesante, miró hacia atrás por donde había el paso de la montaña que conducía a la India. Allí tembloteaban unas lucecitas que delataban la presencia de una caravana de mercaderes, acampados por la noche. Nadie viaja por la noche. El corazón del joven latió con fuerza. Mañana, los mercaderes volverían a emprender su lento viaje a lo largo de la pista de la montaña y sin duda establecerían su campamento a orillas del lago, antes de proseguir hasta Lhasa, el día siguiente. ¡Té, mantequilla! El joven sonrió para sí y volvió a cargar con sus provisiones como renovado.

«¡Venerable!», anunció al entrar a la cueva con el agua. «Hay unos mercaderes en el paso de la montaña. Mañana tendremos mantequilla y azúcar. Estaré de guardia entretanto.» El anciano se sonrió levemente, mientras decía al joven: «Muy bien. Pero, lo que es ahora, durmamos.» El joven le ayudó a ponerse en pie y le guió la mano hasta la pared. Vacilando, el ermitaño se fue a su habitación interior. El joven monje se echó, después de haber limpiado la depresión donde tenía su yacija. Durante un rato estuvo pensando en lo que había escuchado. ¿Era cierto o no que los hombres eran sólo yerbajos? ¿Nada más que unos animales experimentales? «No — pensó —, alguno de nosotros hace todo lo posible para obrar lo mejor que sabe en circunstancias difíciles; y nuestros trabajos sirven para animarnos a escalar hacia arriba, porque siempre, en las cumbres, hay sitio.» Pensando esas cosas, se quedó profundamente dormido.

## Capítulo séptimo

El joven monje se revolvió con un estremecimiento. Soñoliento, se frotó los ojos y se sentó. La entrada de la cueva era de un gris oscuro y borroso, contra la negrura del interior. El frío hacía sentir su aguijón. Rápidamente, el joven se vistió y se apresuró hacia la entrada. El aire allí era muy frío, y el viento aullaba entre las ramas y carraspeaba entre las hojas secas. Los pájaros pequeños se habían resguardado del viento colocándose al amparo de los troncos. La superficie del lago se agitaba y alborotaba levantando un oleaje que se rompía contra las orillas, obligando a las cañas que se encorvasen, protestando contra la fuerza que se les hacía.

El día, recién nacido, era gris y alborotado. Nubes amontonadas sobre los perfiles de las montañas flotaban y descendían por las cuestas, como rebaños de ovejas perseguidos por los perros del cielo. Los pasos de la montaña estaban escondidos por nubes tan negras como las rocas mismas. Las nubes continuaban descendiendo, borrando el paisaje, inundando la meseta de Lhasa dentro de mares de niebla. Un súbito soplo de viento, y la tropa de nubes, pareció barrer al joven monje. De tan espesas como eran no pudo continuar viendo la entrada de la cueva. No podía ver su mano a poca distancia del rostro. Ligeramente a su izquierda, la hoguera emitía silbidos y salpicaduras al caer sobre ella los relentes de la niebla.

Apresuradamente quebró algunos palos y los apiló encima del fuego todavía en rescoldos. La leña húmeda crujió y humeó mucho rato antes de inflamarse. Los mugidos del viento subieron de punto hasta convertirse en chillidos. La nube se hizo aún más espesa y el golpeo violento de las piedras del granizo obligó al joven monje a buscar refugio dentro de la cueva. De la hoguera se escaparon unos silbidos y el fuego murió poco a poco. Antes de que se extinguiese del todo, el joven apartó una rama todavía encendida. Presurosamente, la llevó hasta la misma boca de la cueva, a cubierto de lo peor

de la tormenta. Con menos fortuna, salió de nuevo a salvar tanta leña como fuese posible, ya que las aguas se la llevaban en su curso torrencial.

Estuvo mucho rato realizando un gran esfuerzo. Luego, quitándose la ropa y escurriéndola, ya que estaba empapada por la lluvia. Actualmente, la niebla invadía la cueva y el joven monje tuvo que seguir su camino de regreso a tientas, hasta que llegó a la gran roca, bajo la cual acostumbraba dormir.

«¿Qué pasa?», interrogó la voz del ermitaño.

«No os preocupéis, Venerable», replicó el joven amablemente. «Las nubes nos han caído encima y nuestro fuego prácticamente se apagó.»

«No hay que preocuparse — dijo filosóficamente el viejo — el agua existió antes que el té; bebamos, pues, agua y dejemos para más adelante el té y la tsampa hasta que el fuego lo permita.»

«De acuerdo, Venerable», respondió el joven. «Veré si puedo alumbrar de nuevo una hoguera, al amparo de la roca; pude salvar una rama encendida, a tal propósito.»

El joven se dirigió de nuevo a la entrada. El granizo caía, espeso; todo el suelo estaba cubierto de la granizada y la oscuridad era aún más intensa que antes. Se produjo un restallido como de látigo, seguido del profundo rumor de un trueno, o tal vez de una peña que había sido partida por el rayo. El joven monje se preguntó si alguna otra ermita se había visto arrastrada como una hoja al viento, dentro de la tempestad; se estuvo un rato escuchando, procurando oír alguna voz pidiendo socorro. Entonces regresó a la cueva y se agachó sobre la rama que todavía se veía ardiendo. Con todo cuidado, le arrimó pequeños pedazos de ramitas y alimentó nuevamente el fuego. Densas nubes de humo surgieron entonces y fueron empujadas por el viento en dirección al valle; pero las llamas, preservadas por el saliente de las peñas, crecieron con toda pausa.

Dentro de la cueva, el anciano ermitaño estaba temblando, porque el aire, húmedo y frío, traspasaba su delgado y manchado manto. El joven monje pensó en su propia capa; pero

también ésta se hallaba empapada. Guiando con la mano al viejo monje le condujo poco a poco hasta la entrada de la cueva y le hizo sentar allí. El joven monje, con todo cuidado, iba empujando las ramas encendidas, acercándolas al anciano, para que pudiese notar el calor y notar algún alivio del frío. «Voy a preparar algo de té — dijo —; ahora el fuego es suficiente.» Diciendo estas palabras entró a la cueva por el recipiente de agua y volvió con éste y la cebada. «Voy a llenar sólo hasta la mitad del agua — observó —, ya que el fuego es demasiado pequeño, y tendríamos que esperarnos demasiado.» Se sentaron después el uno al lado del otro, protegidos de las peores embestidas de los elementos, por el techo rocoso y el saliente lateral de la entrada. Las nubes eran densas y no se escuchaba el canto de ningún pájaro.

«Será un invierno muy rudo», exclamó el viejo ermitaño. «Por fortuna para mí, no tendré que soportarlo. Cuando os haya comunicado todo mi saber a vos, podré abandonar mi existencia y me veré libre para mi partida a los Campos Celestiales donde, de nuevo, podré gozar de la vista de mis ojos.» Meditó luego unos minutos en silencio, mientras el joven monje contemplaba la figura del humo sobre la superficie de las aguas. Entonces, prosiguió: «Es, ciertamente, muy duro aguardar todos estos años en la más total oscuridad, sin ningún hombre a quien llamar "amigo", y viviendo en tal estrechez que hasta el agua caliente parece un lujo. Se han arrastrado los años a mi alrededor y he transcurrido una larga existencia sin haber viajado más que lo que hice hoy, para llegar al lado de esta hoguera. Porque, de tanto tiempo como permanecí silencioso, hasta mi voz semeja un estertor ronco. Hasta que vos llegasteis, no tuve fuego, ni calor, ni compañía, cuando el trueno estremecía la montaña y las rocas que se derrumbaban amenazaban emparedar mi refugio.»

El joven monje se puso en pie y arrojó la sábana secada al fuego sobre las flacas espaldas de su mayor y se dirigió hacia el bote de agua, cuyo contenido ahora burbujeaba alegremente. Dentro del agua, el joven echó un abundante pedazo del ladrillo de té. Cesó, entonces, el burbujeo; pero no tardó

mucho en volver a humear el caldero, y entonces se añadió azúcar y bórax al agua. El tronco, recién descortezado, fue aplicado enérgicamente, y una astilla plana fue utilizada para ir quitando lo peor de los troncos y la broza que flotaban en la superficie.

El té tibetano — té de la China — es la forma más barata de té, consistente en barreduras del suelo de calidades mejores. Es lo que queda después que las mujeres han recolectado las hojas más escogidas y han dejado de lado el polvillo. El conjunto de esos desperdicios se prensa en bloques o en ladrillos, y se transporta sobre los pasos del Tíbet, donde los tibetanos, a falta de mejor, adquieren dichos ladrillos a cambio de otros artículos y usan ese té como uno de los ingredientes de su duro existir. A ese té hay que añadirle bórax, porque dicho té es tan crudo y fuerte que con frecuencia ocasiona rampas del estómago. La operación definitiva, cuando se hace el té, consiste en quitarle las impurezas de la superficie.

«Venerable maestro», preguntó el joven monje. «¿No estuviste nunca en las orillas del lago? ¿No te has paseado alguna vez por el ancho borde de las rocas, a la derecha de la cueva?» «No — replicó el ermitaño —; desde que fui depositado en esta cueva por los Hombres del Espacio, jamás he ido más lejos que donde ahora estamos. ¿Qué interés podía ofrecerme el ir más lejos? No podía ver nada de lo que estaba a mi alrededor, ni podía arriesgarme con seguridad hasta las orillas del lago, con peligro de caer en él. Después de tantos años dentro de la cueva y 'en la oscuridad, siento que los rayos del sol hieren mi carne. Los primeros tiempos de mi estancia en esta cueva acostumbraba a buscar a tientas mi camino hasta ese punto para calentarme al sol; pero desde largo tiempo permanezco siempre en el interior. ¿Cómo está hoy el día?» «Muy mal, Venerable», replicó el joven monje. «Puedo ver nuestra hoguera y las formas borrosas de una roca lejana. El resto está ennegrecido por una niebla gris espesa y pegajosa. Llegan los nubarrones por la montaña; la tempestad nos viene de la India.»

Distraídamente, contemplaba sus propias uñas. Habían crecido mucho. Resultaban incómodas. Mirando a su alrededor, halló un pedazo de piedra deleznable, piedra caída por las laderas de la montaña procedente de algún fenómeno volcánico de la antigüedad. Con toda energía, frotó esa esquirra contra sus uñas hasta que las redujo a unas proporciones más cómodas. Las uñas de los pies, pese a que eran más duras y resistentes, el joven monje, resignadamente, trabajó hasta que quedaron a su entera satisfacción.

«¿No podéis ver ninguno de los pasos de la montaña?», preguntó el anciano. «¿Es que los viajeros se encuentran paralizados por las nieblas de la montaña?»

«Con toda seguridad», exclamó el joven monje. «Deben estar pasando sus rosarios, esperando así apartar a los demonios. No les veremos hoy. Vendrán a nosotros cuando se levanten las nieblas. Y, aun, hay que contar con que el suelo está cubierto de granizo congelado. Ahí mismo, delante de nosotros, forma una espesa capa.»

«Bien; entonces — continuó el anciano —, podemos proseguir nuestra conversación. ¿Hay más té, por ventura?»

«Sí; lo hay», replicó el joven monje. «Voy a llenar vuestra taza; pero tenéis que beberlo rápidamente, si no se os va a enfriar en un momento. Ahí está. Voy a añadir leña a la hoguera.» El joven monje, después de haber puesto el cuenco en las manos extendidas del anciano, se levantó a por más leña que animase el fuego. «Quiero traer más troncos y ramas del bosque de enfrente, bajo la lluvia», anunció, caminando dentro de la niebla. No tardó en regresar, cargado con aquellos troncos y ramas mojadas. Entonces situó su carga, ordenándola alrededor del fuego, para que se secase con el humo caliente. «Ahora, Venerable — le dijo al propio tiempo que se sentaba a su vera —, estoy completamente listo para escuchar cuanto queráis explicarme.»

Durante algunos minutos, el viejo permaneció en silencio, probablemente rememorando en su imaginación aquellos lejanos días. «Es extraño», observó como de paso. «Estarme aquí como el más pobre de los pobres, y revivir en la imaginación todos

los portentos que he presenciado. Experimenté grandes cosas, he visto muchas y me ha sido prometido mucho. El dueño de los Campos Celestiales está ya a punto de darme la bienvenida. Una de las cosas que aprendí, y vos no tendréis que olvidarla en los años venideros, es la siguiente: *Esta vida* es sólo una sombra de existencia. Si realizamos nuestra labor en *esta vida*, podremos ser admitidos en la vida real de *más arriba*. Lo sé porque lo he visto. Pero continuemos por el orden con el cual se me ha encomendado explicar las cosas. ¿Dónde estábamos?»

Vaciló y se detuvo unos instantes. El joven monje aprovechó la ocasión para añadir leña al fuego. El ermitaño continuó: «Sí; la tensión de la atmósfera en la caverna fue creciendo continuamente hasta un punto insostenible, y yo era el que se hallaba en mayor tensión de todos. Al fin, la tensión alcanzó un punto casi insostenible. El Almirante, entonces, pronunció unas breves órdenes. Entonces se produjo un movimiento de técnicos a mi alrededor y un chasquido súbito. En el acto, yo experimenté como si todos los tormentos del infierno brotasen a través de mi cuerpo. Era como si flotase y me sentía a punto de estallar. Rayos en zig-zag se encendían por el ámbito de mi cerebro y mis órbitas privadas de ojos me parecía como si estuviesen colmadas de carbones encendidos. Se producían, en mí, vueltas dentro de la cabeza, agudos y dolorosos chasquidos. Me sentía como girando y rodando por la eternidad. Crujidos, estallidos y horribles estruendos me acompañan sin cesar.

»Caía siempre más abajo, girando y volteando la cabeza por debajo de mis talones. Luego tuve la sensación de un largo tubo de color negro en uno de cuyos extremos apareció una luz de color rojo sanguinolento. Entonces, cesó aquel volteo y me vi lentamente ascendiendo aquella luz. A veces, me deslizaba hacia abajo; en otras, me detenía; pero siempre un empuje penoso, vacilante, volvía a llevarse me penosamente, vacilantemente; pero siempre hacia arriba. Por fin, llegué a la fuente de aquella luz sanguinolenta, y no pude avanzar más. Una piel, una membrana o "algo" obstaculizaba mi camino ade-



lante. Repetidas veces fui lanzado con violencia contra el obstáculo. Otras tantas no logré pasar. Crecían mi dolor y terror. Una violenta impresión dolorosa me invadió y una espantosa fuerza me empujó repetidamente contra la barrera; se escuchaba un sonido agudo y desgarrador. Entonces me vi lanzado a gran velocidad a través del obstáculo que se pulverizaba.

»Vertiginosamente yo subía; mi conciencia se oscureció y llegó el momento que se apagó del todo. Experimentaba la vaga impresión de una interminable caída. En mi cerebro, una voz gritaba. "¡Sube, sube!" Me inundaron unas olas de náusea. Y la Voz, imperiosa, me exhortaba. "¡Sube, sube!" Por fin, lleno de exasperación, me esforcé en tener los ojos abiertos y tenerme sobre mis pies. Pero, no fue posible; *¡no tenía cuerpo!* Era un espíritu desencarnado, dueño de vagar adonde quisiera de este mundo. ¿Este mundo? ¿Qué era, este mundo? Miré hacia arriba y creció mi extrañeza de la escena que yo contemplaba. Los colores eran, todos, falsos. La hierba era verde y las rocas, amarillas. El cielo, era de un tinte verde y se divisaban dos soles. El uno era de un azul-blanco y el otro, anaranjado. ¿Las sombras? No hay manera de describir las sombras que proyectan dos soles a la vez. Pero, todavía más raro, se veían estrellas en el cielo. En pleno día. Eran, las estrellas, de todos los colores: rojas, azules, verdes, de color de ámbar, e incluso algunas eran blancas. No estaban despararramadas como lo están los astros a los cuales estamos acostumbrados. Allí las estrellas cubrían el cielo, como los granos de arena tapizan enteramente el suelo.

»De lejos, llegaban rumores, ruidos. Pero por mucho que esforzásemos nuestra imaginación no podríamos llamar música a todos aquellos ruidos; sin embargo, no hay duda que todo aquello era música. La Voz se hizo escuchar de nuevo, fría, implacable: «Muévete; *decide* por ti mismo adónde necesitarás ir"; de manera que yo pensé dirigirme a la zona de donde me llegaban los sonidos. Y ya estaba en ella. Sobre un terreno llano, cubierto de hierba roja, bordeado de árboles de color de púrpura y de naranja, danzaba un grupo de

gente joven. Algunos iban vestidos de colores vivos; otros no llevaban vestidura alguna. Con todo, estos últimos no provocaron en mí la menor reacción adversa. A un lado iban otros tañendo instrumentos cuya descripción rebasa mis facultades. El ruido que armaban, me es igualmente imposible describirlo. Todas las notas me resultaban desafinadas, y el ritmo, para mí, no tenía sentido alguno. "¡Mézclate con ellos!", me ordenó la Voz.

»Inmediatamente, me vi flotando por encima de ellos, y me ordené a mí mismo ir sobre un trozo de aquel prado y me sentí sobre aquél. Era tan caliente que temí lastimarme los pies; pero recordé que yo no tenía pies, ya que era un espíritu desencarnado. Lo que luego ocurrió me lo demostró bien claramente: una muchacha desnuda, persiguiendo a un joven cubierto de brillantes vestiduras, pasó a través de mí sin darse ellos cuenta. La muchacha aprisionó a su hombre y enlazándole con sus brazos lo llevó fuera del prado, tras los árboles, y del sitio donde se detuvieron me llegaron algunos chillidos y exclamaciones de placer. Los instrumentistas continuaron con sus dislates musicales, y todo el mundo pareció hallarse en extremo complacido.

»Subí, luego, por los aires y no por mi propia voluntad. Me veía dirigido como una corneta cuyo hilo maneja un chaval. Siempre más alto, yo ascendía por los aires hasta que, por fin, pude divisar el brillo del agua. ¿Era, verdaderamente, agua? El color era de espliego pálido, que mandaba destellos de oro al rizarse las olas. "El experimento me ha matado", juzgué entre mí. "Ahora estoy en el Limbo, en la Tierra de las Gentes olvidadas. Ningún mundo contiene tales colores ni cosas tan singulares." "¡No!", murmuró aquella inexorable Voz, dentro de mi cerebro. «El experimento ha tenido buen éxito. Tendréis su debido comentario de todo cuanto ahora sucede, para que estéis más informado. Es vital que comprendáis todo cuanto se os muestre. ¡Poned toda atención!" "¡Toda mi atención! ¿Podía acaso hacer otra cosa?", pensé tristemente.

»Me remonté cada vez más alto. Muy lejos, divisé refulgentes rayos en el horizonte. Eran extrañas y espantosas formas que

allí se contemplaban, semejantes a los diablos de las puertas del Infierno. Podía distinguir también manchas débiles de luz que se caían y ascendían, yendo de una forma a otra, de aquéllas. Todo alrededor de ellas existían amplios caminos que irradiaban de cada una de aquellas formas, igual como los pétalos de las flores se alejan radialmente del centro. Todo aquello era, para mí, un misterio; no podía imaginar cuál podía ser la naturaleza de todo aquello; sólo podía flotar por los aires, lleno de sorpresa.

»Bruscamente, me sentí lanzado de nuevo a velocidad acelerada. Descendía la altura de mi vuelo. Mi descenso, del todo involuntario, se dirigía hacia un punto donde pude distinguir varias casas individuales esparcidas a lo largo de unas carreteras dispuestas de forma radial. Cada casa me parecía tener, a lo menos, el tamaño de las que son propiedad de la más alta aristocracia de Lhasa, cada una ocupando una porción crecida de terreno. Extrañas estructuras de metal se apetonaban a través de los campos, efectuando trabajos que sólo un agricultor puede relatar puntualmente. Mas, cuando estuve más cerca, me di cuenta de que se trataba de una gran finca, donde flotaban sobre unas aguas poco profundas unas planchas perforadas. Encima de aquéllas había un gran número de plantas maravillosas, cuyas raíces se arrastraban dentro de las aguas. Tanto por su belleza como por su tamaño, aquellas plantas eran mucho mayores que las que usualmente crecen sobre el suelo. Contemplándolas, me llenaba de maravilla.

»De nuevo me remonté de aquellos parajes y podía ver mayores horizontes a lo lejos. Aquellas formas que tanto me habían intrigado cuando las veía desde lejos, estaban mucho más cerca; pero mi cerebro obtuso no se hallaba en situación de comprender lo que veía; era demasiado impresionante; parecía increíble en exceso. Yo era un pobre tibetano, simplemente un humilde sacerdote que nunca había pasado de una corta visita a Kalimpong. Pero, en aquellos precisos instantes, ante mis extrañados ojos — ¿pero yo tenía ojos? —asomaba una grande, una fabulosa ciudad. Torres inmensas, en espiral, se elevaban tal vez unos setecientos me-

tros en el aire. Cada una de ellas poseía un balcón en espiral, del cual irradiaban, sin que se viese ningún apoyo, unas calles que entre todas tejían una telaraña, espesa cual no lo son tejidas por las propias arañas. Dichas calles se hallaban atestadas por una rápida muchedumbre. Hacia arriba y hacia abajo oscilaban pájaros mecánicos cargados de gente. Cada uno de ellos se las arreglaba para no chocar con los demás con una habilidad que me llenaba de sorpresa. Uno de aquellos pájaros veloces vino hacia mí. Vi un hombre que iba delante de todo, guiándolo; pero él no me veía. Todo mi cuerpo se contrajo y se retorció de terror, pensando en el choque inevitable; pero el artefacto se me acercó, veloz, a través mío, y \_no me pasó nada. ¿Qué era, yo? Sí; recuerdo, era entonces un espíritu desencarnado; pero quisiera que alguien explicase a mi cerebro la razón por la cual experimentaba emociones — principalmente la del miedo —, igual que un cuerpo normal y entero en mi caso habría experimentado.

»Yo vagaba entre aquellas torres en espiral y me columpiaba sobre las calles. A cada punto, descubría nuevas maravillas. En ciertos altos niveles, se veían estupendos jardines colgantes. Había campos de juego de una increíble belleza para la gente noble. Pero, todos los colores estaban equivocados. Y la gente también. Unos eran gigantes y otros enanos. Algunos tenían cosas de seres humanos y otros de aves, el cuerpo que parecía humano y que poseía una perfecta cabeza de pájaro. Algunos eran blancos; otros, negros, o colorados, al paso que otros eran verdes. Eran de todos los colores, no simplemente matices o tintes, sino colores primarios bien definidos. Algunos de ellos poseían cuatro dedos, con un pulgar en cada mano. Pero los había que tenían, en cada mano, nueve dedos y un par de pulgares. Un grupo ostentaba sólo tres dedos, cuernos a lado y lado de la testa y un rabo. Mis nervios no aguantaron más ante aquella visión y, por mi voluntad, me elevé por los aires con toda velocidad.

»Desde mis nuevas alturas la ciudad se veía claramente como cubría un vasto espacio; se extendía tanto como podía alcanzar

mi vista; pero en uno de sus extremos distantes, se divisaba un claro que estaba libre de altas edificaciones. Allí, el tráfico aéreo era intensísimo. Unos tildes brillantes (así lo parecían por la distancia) se remontaban con una velocidad que desafiaba la vista y seguían por un plano horizontal. Me vi marchando por los aires hacia aquel distrito. Al aproximarme, me di cuenta de que toda aquella área parecía fabricada de cristal, y en su superficie se descubrían raros aparatos metálicos. Algunos eran esféricos y, por la dirección que llevaban, parecían viajar más allá de los confines de aquel mundo. Otros, parecidos a dos hemisferios de metal unidos por los bordes, también parecían destinados a viajes fuera de su mundo. Mas había otros que parecían lanzas disparadas. Observé que, después de ganar cierta altura, adoptaban una trayectoria horizontal y viajaban hacia algún sitio, para mí desconocido, de aquel mundo. El movimiento era vertiginoso y yo apenas podía creer que tanta gente pudiese caber en una ciudad. Todos los habitantes del mundo estaban allí congregados, pensé. Pero ¿quién era yo? Me sentí lleno de pánico.

»La Voz me respondió: "Tienes que saber y entender que la Tierra es sólo un pequeño espacio; la Tierra es uno de los más diminutos granos de arena a orillas del Río Feliz. Los demás mundos de este Universo donde está situada la Tierra son tantos y tan diversos como la arena, los guijarros y las rocas que siguen las orillas del Río Feliz. Pero eso no es más que un Universo. Hay Universos más allá de toda cuenta, lo mismo que hay briznas de hierba en el suelo. El Tiempo sobre la Tierra, no es más que un parpadear dentro del tiempo cósmico. Las distancias terrestres no son de ningún momento; son cosa insignificante y es como si no existiesen, en comparación de las grandes distancias del espacio. Ahora estáis sobre un mundo en un lejanísimo Universo, tan lejos de la Tierra que os dais cuenta de que está más allá de vuestra comprensión. Tiempo llegará, en el cual los mayores científicos de vuestro mundo se verán obligados a reconocer que hay otros mundos habitados y que la Tierra no es, como ahora se creen, el centro de la creación. Ahora os encon-

tráis situado sobre el mundo principal de un grupo que cuenta más de un millar de ellos. Cada uno de los mundos está habitado, y todos ellos reconocen la autoridad del Maestro del mundo sobre el cual estamos ahora. Cada mundo se gobierna a sí mismo, si bien todos siguen una política común, dirigida a la extirpación de las peores injusticias bajo la/ cuales vive la gente. Una política dirigida a la mejora de las condiciones en que todos viven.

"Cada uno de dichos mundos tiene, a su cabeza, una suerte de persona. Algunos son pequeños, como habéis visto. Otros, altísimos, cómo también habéis comprobado. Algunos, según nuestros modos de ver, son feísimos y fantásticos; otros, hermosos y angélicos. No debemos, sin embargo, engañarnos por las apariencias exteriores, ya que la intención de todos es buena. Toda esta gente rinde vasallaje al Maestro del mundo en que ahora estamos. Sería ocioso intentar daros los nombres de todos ellos; éstos no tendrían el menor sentido en vuestra lengua y en vuestra comprensión. Sólo servirían para embrollaros la memoria. Esta gente rinde vasallaje, como he dicho, al Gran Maestro de este mundo en que estamos. Es alguien que no alberga en su pecho deseos territoriales en absoluto. Alguien cuyo máximo interés consiste en la preservación de la paz de todos los hombres, sea cual sea su forma, su tamaño, su color, para que puedan ayudarle en la tarea de practicar el bien, en lugar de aquellas destrucciones a que deben dedicarse aquellos que deban defenderse a sí mismos. Aquí no hay grandes ejércitos, ni hordas batalladoras. Hay hombres de ciencia, comerciantes, naturalmente sacerdotes y también exploradores que van a mundos remotos para aumentar el número de aquellos que se asocian a la hermandad poderosa.

"Pero nadie se ve invitado. Los que quieren sumarse a esa federación tienen que pedirlo y sólo se admiten aquellos que han destruido sus armamentos.

"El mundo en el cual nos hallamos actualmente es el centro de este Universo particular. Es el centro de la cultura, del conocimiento, y no hay otro que le supere en magnitud. Una

forma especial de modo de viajar ha sido descubierto y desarrollado. Repito de nuevo que el explicar los métodos empleados cargaría en exceso los cerebros de los mayores científicos de la Tierra; no han llegado todavía al escalón que permite pensar en cuatro y aun en cinco dimensiones, y toda discusión con ellos carecería de sentido hasta el día que llegará en que puedan librarse de todos los prejuicios que los tienen cautivos.

"Las escenas que ahora veis suceden en el mundo-guía, actualmente. Necesitamos que viajéis por su superficie para contemplar la civilización tan avanzada de sus habitantes, tan magnífica que vos no sois capaz de comprender. Los colores que veis aquí, no son los que acostumbráis en la Tierra; pero ésta no es el centro de la civilización. Los colores son diferentes en cada mundo, y dependen de circunstancias y necesidades propias de cada uno de ellos. Podréis ver este mundo, y mi voz os acompañará. Cuando hayáis visto lo bastante de este mundo para comprender su grandeza, entonces viajaréis en el pasado y entonces podréis ver cómo se han descubierto los mundos, cómo han nacido, la manera cómo procedemos intentando ayudar a todos aquellos que quieren ayudarse a sí mismos. Acordaos siempre de esto: nosotros, los del espacio, no somos perfectos porque la perfección no existe, ni puede existir, mientras estamos en cualquier parte de cualquier universo. Pero nosotros intentamos hacer las cosas lo mejor que nos es posible. Hay algo en el pasado — lo tenéis que reconocer — que está bien del todo; pero también otras cosas que, con todo pesar, hemos de confesar que están muy mal. Pero nosotros no estamos contentos con vuestro mundo, la Tierra; lo que deseamos es que podáis desarrollar aquel mundo, que viváis allí. Con todo, hemos de asegurarnos de que las obras del Hombre no alteren con su polución el Espacio y dañen a los habitantes de otros mundos. Pero ahora vamos a seguir contemplando éste, el mundo que está a la cabeza de los demás mundos."»

«Medité sobre aquellas palabras», dijo el ermitaño. «Sopesé detenidamente sobre el portento que anunciaban aquellas pa-

labras de la Voz, ya que estaba yo convencido de que toda aquella disertación sobre el amor fraternal no pasaba de ser una chanza. "Mi propio caso — pensaba entre mí — debe de ser uno de tantos que muestran la falsedad de esos argumentos. Aquí estoy yo, considerado un pobre e ignorante nativo de un país pobrísimo, árido y atrasado; y, absolutamente contra mi voluntad, me he visto prisionero, operado, y, por todo cuanto puedo ver, arrancado de mi cuerpo." Estaba allí, ¿adónde? La historia de que estaba haciendo tanto bien a la humanidad, más bien me parecía improbable.

»La Voz interrumpió mis alterados pensamientos diciéndome: "Monje, lo que estáis meditando nos lo declaran nuestros instrumentos; y lo que pensáis no es cierto. Vuestros pensamientos son falsos. Nosotros somos los Jardineros, y un jardinero debe quitar la leña muerta y arrancar las malas hierbas. Pero cuando existe un brote mejor que los demás entonces el jardinero lo desgaja a veces de la planta madre y lo injerta en alguna otra, con el fin de que pueda originar nuevas especies. Según vuestro criterio, os hemos tratado más bien de mala manera. Según nuestra manera de ver, os hemos otorgado un honor muy señalado que reservamos a unos pocos, un honor singular." La Voz vaciló unos instantes, y luego continuó: "Nuestra historia, abarca billones sobre billones de años — expresada en términos de vuestro tiempo terrenal —. Pero, supongamos que la existencia de la Tierra sea representada por el Potala, entonces, la vida del Hombre sobre el planeta se podría comparar al espesor de una capa de pintura en el techo de una de sus habitaciones. Es así; ya lo veis. El Hombre es tan nuevo sobre la Tierra que ningún ser humano posee la autoridad suficiente para querer juzgar lo que hacemos.

"Más adelante vuestros propios hombres de ciencia descubrirán que sus propias leyes matemáticas de la probabilidad muestran cómo es evidente la existencia de otros mundos habitados extraterrestres. También comprenderán la evidencia de que los extraterrestres puedan ver los últimos confines de su limitado universo, dentro del conjunto de universos que



contiene vuestro mundo. Pero no es éste el sitio ni el tiempo para dedicarnos a una discusión de tal naturaleza. Aceptad nuestra seguridad de que estáis llevando a cabo un buen trabajo y que nosotros sabemos más que vos acerca de todas esas cosas. Os preguntáis, también, dónde os halláis, y yo os respondo que vuestro espíritu desencarnado, temporalmente separado de su cuerpo, ha viajado más allá de los lindes de vuestro universo y ha ido directamente al centro de otro universo, a la ciudad que, a su vez, es el centro del planeta principal. Tenemos muchas cosas que mostraros y vuestra gira, vuestras experiencias, no hacen sino empezar. Estad, con todo, seguro que lo que estáis viendo es aquel mundo tal como está en la actualidad, ya que, para el espíritu, la distancia no existe.

"Ahora nos es preciso que vayáis contemplando, para que os familiaricéis con el mundo en que nos encontramos actualmente; así daréis más crédito a vuestros sentidos cuando pasemos a más importantes materias, ya que pronto os enviaremos al tiempo pasado, a través de los Archivos Akáshicos, donde veréis el nacimiento de vuestro planeta, la Tierra."»

«La Voz cesó», continuó el viejo ermitaño, y se calló por unos breves minutos, que aprovechó para beber unos sorbos de té, que ya estaba completamente frío. Con aire meditabundo, dejó a un lado el cuenco y cruzó los dedos de sus manos, después de haberse compuesto la ropa. El joven monje se levantó y añadió nueva leña al fuego y luego se sentó, después de haber arrojado una vez más al anciano.

«Como os decía — continuó el viejo monje —, me encontraba yo en un estado de pánico, y, mientras oscilaba sobre aquella inmensidad, me sentí caer, me encontré pasando varios niveles, cruzando puentes entre grandes torres; otra vez me vi cayendo sobre lo que parecía ser un parque ameno, levantado sobre una plataforma — o, a lo menos, me lo pareció — que me sostenía. La hierba, allí, era roja y, entonces, con gran sorpresa, a un lado descubrí hierba que era verde. En un estanque de aquel jardín, el agua era azul y en el prado, que era verde, el estanque era de un color como de vainilla.

Alrededor de aquéllos se veía congregado un gentío impresionante. Pero, ahora, empezaba a distinguir un poco quiénes eran los naturales de aquel planeta y quiénes los visitantes de planetas lejanos. Se notaba algo sutil en el porte y maneras de los primeros, que no existía en los últimos. Los nativos ostentaban una superioridad, de la que estaban convencidos por completo.

»Alrededor de los estanques — o piscinas —, unos parecían como dotados de una virilidad notable y otros de una femineidad extrema. Había un tercer grupo manifiestamente neutro. Me interesó la observación que hice de que toda aquella gente andaba en cueros, excepto el grupo femenino que llevaba algunos objetos en el pelo. No pude distinguir bien de que se trataba; pero era indudable que se trataba de algún tipo de adorno metálico. Al momento, quise marcharme de allí, porque alguno de los juegos de aquella gente en cueros no me gustaba un pelo, a mí, que había sido educado desde mi infancia dentro de un convento de lamas, y, por lo tanto, en medio de un ambiente exclusivamente masculino. Apenas entendí el sentido de alguno de los gestos a que se entregaban las mujeres. Quise elevarme y marcharme de allí.

»Pasé velozmente a través del resto de la ciudad y llegué a los alrededores, donde había casas esparcidas por la campiña. Todos los campos y plantaciones se veían extraordinariamente bien cultivados y había grandes fincas por aquellos alrededores; me pareció que estaban dedicadas al cultivo acuático — que ya he descrito —. Pero ello presentaba escaso interés, para nadie excepto las personas estudiando agronomía.

»Me remonté más alto y observé buscando algún objetivo hacia donde encaminarme. Vi un portentoso mar de color de azafrán. Se divisaban grandes rocas bordeando la costa; eran amarillas, rojas y de toda suerte de colores y matices; pero el mar era constantemente de un color azafranado. Este fenómeno me era incomprensible. Antes, el agua parecía ser de otro color. Sin embargo, mirando hacia arriba, encontré la razón de aquel fenómeno. Un sol se había ya puesto, y ama-

necía otro, con lo que se contaban *¡tres soles!* Con la ascensión creciente del tercer sol y el descenso del otro, los colores cambiaban constantemente; hasta el aire ofrecía matices distintos. Mis desorientados sentidos veían cómo la hierba cambiaba de tonos, pasando del rojo al morado y del morado virando al amarillo, y, paralelamente, el mar iba también mudando el color. Ello me recordaba la forma con la cual en los atardeceres, cuando el sol va hacia su ocaso sobre las altas cordilleras de los Himalayas, los colores continuamente van cambiando y, en vez de la luz brillante del día en los valles, se forma un crepúsculo acarminado, nace y lo invade todo y hasta las cumbres nevadas pierden su blancor puro y parecen ser azules o de color carmín. Por esta causa, mientras contemplaba todos aquellos cambios, no experimentaba grandes sorpresas; y di por supuesto que los colores cambiaban continuamente en aquel planeta.

»Pero no sentí grandes deseos de volar sobre las aguas, porque no tenía experiencia ninguna de los mares, — jamás había visto ninguno —. Sentía un temor instintivo y un miedo de que en ellos me pudiese ocurrir alguna desventura y que me cayera en aquellas aguas. Así es que dirigí mis pensamientos hacia la tierra firme; entonces, mi espíritu desencarnado viró en redondo y volé por encima de unas pocas millas sobre una costa rocosa y algunas pequeñas explotaciones agrícolas. Entonces, con todo el deleite de mi alma, me encontré con un paisaje que me era familiar: una sucesión de páramos, sobre los cuales descendí, volando bajo, y contemplé las pequeñas plantas apiñadas en la superficie de aquel mundo. La diferencia de las del nuestro consistían en que a la luz del sol parecían tener sus florecillas de color violeta, con tallos de color oscuro, parecido a los brezos. Más allá, se encontraba un banco de flores que hubiera dicho que, bajo aquella luz, eran aulagas; pero sin espinas.

»Me remonté cosa de cuarenta metros y recorrí aquel paisaje, el más placentero de todos cuantos había visto en aquel extraño mundo. Para aquellas gentes, no dudo que les debería de parecer un paisaje muy desolado. No había el menor signo de

habitaciones humanas, ni de sendas. En un ameno y frondoso barranco vi un pequeño lago y un arroyo que se precipitaba en él desde un alto promontorio y lo alimentaba. Me detuve un poco, contemplando aquellas sombras cambiantes y los matices diversos de coloridos reflejos luminosos, filtrándose a través de las hojas de los árboles por encima de mi cabeza. A continuación, debajo se divisaba, borrosa, una extensión de tierra, una ancha corriente de agua, un pellizco de tierra, y otra vez el mar. Contra mi voluntad me vi forzado a viajar a través de otras tierras y comarcas. En ellas se veían pequeñas ciudades que eran, sin embargo, de grandes proporciones. Acostumbrado como estaba a las dimensiones de la gran capital me parecían pequeñas. Pero aun así, mucho mayores de cuanto me pareció ver sobre la Tierra que había dejado.

»Mi desplazamiento se vio interrumpido bruscamente y yo me vi descendiendo rápidamente en espiral abrupto. Entonces, miré debajo de mí. Vi un paisaje que me llenó de maravilla. Un castillo en medio de los bosques. El castillo era de una blancura inmaculada y me llamaron la atención las torres y las almenas de aquél, que no concordaban con una civilización como la de aquel planeta. Mientras reflexionaba ante lo que tenía ante mi vista escuché la voz del Maestro: "Aquí tiene su residencia el Maestro. Es un edificio antiquísimo; el más antiguo de este viejo mundo. Es el santuario adonde todos los amantes de la paz se encaminan, con el fin de permanecer unos momentos ante su muro y dar mentalmente las gracias por la paz; la paz que abarca todo cuanto vive bajo la luz de este Imperio. Una luz donde no hay tinieblas, porque existen cinco soles y nunca se hace de noche. Nuestro metabolismo es diferente del de vuestro mundo. No necesitamos horas de oscuridad para disfrutar del sueño. Nosotros estamos constituidos de una manera distinta."»

## Capítulo octavo

El viejo ermitaño se estremeció con inquietud bajo sus ligeras vestiduras. «Quiero volver a la cueva», manifestó. «No estoy acostumbrado a pasar tan largo rato al aire libre.»

El joven monje, atento a la extraordinaria historia de un tiempo atrás, se puso en pie de un salto. «¡Oh! — exclamó —, las nubes se levantan. Pronto se podrá ver claro.» Luego, con todo cuidado, dio la mano al viejo y lo acompañó lejos del fuego y dentro de la cueva, de la que ya se había ausentado la niebla. «Voy a traer agua y leña», dijo el joven. «Cuando esté de vuelta podremos tomar un té; pero me veré obligado a estar fuera más tiempo que de costumbre, ya que me veré precisado a ir más lejos por leña. Toda la que había cerca de aquí se me acabó», dijo con calma. Y, dejando apilada sobre el fuego la leña que les quedaba, cargó con la vasija del agua, saliendo por el sendero.

Las nubes parecían huir a escape. Soplaban un viento fresco y seguido cuando el monje miraba cómo las nubes se iban remontando y se descubría a la vista el paso de la montaña. A tanta distancia, no pudo ver las pequeñas manchas que serían los viajeros de la caravana. Ni pudo distinguir el humo del fuego sobre las nubes que se marchaban. Los viajes aún no se habían puesto en movimiento, pensó, habiéndose aprovechado de la parada forzosa para dormir y reposar. Nadie puede pasar la montaña cuando las nubes se abaten sobre la tierra; el peligro es demasiado grande. Un paso en falso puede provocar la caída de un hombre, o de una bestia de carga, cientos y cientos de metros abajo, por un precipicio. El joven estaba pensando en un accidente ocurrido hacía poco cuando él visitaba un pequeño convento de lamas, situado al pie de un acantilado. Las nubes se veían bajas, rozando el tejado de la lamasería. De pronto, se produjo un deslizamiento de piedras y un grito ronco. Luego, un chillido y un ruido sordo como de un saco de cebada mojada, lanzado con fuerza

al suelo. El joven, había mirado en aquella dirección; los intestinos de un hombre estaban colgando de una piedra, unos tres metros de allí, y aún permanecían unidos al cuerpo de un hombre que se estaba muriendo sobre el suelo. Sería un marchante o un viajero que hacía su camino, temerariamente, pensó el joven monje.

El lago todavía estaba cubierto de niebla, y las cimas de los árboles brillaban de un modo fantasmal, plateados, cuando el joven se encaminó en su dirección. ¡Gran hallazgo! Una rama entera de un árbol había sido desgajada por la tormenta. Miró entre la bruma ligera y decidió que aquel árbol había sido abatido por un rayo durante la tempestad. Yacían ramas a su alrededor y el tronco se veía partido en dos por completo. Muy contento, el joven se llevó la rama mayor que pudo y lentamente la fue transportando a la boca de la cueva. Llenando luego fatigosamente el recipiente del agua, emprendió el regreso definitivo a la cueva. De momento, puso el agua al fuego y entró después, saludando al ermitaño.

«Un árbol entero, ¡Venerable! He puesto el agua a hervir y después que hayamos bebido el té con tsampa, traeré mucha leña, antes de que los de la caravana lleguen y hagan fuego con el resto del árbol que todavía queda.»

El viejo ermitaño, tristemente, le replicó: «No hay tsampa; he querido ser útil, y, como no puedo ver, sin querer, he derramado y pisoteado la cebada. Sólo quedan restos esparcidos por el suelo». Con una mueca de consternación, el joven monje se levantó precipitadamente y corrió hacia el rincón donde había dejado la cebada. No quedaba nada de ella. Echándose de bruces, escarbó alrededor, donde estaba la piedra plana. Era un desastre. Tierra, arena y cebada estaban mezcladas, en confusión. Nada podía salvarse. Se levantó poco a poco y, lentamente, se fue hacia el ermitaño. Un pensamiento súbito le hizo retroceder; el ladrillo de té ¿se había salvado? Pedazos desparramados yacían por el suelo en el fondo de la cueva. El anciano había pisoteado aquel ladrillo, del cual sólo quedaban tres pequeños trozos.

Triste, el joven monje regresó hacia el viejo. «No hay más

comida, Venerable; y sólo tenemos té por ahora. Podemos aguardar a que los mercaderes lleguen hoy a nosotros o nos tocará estar en ayunas.»

«¿En ayunas?», replicó el anciano. «A menudo me he visto sin comer por una semana o todavía más. Podemos sustentarnos de agua caliente; para uno que no ha tenido para beber sino agua fría durante más de sesenta años, el agua caliente le es un lujo.» Permaneció callado unos momentos, y luego prosiguió: «Aprended a pasar hambre, ahora. Aprended a tener fortaleza. A experimentar una sensación positiva. Durante vuestra vida conoceréis hambres y sufrimientos; serán, ellos, vuestros más fieles compañeros. Hay varias personas que os querrán hacer daño, que os querrán someter bajo su dominio. Sólo con una mente positiva — continuamente positiva — podréis sobrevivir y superar todas las pruebas y tribulaciones que inexorablemente os están destinadas. Ahora es el tiempo del aprendizaje. Siempre será el de practicar lo que aprenderéis ahora. Mientras tengáis fe, mientras os comportéis de un modo positivo, lo podréis aguantar todo, y salir adelante, victorioso de todos los asaltos del enemigo.»

El joven monje estuvo a punto de desvanecerse de terror ante todas esas alusiones a calamidades futuras, signos precursores de un próximo destino venidero. Todos aquellos avisos y exhortaciones. ¿No había nada que fuese alegre y brillante, en la vida que le tocaba vivir? Pero luego se acordaba de sus enseñanzas; éste es el Mundo de la Ilusión, donde incluso el hombre no es más que una ilusión. Aquí, nuestro gran Super-yo manda sus polichinelas para que ganen conocimiento, y dificultades imaginarias sean superadas. Cuanto más precioso sea el material, más duras tienen que ser las pruebas y sólo falla la materia defectuosa. En éste, el Mundo de la Ilusión, en el que el Hombre no pasa de ser una sombra, una extensión mental del Gran Super-yo, que reside lejos de nosotros. Sin embargo, pensó malhumorado, la vida podría ser un poco más alegre. Pero también, a nadie se le carga más de lo que puede aguantar; y el Hombre mismo elige

los trabajos que puede llevar a cabo y las pruebas que puede soportar. «Me volveré loco — se dijo a sí mismo —, si quiero soportar estas perturbaciones por mí mismo.»

El viejo ermitaño preguntó: «¿Tenéis corteza fresca, de aquellas ramas que trajisteis?»

«Sí, Venerable; el árbol fue alcanzado por un rayo, ayer se hallaba entero», replicó el joven.

«Entonces, quita la corteza de una rama y arranca de ella lo blanco, dejando de lado el resto. Luego, tira las fibras blancas al agua hirviendo. Es un excelente y nutritivo manjar, si bien nada gustoso. ¿Te queda algo de sal, de bórax o de azúcar, por ventura?»

«No, señor; sólo tenemos té bastante para una vez.»

«Entonces, hervirlo asimismo y no nos desanimemos. Tres o cuatro días de ayuno no nos van a hacer daño alguno; al contrario, aumentará nuestra capacidad mental. Si las cosas se nos presentan mal, entonces podremos acudir a la ermita más cercana, por alimento.»

Con el rostro sombrío, el joven monje terminó la tarea de separar las hojas de la corteza. La pelleja oscura exterior fue echada a la hoguera para alimentar el fuego. La albura, blanquiverdosa y lisa, fue convertida en briznas para cocerla en el agua que entonces empezaba a hervir. Malhumorado, añadió al agua el último puñado de té, que, saltando, le salpicó y le lastimó la muñeca. Empleando un nuevo bastoncito privado de su corteza agitó y removió todo aquello dentro de la vasija. Con una considerable repugnancia retiró el palo y probó, en el cabo de éste, unas pocas gotas de aquella mixtura que estaba adherida; sus más negras esperanzas se vieron confirmadas. Aquello no sabía a nada. Con un pálido aroma de té desteñido.

El viejo ermitaño se hizo con su cuenco. «Puedo alimentarme con eso. Cuando llegué aquí no había otra cosa. En aquellos días crecían unos arbolillos enfrente de la entrada de mi cueva. Me los comí. Andando el tiempo, la gente se dio cuenta de mi presencia en estos parajes y muy a menudo, desde entonces, he tenido provisiones suficientes. Pero no me



preocupo si me veo forzado a pasar sin ellas una semana o diez días enteros. Nunca me falta el agua. ¿Qué más necesita uno?»

Sentado, en la oscuridad de la cueva, a los pies del Venerable, mientras la luz del día iba subiendo fuera de la cueva, el joven monje tuvo la sensación de que había permanecido sentado así por toda una eternidad. Estudiando, estudiando sin cesar. Con agrado, sus pensamientos iban al brillo de las lámparas de manteca de Lhasa, actualmente para él poco menos que una cosa del pasado. Lo que le quedaba por permanecer aquí no era más que un tema de conjeturas hasta que el viejo no tuviese nada más por decirle, suponía. Hasta que el viejo estuviese muerto y él debiese disponer del cadáver. Pensando esto último, se sintió estremecer de los pies a la cabeza. Cuán macabro, pensaba, estar hablando con una persona y luego, una hora o dos más tarde, tener que arrancar sus intestinos para que sean pasto de los buitres y quebrar sus huesos para que ni un solo trozo del cadáver quede sin enterrar sobre el suelo. Pero, en esas, el anciano estaba ya listo de su comida. Se aclaraba el gáznate, bebió un sorbo de agua y compuso su actitud.

«Yo era un espíritu desencarnado que describía unos espirales alrededor del gran castillo, residencia del Maestro de aquel Mundo Supremo», comenzó diciendo el viejo eremita. «Estaba ansiando ver qué tal era aquel hombre que se ganaba el respeto y el amor de uno de los más poderosos mundos existentes. Me sentía lleno de deseos de contemplar qué especie de hombre — y de mujer — podían perdurar en esa situación a lo largo de centurias y más centurias de años. El Maestro y su Esposa. Pero, no iba a ser así. Me vi arrastrado, como un niño pequeño tira de su corneta. Fui sencillamente apartado de aquellos parajes. "Esa tierra es sagrada", profirió la Voz muy secamente. "No son para los terrestres; debéis ver otras cosas." E inmediatamente me vi lanzado lejos de allí, y mandado en dirección diferente.

»Debajo de mí, los detalles de aquel mundo iban disminuyendo de tamaño y las ciudades parecían granos de arena en

la orilla. Ascendí a través del aire, y me vi fuera de la atmósfera. Volaba por donde no había ni un rastro de aire. Entonces se presentó en el campo de mi visión un extraño objeto, como nunca había visto nada semejante. El objeto de lo que yo divisaba me resultaba incomprensible. Allí, en el vacío sin atmósfera, donde yo no habría podido subsistir sino bajo la forma de un espíritu desencarnado, flotaba una ciudad completamente metálica, que se mantenía por los aires gracias a métodos misteriosos que estaban totalmente fuera de mi alcance y no podía discernir. A medida que me aproximaba se hacían más claros los detalles, y me di cuenta de que la ciudad reposaba sobre un suelo de metal y sus partes superiores estaban cubiertas por un material más claro que el cristal, aunque no se trataba de cristal. Debajo de aquella cubierta transparente puede observar a los habitantes circulando por las calles de una ciudad mayor que la de Lhasa.

»Se veían extrañas protuberancias en alguno de los edificios; la mayor de ellas hacia aquel en cuya dirección me veía dirigido. "Aquí hay una gran observatorio", dijo la Voz dentro de mi cerebro. "Un observatorio desde el cual se presencié el nacimiento de vuestro mundo. No a través de los rayos ópticos, sino de rayos especiales, que se hallan fuera de vuestra comprensión. Dentro de pocos años, vuestro mundo va a descubrir la ciencia de la radio. La radio, en su más completo desarrollo, será como el esfuerzo cerebral de un humilde gusano, comparada con la fuerza mental del hombre más inteligente de todos los humanos. Lo que se practica en esos lugares está situado mucho más allá. Aquí se indagan los secretos del universo; y se vigilan las superficies de los más lejanos planetas, lo mismo que ahora estáis contemplando la superficie de ese satélite. Ninguna distancia, ni la mayor posible, representa el menor obstáculo. Podemos inspeccionar los templos, los sitios de esparcimiento y aun los domicilios privados."

»Me acerqué más, y temí por mi seguridad cuando vi relucir la barrera transparente cerca de mi persona. Temí estrellarme contra ella y experimentar lesiones; pero, antes de que me

entrarse el pánico, recordé que yo, en aquellos instantes, era uno de aquellos espíritus que pueden atravesar las más sólidas paredes cuando a ellos les parece bien. Lentamente, me dejé caer a través de aquella sustancia parecida al cristal y llegué a la superficie de aquel mundo que la Voz había denominado con la palabra "satélite". Pasé cierto tiempo yendo de aquí para allá, intentando poner orden en los turbulentos pensamientos que dentro de mí se agolpaban. Era un curioso experimento para un nativo ignorante de un país atrasado en unas tierras subdesarrolladas. Era difícil comprender cuanto veía y conservar la propia razón cabal.

»Suavemente, cual una nube arrastrándose por el flanco de una montaña o un rayo de luna volando veloz y silenciosamente por encima de un lago, empecé a desplazarme hacia un lado, muy diferente de las divagaciones a que antes me había entregado. Me movía en dirección lateral y traspasaba extrañas paredes de un material que me era desconocido. Aun cuando seguía siendo un espíritu, no dejaba de experimentar una ligera oposición a mi paso, que me causaba una cierta comezón en todo mi ser y, por un rato, la sensación de que me encontraba prisionero de un espeso lodazal. Con una curiosa sensación de arrancarme que hizo estremecer toda mi persona, abandoné aquella pared pegajosa. Mientras yo luchaba tenazmente, me pareció escuchar la Voz que decía: "¡Ya ha pasado! Por un momento, creí que no podría."

»Pero, actualmente, había atravesado la pared y me encontraba dentro de un inmenso espacio cubierto, demasiado vasto para poder ser llamado una *habitación*. Unas máquinas absolutamente fantásticas y unos aparatos se hallaban en aquellos parajes. Cosas más allá de mis conocimientos. Pero lo más raro de todo aquel ambiente eran los habitantes de la caverna. Unos humanoides, en extremo diminutos, que se afanaban con unos objetos que, oscuramente, para mí eran aparatos, mientras otros, gigantes, acarreaban enormes bultos de un lado a otro y hacían las faenas pesadas para los demás, que eran demasiado débiles. "Aquí — explicó la Voz, dentro de mi cerebro — tenemos instalado un gran sistema. La gente

pequeña fabrica delicados ajustes y construye pequeños objetos. La gente mayor, hace cosas más en consonancia con su talla y su fuerza. Ahora, prosigamos." Aquella fuerza imponderable, me empujó de nuevo y pude pasar adelante, salvando otra barrera en mi progreso. Era todavía más tenaz, tanto para entrar en ella como para salirme.

»"Ese muro — murmuró la Voz —, es la Barrera de la Muerte. Nadie puede entrar en ella ni salir mientras reside en su carne. Es un sitio muy secreto. Aquí podemos observar todos los mundos y descubrir inmediatamente la preparación de las guerras. ¡Mirad!" Miré a mi alrededor. Por unos momentos todo cuanto veía carecía de sentido para mí. Entonces me concentré con todas mis fuerzas y mis sentidos. Las paredes alrededor de aquella estancia estaban divididas en rectángulos de un metro de largos por ochenta centímetros de altos. Cada uno de ellos era un cuadro viviente, bajo el cual se veían unos signos raros, que juzgué ser escrituras. Las imágenes eran sorprendentes. En una de ellas se veían un mundo como observado desde el espacio. Era azulado y verdoso, con extrañas manchas de color blanco. Con una fuerte impresión me di cuenta de que aquél era mi propio mundo; el mundo en que nací. Un cambio que se produjo en un cuadro de al lado llamó toda mi atención. Tuve la deplorable sensación de estar cayendo y me di cuenta de que en realidad estaba contemplando mi propia caída en mi propio mundo.

»Las nubes se apartaron y contemplé el panorama entero de la India y el Tíbet. Nadie me dijo que era así; pero lo comprendí por instinto. La imagen se hizo cada vez más amplia. Vi Lhasa, también las comarcas Altas y el cráter volcánico. "Pero vos no os encontráis aquí para ver todas esas cosas", exclamó la Voz. "¡Mirad a otras partes!" Miré a mi alrededor y me sorprendió en extremo lo que vi. Aquí, en este cuadro, se contemplaba el interior de una sala de consejos. Personajes con aire de ser muy importantes discutían animadamente. Se levantaban las voces y, no menos, las manos. Se tiraban al suelo papeles, sin ningún miramiento. En una silla levantada, bajo un dosel, un hombre con la faz congestionada es-

taba hablando de una forma frenética. Aplausos y censuras en proporciones iguales subrayaban sus discursos. La escena, me recordó por completo una reunión de Padre Abades. »Me volví de nuevo. Por todas partes se ofrecían pinturas vivientes, por el estilo de las descritas. Escenas raras, en los más inesperados colores algunas. Mi cuerpo se trasladó a otra pieza. Allí se veían representaciones de extraños objetos metálicos, moviéndose en la negrura del espacio. "Negrura", no es la palabra bien exacta, porque el espacio estaba lleno de puntitos de luz de varios colores, alguno de cuyos colores no conocidos por mí antes de aquella ocasión. "Son naves del espacio en pleno viaje", dijo la Voz. "Tenemos, para observarlos cuidadosamente, los rastros de todo nuestro tráfico." Me impresionó la cara de un hombre que apareció, como viviente, en un trozo de la pared. Pronunció unas palabras, que no entendí. Movía su cabeza como si estuviese conversando cara a cara con otra persona. El rostro se desvaneció, con un saludo de su cabeza y una sonrisa de sus labios; la pared quedó lisa como antes.

»Inmediatamente, aquella cabeza fue reemplazada por un paisaje como a vista de pájaro. Una vista del mundo que acababa de abandonar; aquel que era el centro de un vasto imperio. Miré, debajo, la gran ciudad, contemplando con todo realismo sus inmensas extensiones. El cuadro se movía con tal velocidad que volvía a contemplar el distrito donde estaba la residencia del Maestro de aquella gran civilización. Vi las grandes murallas y los raros y exóticos jardines donde se levantaba aquel edificio. Divisé un hermoso lago con una isla en el centro. Pero el cuadro nunca se detenía, barriando el paisaje, como hace un pájaro a la busca de una posible presa. El cuadro, entonces, se detuvo. Se hizo más amplio y enfocó un objeto metálico que describía calmosas vueltas y descendía al suelo. El cuadro se amplió hasta que sólo se veía aquel objeto metálico. Un rostro humano apareció; estaba hablando, respondiendo a preguntas desconocidas. Después de una especie de saludo, se borró aquella imagen.

»Me trasladé, si bien sin intervención alguna de mi voluntad. Mi mente, dirigida, abandonó aquella extraña habitación y penetró en otra. ¡Cosa rara! Aquí ante cada uno de los siete cuadros permanecía sentado un anciano. Por un momento, me detuvo la sorpresa más completa. Luego, empecé a reírme por lo bajo histéricamente. Allí estaban, los siete viejos, todos ellos barbudos; todos parecidos entre sí y de grave aspecto. Dentro de mi pobre cerebro la Voz, con tonos enojados, profirió en voces altas. «¡Silencio!, sacrílego. Esos que aquí ves con los Sabios que controlan tu propio destino. ¡Silencio, digo, y un aire deferente!" Pero los viejos sabios no se dieron por enterados, si bien tenían noticia de mi presencia, porque en uno de los cuadros me hallaba yo sobre la Tierra, cargado de alambres y tubos. En otro cuadro se me representaba *allí mismo*. Era una rara impresión, para mí.

»"Aquí — prosiguió la Voz, más calmada — están los sabios que han reclamado vuestra presencia. Son los hombres más sabios entre los demás, que se han dedicado, por siglos enteros, al bien de su prójimo. Trabajan siguiendo las directrices del Maestro en persona, que ha vivido más largo tiempo que ellos. Nuestro designio es el de salvar a vuestro mundo. Salvarlo de lo que amenaza ser un suicidio. Salvarlo del funesto resultado de una explosión nuc..., pero no mencionemos términos que ahora carecen de sentido para vosotros, por no haber sido aún inventados en vuestro mundo. Vuestro mundo está a punto de que le acontezca un considerable e intenso cambio. Se descubrirán nuevas cosas y se inventarán armas nuevas. El hombre penetrará en el espacio dentro de los próximos cien años venideros. Esto es lo que nos debe interesar."

»Uno de lo Sabios hizo unos signos con las manos, y los cuadros fueron cambiando. Un mundo tras otro se seguían dentro de los marcos. Unas gentes, y después otras, se presentaban, para desvanecerse al cabo de unos instantes, para ser reemplazadas por otras. Unas extrañas ampollas de vidrio se volvieron luminosas y unas líneas que se entrelazaban se cruzaron en los fondos. Se escuchaba el teclear de unas má-

quinas, de las que se desprendían unos largos papeles impresos que se iban enrollando en unos cestos que había cerca de dichas máquinas impresoras. Se trataba de impresos cubiertos de curiosos signos. Todo ello iba más allá de mi comprensión, tanto que todavía hoy, después de meditar sobre todas aquellas cosas, todavía desconozco su sentido. Y continuamente, los viejos Sabios tomaban notas en tiras de papel o hablaban a unos discos situados a su lado. En respuesta, les hablaba una voz como desencarnada pero con la entonación perfectamente humana; pero no pude apercibirme de la fuente de estas palabras.

»Al final, cuando todo me daba vueltas, bajo el impacto de aquellas raras impresiones, la Voz, en mi cerebro, dijo: "Ya tienes bastante con eso. Ahora vamos a mostraros el pasado. Para prepararos, empiezo por deciros que, sean cuales sean las cosas que veréis, no tenéis que asustaros." *¿Asustarme?*, me dije para mí; si supiese, la Voz, que *estoy por completo aterrorizado*. "Primero — continuó la Voz —, podréis contemplar la tiniebla y algún movimiento interior. Después, os daréis cuenta de lo que, en realidad, es esta habitación. En realidad, existe desde millones de años, en la cuenta de vuestro tiempo que es mucho menos, según la nuestra. Después, podréis ver lo que sucedió cuando nació vuestro mundo. Y cómo fue poblado de criaturas, entre las cuales aquella que llamáis Hombre." La Voz se desvaneció, y mi conciencia, con ella.

»Es una sensación desconcertante, la de verse privado bruscamente de la presencia de ánimo que nos es propia; de sentirse privado de una parte de nuestra conciencia de la vida, sin que nos sea posible darnos cuenta del tiempo en que hemos permanecido inconscientes. Me di cuenta de una niebla gris que se arremolinaba en mi cerebro, algunas ojeadas intermitentes me atosigaban y aumentaban mi estado de turbación. Poco a poco, igual que una niebla por la mañana disipándose bajo los rayos del sol naciente, mis sentidos y mi lucidez volvieron a mí. El mundo, ante mí, se convirtió en luz. No; no era todavía el mundo, sino el espacio en el cual

flotaba entre el techo y el pavimento, igual que un objeto ligero flotando en el aire tranquilo. Como las nubes de incienso que se remontan lentamente en un templo, yo me sentía levantar, contemplando lo que tenía delante de mí.

»Nueve ancianos. Barbudos. Graves. Atentos a su trabajo, ¿eran los mismos? No. Ni el aposento era igual. Los marcos de los cuadros y los instrumentos eran distintos. Y los cuadros no eran los mismos. Durante un tiempo no se escuchó una sola palabra ni una explicación de todas aquellas cosas portentosas. Finalmente, un anciano llegó y dio vueltas a un botón. Se iluminó seguidamente una pantalla y se vieron unas estrellas en una formación que antes no había visto. La pantalla se iba expansionando, hasta que llenó todo mi campo visual, como si tuviese yo una ventana abierta sobre el espacio. Tan fuerte era la ilusión que me parecía que me hallaba en el espacio sin que mediase ventana alguna. Contemplaba todas aquellas estrellas, frías, inmóviles, brillando con una hostil y dura luminosidad.

»"Vamos a correr un millón de veces a mayor velocidad — observó la Voz —, bajo la pena de no poder contemplar nada más en toda vuestra vida.» Las estrellas empezaron a oscilar rítmicamente, una sobre la otra, todas sobre un centro que no veíamos. De un lado del cuadro llegó a gran velocidad un cometa, en dirección al invisible y oscuro centro. El cometa voló a través del cuadro, arrastrando consigo otros mundos. Finalmente, chocó con el mundo muerto y frío que se encontraba al centro de aquella galaxia. Otros mundos, arrastrados fuera de sus órbitas por la velocidad creciente, se precipitaron y chocaron, como en una carrera. En el momento en que el cometa y el mundo muerto chocaron, el universo pareció inflamarse. Masas giratorias de materia incandescente fueron lanzadas a través del espacio. Gases inflamados engulleron los mundos a ellos cercanos. El universo entero, tal como lo veía en la pantalla que yo tenía enfrente, se convirtió en una masa de gas brillante, ardiendo con toda violencia.

»Poco a poco, el brillo intenso que invadía todo el espacio, se



fue calmando. Al final, quedó una masa central inflamada, con masas inflamadas más pequeñas a su alrededor. Pedazos de material incandescente eran expulsados a medida que la masa central vibraba y se retorció en las agonías de una nueva conflagración. La Voz interrumpió mis caóticos pensamientos: "Estáis viendo en unos minutos lo que tardó millones de años en evolucionar. Vamos a cambiar de imágenes." Mi visión entera se limitó a las dimensiones del marco de la pantalla. Ahora, divisé todo el sistema estelar como si se fuese encogiéndose y lo viese desde muy lejos. El brillo del astro central también disminuyó, si bien seguía siendo muy brillante. Los mundos cercanos brillaban con un resplandor rojizo, mientras giraban y describían sus nuevas órbitas. A la velocidad con que se me mostraba el universo parecía estar en un movimiento arremolinado que me deslumbraba la vista.

»Ahora, el cuadro cambió. Delante mío se extendía una gran llanura manchada de inmensos edificios, algunos de ellos dotados de proyecciones, que brotaban de sus techos. Proyecciones que me parecieron ser de metal, torcido en curiosas formas, cuya razón mi inteligencia no acertaba a adivinar. Enjambres de personas de muy distintas formas y tamaños convergían hacia un objeto muy curioso situado en el centro de aquel llano. Era por el estilo de un tubo inmenso. Los extremos de aquel tubo eran más estrechos que la zona central y uno de los extremos acababa en punta, mientras el otro era redondeado. A lo largo del tubo se veían protuberancias y, fijándome, vi cómo éstas eran transparentes. Dentro se veían unos puntitos que se movían, que yo juzgué ser personas. Me pareció que todo aquel edificio vendría a tener entre un kilómetro y medio o dos de extensión; tal vez más aún. Su destino era completamente desconocido para mí. No acertaba a comprender cómo un edificio podía tener semejante forma.

»Mientras yo estaba atento a no perder un solo detalle, flotó dentro del cuadro un vehículo muy extraordinario, que remolcaba unas cuantas plataformas cargadas con cajas y fardos

bastantes; pensé en mi fantasía para abastecer todos los mercados de la India. También — ¿cómo podía ser esto? —, todo flotaba por los aires como los peces nadan y se mueven por sí mismos dentro del agua. El extraño vehículo siguió hasta llegar al lado del gran tubo, que era una construcción y adonde, una tras otra, las balas y las cajas fueron introducidas, y entonces la extraña máquina se fue con las plataformas vacías siguiéndole cual remolques. La corriente de personas que entraban en el tubo disminuyó sensiblemente y luego cesó por completo. Unas puertas resbaladizas se deslizaron y el tubo permaneció cerrado "¡Ah! — pensé yo —; esto debe de ser un templo; me lo muestran para que yo vea claro que poseen una religión y templos." Sintiéndome satisfecho con la explicación que me daba a mí mismo, dejé que mi atención divagase a sus anchas.

»No hay palabras que puedan describir la estupefacción que experimenté al ver que aquel edificio tubular, largo de más de un kilómetro y ancho de medio aproximadamente, de pronto *se levantaba por los aires*. Se levantó como hasta nuestras más altas montañas, se hizo pálido por unos pocos segundos y luego ¡desvaneciósese! Unos momentos antes estaba allí, como una tira de plata suspendida en el cielo con luces coloridas y dos o tres soles jugando con su superficie. Después, sin el menor destello, ya no estaba. Miré hacia lo alto; miré las pantallas que estaban a los lados, y entonces lo vi. Dentro de una pantalla, larga de unos cuatro o cinco metros, las estrellas se arremolinaban alrededor de lo que aparecía como unas tiras de luz de colores. Estacionado en el centro de la pantalla, se veía el edificio que un momento antes había dejado aquel extraño mundo. La velocidad de las estrellas que por allí pasaban fue creciendo, hasta que formaron una hipnótica imagen borrosa. Me volví hacia otros lados.

»Un resplandor de luz atrajo mi atención y volví a mirar hacia la pantalla larga. En uno de los extremos más lejanos apareció, anunciando una luz mayor, un resplandor, como el que mandan los rayos de sol antes de que éste aparezca detrás de una montaña, anunciándole. La luz creció rápidamente y

se hizo intolerable. Una mano entonces se vio dando vueltas a una llave. La luz se fue reduciendo, de forma que aparecieran las imágenes claras. El gran tubo, un insignificante topo en la inmensidad del espacio, se aproximó al orbe brillante. Dio la vuelta a su alrededor y entonces me volví a mirar hacia otra pantalla. Por un momento, perdí mi orientación. Contemplaba, sin comprenderlo, el cuadro que tenía ante mis ojos. Se trataba de la imagen de una sala espaciosa donde permanecían hombres y mujeres vestidos de lo que yo conocí ser uniformes. Algunos de ellos permanecían sentados con las manos sobre palancas y llaves, mientras otros observaban unas pantallas como yo estaba entonces haciendo.

»Un personaje, más bien puesto que los demás, se paseaba de una parte a otra con las manos cruzadas a la espalda. A menudo detenía sus pasos y miraba por encima de otra persona, mientras consultaba unas notas escritas, o miraba las escrituras enrevesadas que se hallaban detrás de vidrios circulares. Entonces, con una inclinación de cabeza, resumió su paseo. Al fin, yo me aventuré a hacer lo mismo: miré una pantalla, como aquel hombre bien trajeado. Allí se divisaban mundos llameantes, que no pude contar porque la luz me deslumbraba y el movimiento excesivo me atolondraba. Por lo que pude contar pienso — sin ninguna garantía por mi parte — que había unos quince fragmentos llameantes, situados alrededor de la gran masa central que les había dado nacimiento.

»Aquel edificio tubular, que ahora comprendí que era una nave del espacio, se detuvo, y entonces se produjo una gran actividad. Del fondo de la nave, emergieron un gran número de embarcaciones circulares. Se dispersaron por todas partes y, con su partida, la vida a bordo de la gran nave reanudó su bien ordenada existencia. Pasó un tiempo y entonces todos los pequeños discos regresaron a la embarcación-madre y entraron a bordo. Lentamente, aquel tubo macizo giró y aceleró su velocidad como un animal asustado huyendo por las constelaciones.

»Con el tiempo — no sabría decir cuánto — el tubo metálico

regresó a su base. Los hombres y las mujeres que viajaban dentro, lo abandonaron y entraron en casas que estaban por aquellos alrededores. La pantalla que tenía enfrente se volvió de un color gris.

»Aquella habitación en la penumbra, con las pantallas siempre moviéndose en la pared, me fascinaba de un modo extraordinario. Al principio, yo había prestado mi atención sólo a una o dos pantallas. Ahora que ambas estaban inertes enfrente de mí, tenía tiempo para explorar a mi alrededor. Allí estaban personas aproximadamente de mi talla, de la que empleo cuando me sirvo de la palabra "humano". Había gente de todos los colores: blanca, negra, verde, colorada, amarilla y caoba. Tal vez un centenar de ellos se sentaban en unas sillas extrañamente ajustadas, que se deformaban a cada movimiento de quien las utilizaba. Los había sentados, alineados en una pared lejana. Los Nueve Sabios estaban instalados alrededor de una mesa especial, situada en el centro de la estancia. Miré con curiosidad a mi alrededor, pero los asientos y otros objetos estaban tan lejos de todo lo que mi experiencia conocía previamente que no hallaba la manera cómo podría describirlos. Tubos iluminados con una luz vacilante, conteniendo un fantasmal reflejo verde, tubos dentro de los cuales oscilaba un resplandor ambarino, paredes que *eran* paredes, aunque irradiaban la misma claridad que si se tratase del aire libre. Cristales redondos, tras los cuales pululaban fantásticamente unos puntos, o bien, al contrario, estaban fijos e inmóviles. ¿Os decía algo, todo este mundo?

»Una parte de la pared se balanceó, revelando una prodigiosa cantidad de alambres y de tubos. Subiendo y bajando por ellos, se veían unos hombrecillos de unos tres palmos de altura, enanos que llevaban unos cinturones llenos de herramientas brillantes. Llegó, entonces, un gigante que transportaba una caja muy grande y pesada. La dejó en el suelo mientras aquellos enanos amarraban la caja al otro lado de la pared. Entonces, la pared se volvió a cerrar y los enanos se marcharon junto con el gigante. Al mismo tiempo, se hizo un silencio. Todo permaneció silencioso, excepto los ruidos ca-

racterísticos del golpear de una máquina por un orificio, dentro de un receptáculo especial.

»Aquí, sobre aquella pantalla, se proyectaba una cosa extrañísima. Al principio creí ver una roca toscamente labrada en una forma humana. Luego, con mi más intenso terror, vi cómo aquella cosa se movía. Una especie de brazo se levantó y vi cómo aguantaba una ancha sábana de un material desconocido, encima del cual se habían escrito signos gráficos. No se podía exactamente llamarlo *escritura* con toda propiedad. Era tan ajeno aquello a toda forma especial de lenguaje, que para describirlo habría que inventar un sentido. Mis miradas se dirigieron a otros lados; todo aquello estaba tan lejos de mí, que ni lograba interesarme. Sólo terror me causaba aquel disfraz de humanidad.

»Pero mis miradas errantes se detuvieron de un modo brusco. Allí estaban unos Espíritus; unos Espíritus alados. Quedé tan fascinado que estuve a pique de chocar contra la pantalla, de tanto como me aproximé a ella, esperando ver más. Era el cuadro de un maravilloso jardín, en el cual jugaban criaturas aladas. De forma humana, varón y hembra, tejían unos dibujos aéreos por el cielo de oro, sobre el jardín. La Voz interrumpió mis pensamientos: "¡Ah!, ¿de modo que ahora estáis fascinado? estos que ahí veis son los — un nombre que no se puede escribir — y pueden volar porque habitan en un mundo en el cual el peso de la gravedad es excesivamente leve. No pueden abandonar su planeta; son demasiado frágiles. Poseen una inteligencia poderosa, insobrepasable. Pero, ved a vuestro alrededor otras pantallas. No tardaréis en ver algo más de la historia de vuestro mundo."

»La escena cambió a mi presencia. Sospeché que el cambio era deliberado para que yo pudiese ver lo que deseaba contemplar. Primero, fue el profundo color púrpura del espacio y luego un mundo enteramente azul, que se movieron desde el borde hasta ocupar el centro de la pantalla. La imagen fue creciendo hasta que llenó toda la vista por completo. Se hizo entonces aún mayor, y tuve la horrible sensación de caerme de cabeza abajo por el espacio. Una experiencia muy desa-

gradable. Debajo de mí, las olas saltaban y corrían. El mundo giraba. Por todas partes, agua. Pero una mancha se proyectaba sobre las olas eternas. En todo el mundo sólo existía una meseta de unas dimensiones como el valle de Lhasa. En ella relucían sobre la playa unos extraños edificios. Unas figuras humanas se agitaban en la orilla, con las piernas dentro del agua. Otras, permanecían sentadas en las rocas cercanas. Todo ello era misterioso y carecía de sentido para mí. "Nuestro cultivo forzado — dijo la Voz —; aquí hemos cultivado las semillas de una raza nueva".»

## Capítulo noveno

El día se iba apagando y debilitándose progresivamente. El joven monje miraba — como había mirado casi todo aquel día — en dirección a la cortadura de las montañas, donde estaba el paso entre la India y el Tíbet. De pronto, lanzó un grito de alegría y giró sobre sus talones, entrando precipitadamente en la cueva: «¡Venerable!», exclamó. «Vienen hacia nosotros por el puerto. Pronto tendremos comida». Sin aguardar la respuesta, dio media vuelta y corrió al exterior. Dentro del aire transparente y frío del Tíbet, los más pequeños detalles pueden percibirse a grandes distancias; no hay impurezas en el aire que enturbien la visión. Por el borde rocoso desfilaban unas pequeñas manchas negras. El joven sonrió con satisfacción. Pronto tendrían cebada y té.

Con toda rapidez corrió a la orilla del lago y llenó el recipiente a rebosar. Lo trajo a la cueva con todo cuidado, para que estuviese a punto cuando llegasen las provisiones. Se fue luego a la cuesta, corriendo, para almacenar hasta la última brizna de las ramas del árbol caído en la tempestad. Consiguió, con esto, reunir una buena pila de leña al lado de la hoguera encendida. Con gran impaciencia el joven subió a una roca encima de la cueva. Haciendo una pantalla con la mano, miró a todos lados. Una gran fila de bestias de carga se alejaba del lago. Eran caballos, no yaks. Y los hombres eran indios, no tibetanos. El joven monje se quedó paralizado, comprobando su error.

Lentamente, con pesadumbre, descendió al nivel del suelo y volvió a penetrar en la cueva. «¡Venerable!», exclamó con voz apenada: «Aquellos hombres, eran indios; ahora se marchan y no tenemos qué comer.»

«No os preocupéis», dijo el anciano dulcemente. «Un estómago vacío hace un cerebro claro. Hemos de aguantar, tener paciencia.»

Un pensamiento súbito se le ocurrió al joven monje. Con el

recipiente del agua corrió al interior de la cueva, allá donde se había esparcido toda la cebada. Allí, se puso cuidadosamente de rodillas y escarbó el suelo arenoso. La cebada estaba mezclada con la arena. Había, pues, una y otra cosa. Con toda atención, fue echando un puñado tras otro en el recipiente y golpeó las paredes del mismo. La arena, se fue al fondo y, la cebada quedó flotando en la superficie. También flotaban pequeños trozos de té.

A copia de tiempo, fue quitando la cebada y los pedacitos de té que se hallaban en la superficie del agua y los fue poniendo uno tras otro en su cuenco. De momento llenó el tazón del viejo y, finalmente, cuando las sombras del atardecer ya se arrastraban por aquellos parajes, los dos cuencos estaban llenos. Fatigado, el joven se puso en pie, vació el agua llena de arena sobre el suelo. Luego, tristemente, se dirigió hacia el lago.

Los pájaros nocturnos empezaban a despertar y la luna, en su plenilunio, asomaba sobre el borde de las montañas cuando frotó el recipiente y lo llenó de agua. Fatigado, lavó de sus rodillas los granos de arena y de cebada que se le habían pegado y reanudó su camino hacia la cueva. Con un golpe resig-nado, colocó el recipiente en el corazón del fuego y se sentó allí cerca, aguardando con toda impaciencia el hervor del agua. Por último, se levantaron soplos de vapor y se mezclaron con el humo que hacía el fuego. El joven n 3nje se levantó y trajo los dos tazones con la cebada y el té — y también su algo de tierra —. Con todo cuidado, lo fue echando al agua.

De pronto, se levantó el vapor. El agua empezó a hervir frenética, removiendo aquella mescolanza terrosa. Con una astilla plana, el joven quitó lo peor de las impurezas y, no pudiendo aguantar más, con un palo consiguió levantar el recipiente del fuego y echó una generosa ración de aquella especie de sopa en el tazón del anciano. Luego, limpiándose los dedos en sus decididamente sucias vestiduras, se adelantó hacia el viejo ermitaño, ofreciéndole el inesperado y más insípido líquido. Luego, se preocupó de sí mismo. Era apenas bebible.

Habiendo apaciguado lo justo los tormentos del hambre, am-



bos se tendieron en la dura y arisca yacija de arena para dormir. Mientras tanto, se remontó la luna y describió una majestuosa curva, hasta posarse en las lejanas cumbres de la cordillera. Las criaturas de la noche se dedicaron a sus ocupaciones, que la noche hacía lícitas, y el viento de la noche sopló suavemente entre las ramas delgadas de los árboles enanos de aquellos parajes. En los conventos de lamas, los vigilantes de la noche continuaban sus incesantes ocupaciones, mientras en las callejuelas de la ciudad las gentes de mala reputación renegaban sin cesar contra aquellos que estaban mejor situados.

La mañana transcurrió sin satisfacciones. Los restos de la cebada, húmeda, y las hojas de té que les quedaban, proporcionaron un sustento flaquísimo; lo indispensable para no desfallecer. Simultáneamente con el crecer de la luz del día y del fuego, que esparcía enjambres de chispas, brotando de la leña superficialmente seca, el viejo ermitaño, dijo: «Continuemos con el pasado del conocimiento humano. Ello nos ayudará a disimularnos el hambre que sentimos». El viejo y el joven entraron juntos en la cueva y se sentaron en las posiciones acostumbradas. .

«Fui de un lado a otro, durante un rato — prosiguió el ermitaño —; cómo van los pensamientos de un hombre desvagado, sin dirección ni propósito alguno. Vacilando, yendo de aquí para allá, de una pantalla a la otra, caprichosamente. Entonces, la Voz que hablaba dentro de mí, dijo: "Os tenemos que decir más cosas." Así que me habló la Voz noté que se me dirigía hacia las primeras pantallas que yo había estudiado. Volvían a funcionar. Sobre una de ellas, se veía la imagen del universo que contiene lo que llamamos el Sistema Solar.

»La Voz entonces dijo: "Durante centurias se vigiló cuidadosamente que no se produjese ninguna irradiación al azar, desde el nuevo Sistema entonces en estado de formación. Pasaron millones de años; pero, a la escala del Universo, un millón de años son apenas unos minutos en la vida de un ser humano. Finalmente, otra expedición partió de aquí, el corazón de nuestro imperio. Los expedicionarios iban equi-

pados con los más modernos aparatos para determinar cómo deben plantearse los nuevos mundos que deseamos fundar". Cesó, entonces, la Voz y yo, de nuevo, contemplé las pantallas.

» Brillaban fríamente las estrellas en las inmensidades impresionantes del espacio. Fijas y frágiles, relucían con más colores que el arco iris. El cuadro se hizo cada vez más amplio, hasta que se distinguió todo un mundo que parecía ser, ni más ni menos, un globo de nubes. Nubes turbulentas que eran azotadas con el más espantable relampagueo. "No es posible — dijo la Voz — analizar con certeza un mundo lejano, a base de pruebas remotas. Antes, lo creíamos así; pero la experiencia nos demostró el error en que estábamos. Actualmente, durante millones de años, hemos ido mandando expediciones. ¡Mirad!"

» El universo fue barrido como una cortina. De nuevo pude contemplar una llanura que se perdía en lo que parecía ser el infinito. Los edificios eran diferentes; ahora se nos aparecían largos y bajos. La gran nave aérea que estaba allí también era distinta. Su forma recordaba, en la parte inferior, un plato en posición normal; mientras que la parte superior recordaba un plato en posición invertida, reposando por los bordes encima del primero. El conjunto resplandecía como una luna llena. Unos agujeros a centenares, provistos de sus correspondientes cristales, formaban una circunferencia alrededor de la estructura. En la parte más alta, figuraba una especie de cúpula transparente. Dicha elevación sería de unos diez metros. El inmenso rueda de la nave aérea disminuía, hasta hacerlas aparecer enanas, el tamaño de las máquinas que se veían al pie aprovisionando la nave del espacio.

» Unos grupitos de personas, todos uniformados de una manera rara, conversaban, alegres, alrededor de la nave espacial. Al pie de cada uno se veían unas pilas de cajas reposando en el suelo. La conversación era animada; el humor, excelente. Otros individuos, con más brillantes uniformes, iban de un lado para otro, como si deliberasen sobre el destino de algún mundo como, de hecho, era así. Después de una señal súbita,

todos, llevándose cada cual consigo su equipaje, subieron ordenada y rápidamente a la nave interestelar. Unas puertas metálicas, dispuestas como el iris de un ojo, se cerraron herméticamente tras ellos.

»Con lentitud, aquel aparato metálico se levantó cosa de treinta metros por el espacio. Se balanceó un pequeño momento y, exactamente, se esfumó, sin dejar huella alguna de haber existido nunca. La Voz dijo entonces: "Esos aparatos viajan a una velocidad inimaginable — más rápido que la luz —. Es un mundo — él por sí mismo — completamente fuera de influencias externas. No hay en él sensación alguna de velocidad, ni de caída, ni en los instantes de mayor velocidad. El espacio — continuó diciendo la Voz —, no es ningún vacío, como vosotros los terrenales opináis. El espacio es un área de una densidad reducida. Existe en él una atmósfera de moléculas gaseosas, de hidrógeno. Dichas moléculas pueden estar separadas centenares de kilómetros entre sí; pero a la velocidad que desarrollan las naves del espacio dicha atmósfera resulta ser tan densa como el agua del mar. Se escuchan las moléculas dando contra los costados de la nave espacial y se han tenido que adoptar dispositivos especiales para prevenir el calentamiento resultante de la fricción molecular. Pero, ¡mirad!"

»En una pantalla que estaba al lado de la anterior, la nave espacial en forma de disco seguía su rumbo dejando una estela de un color azul desteñido tras sí. La velocidad era tan enorme que, al ir siguiendo aquella imagen la de la nave del espacio, las estrellas parecían líneas sólidas de luz. La Voz murmuró, entonces: "Hemos de prescindir de los innecesarios detalles y quedarnos solamente con las secuencias que importan! ¡Mirad hacia la otra pantalla!" Le obedecí, y pude ver la nave espacial ahora mucho más lenta en su viaje alrededor del Sol, *nuestro propio Sol*. Pero era un Sol muy diferente del actual. Mayor y más luminoso. Grandes flecos de llamas alcanzaban lejos de su orbe. La nave le daba la vuelta, rodeando un planeta y otro y otro.

»Por fin, se dirigió hacia un mundo que, por cuanto yo podía comprender, se trataba de la Tierra. Envuelto en nubes por

completo, giraba debajo de la nave del espacio. Después de haber descrito unas cuantas órbitas, se movía más despacio. Cambió la imagen en la pantalla y entonces pude contemplar la embarcación por dentro. Un pequeño grupo de hombres y mujeres circulaba a lo largo de un corredor metálico. Al final entraron en una cámara donde se veían copias reducidas de la nave. Unos cuantos de ellos subieron por una palanca y se metieron dentro de una de aquellas naves de un tamaño reducido. El resto de aquellos hombres y mujeres se marcharon. Detrás de una pared transparente, estaba de guardia un navegante, atendiendo a una serie de pulsadores cada uno de un color diferente; brillaban, enfrente, algunas lucecitas. En un momento determinado, se encendió una luz verde, y aquel navegante oprimió diversos botones a la vez.

»En el pavimento de la nave, se abrió como se abre el iris de un ojo, un agujero por el cual pasó la pequeña nave espacial aquella. La pequeña nave entró en el espacio y se fue alejando con dirección a las nubes que cubrían la Tierra. Entonces, volvió a cambiar la escena y era como si yo mirase situado dentro de la pequeña navecilla. Allí se veía cómo se aproximaban nubes girando, amontonándose. Primero, se hubiera dicho que eran unas barreras impenetrables; mas se fundían al paso de la navecilla espacial. A copia de ir descendiendo a través de un sinfín de nubes; finalmente nos vimos dentro de una luz opaca y baja. Un mar alborotado y gris, visto a distancia, parecía mezclarse con aquellas nubes grises sobre las cuales se pintaban resplendentes fuegos procedentes de alguna fuente desconocida

»La nave del espacio, entonces, volaba en un sentido horizontal entre las nubes y el mar. Una masa de color oscuro apareció — después de un largo viaje por encima de las olas — sobre la línea del horizonte. De su cumbre, brotaban intermitentes llamaradas. La nave espacial se dirigió hacia la montaña. Debajo nuestro se extendía una gran masa montañosa. Grandes volcanes elevaban sus cumbres terroríficas hasta las nubes. Se divisaban enormes llamaradas y torrentes de lava fundida que caía desplomándose por las laderas de los montes

para acabar precipitándose entre silbidos estruendosos, dentro del mar. Aunque parecía de un azul brumoso vista desde lejos, de cerca parecía, toda aquella vasta extensión de tierra, teñida de un color rojo muy opaco.

»La nave del espacio seguía su viaje y dio la vuelta alrededor del mundo unas cuantas veces. No había más que una inmensa extensión de tierra firme, rodeada por completo de aquel mar alborotado, que, volando a una pequeña altura, parecía echar humo. Finalmente, la nave espacial levantó más el vuelo, subiendo por el espacio, y llegó a la nave madre. La imagen de la pantalla se desvaneció tan pronto como la nave empezó su regreso a la sede del imperio del mundo.

»La Voz, que acostumbraba a explicarse dentro de mi cabeza, comentó ahora: "¡No! No hablo exclusivamente para vos. También me dirijo a todos aquéllos que participan del presente experimento. Como soís tan sensibles estáis informados por la vía acústica. Pero poned toda vuestra atención a lo que llamaremos reflejo verbal. Todo esto os interesa.

"La segunda expedición regresó a (aquí había un nombre que yo no sabría pronunciar, y que traduzco por "nuestro imperio"). Allí hombres de ciencia estudiaron las memorias que redactaron los tripulantes de la nave. Se hicieron cálculos sobre el número de siglos que faltaban aún para que aquel mundo pudiese ser habitado por seres vivientes. Expertos en materia de biología y de genética trabajaron para planear las criaturas más adecuadas para vivir en él. Cuando hay que poblar un mundo nuevo, y cuando este mundo surge de una «nova», se requieren animales de gran corpulencia y **vegetales** de hojas robustas, por el momento. El suelo de este nuevo mundo consiste en rocas pulverizadas, con polvo de lava e indicios de otros elementos. Ese tipo de suelo sólo permite plantas rudas y tenaces. Entonces, cuando esas plantas sucumben y los animales perecen, ambos se van mezclando con el polvo de las rocas. Así, a copia de milenios y más milenios, se va formando un «suelo». A medida que el suelo se va distanciando de la roca primitiva pueden crecer plantas de mayor calidad. Desde todos los tiempos, en cada uno de los

planetas, el suelo consiste en las células de los animales que han perecido, de las plantas muertas y de los excrementos depositados por los eones del pasado."

»Tuve la impresión de que el Amo de la Voz hacía una pausa en su discurso mientras observaba a su auditorio. Seguidamente, continuó: "La atmósfera de un nuevo planeta es absolutamente irrespirable para los seres humanos. Los efluvios de los volcanes en erupción contienen una gran proporción de azufre y de gases nocivos y letales. Es preciso que una vegetación adecuada pueda absorber las sustancias tóxicas y transformarlas en minerales inofensivos del suelo. La vegetación convierte los humos tóxicos en oxígeno y nitrógeno, indispensables al ser humano. Por esto, nuestros científicos, pertenecientes a diferentes ramas, trabajaron en colaboración siglos enteros, preparando los elementos básicos de la Tierra. De momento, esos elementos fueron situados sobre un mundo vecino, para que pudiésemos estar seguros de que todo marchaba a la mayor satisfacción. Sí era necesario, todo podía ser modificado.

"De esta forma, el nuevo sistema planetario fue dejado abandonado a sí mismo durante edades enteras. Mientras tanto, el viento y las olas iban erosionando las pináculos cortantes de las rocas. Por millones de años las tempestades azotaron aquellas cumbres. Las rocas, reducidas a polvo, fueron desapareciendo de los más altos picos; enormes piedras se desgajaron bajo el ímpetu de los temporales y cayeron rodando y pulverizando cuantas rocas hallaban a su paso. Aquellas olas gigantes golpeaban furiosamente las orillas del mar, rompiendo los salientes pedregosos, entrechocando las piedras las unas contra las otras y reduciéndolas a partículas cada vez más pequeñas. Las lavas que salían blancas e hirvientes de los volcanes para dar en las aguas del mar humeaban y estallaban en millones de partículas hasta convertirse en arena menuda. Las olas devolvían aquella arena a la tierra, y la erosión continua reducía la altura de las montañas, desde sus alturas de kilómetros a modestos centenares de metros.

"Pasaron, con esto, muchísimas centurias de años. El sol, ar-

diente, moderó sus ardores. Cesaron de estallar continuamente, inundando y quemando las cosas a sus alrededores, las piedras volcánicas. Ahora el sol ardía con toda regularidad. Los mundos más próximos también se enfriaron. Sus órbitas se hicieron más regulares. Con demasiada frecuencia, sin embargo, pequeñas masas rocosas entraban en colisión con otras masas y el conjunto de las dos se precipitaba en el sol, lo que era causa de un aumento temporal de intensidad de sus llamas. Pero, de todos modos, el sistema se iba consolidando. El mundo que llamamos la Tierra empezaba a estar a punto de recibir su primera forma de vida.

"En el Imperio básico se iba preparando una gran nave espacial destinada a un viaje a la Tierra, y sus tripulantes serían la tercera expedición, instruida ésta en todo lo referente a sus trabajos venideros. Los hombres y las mujeres se fueron seleccionando sobre las bases de compatibilidad y ausencia de neurosis. Cada una de las naves del espacio es un mundo que se basta por sí mismo, donde el aire se fabrica a base de unas plantas y el agua se extrae del oxígeno y el hidrógeno, que es la cosa más barata de todo el universo. Se embarcaron los instrumentos, provisiones que se congelaron para ser más tarde reanimadas en el momento preciso, y, mucho después, porque no se iba con prisa alguna, la Tercera Expedición se puso en camino.

»Vi la nave deslizarse a través del universo Imperial, luego cruzar otro, y entrar en aquel que contenía, situada en uno de sus bordes, la nueva Tierra. Existían varios mundos girando alrededor del Sol. Todos fueron pasados por alto; la atención, por entero, se centraba en un planeta. La gran nave disminuyó su velocidad y se movió dentro de una órbita que resultaba estacionaria con relación a la tierra. A bordo, una pequeña nave fue dispuesta. Seis hombres y seis mujeres entraron en ella y al acto apareció un agujero en el piso de la nave-madre, a través del cual la pequeña embarcación desapareció con rumbo a la Tierra. Otra vez, por medio de la pantalla, pude ver cómo la pequeña nave del espacio caía a través de espesas nubes y emergió navegando a unos cien metros sobre

el mar. Desplazándose horizontalmente en un plano horizontal, pronto llegó a la tierra rocosa que se proyectaba sobre las aguas.

"Las erupciones volcánicas, aunque eran de una gran violencia, no llegaban a la intensidad anterior. La lluvia de pequeñas piedras era menos abundante. Con un gran cuidado, la pequeña nave fue descendiendo. Los ojos atentos del piloto buscaban el sitio más adecuado para el aterrizaje y, finalmente, cuando lo decidieron, practicaron la maniobra de éste. Sobre el suelo, la tripulación hizo las comprobaciones rutinarias. Satisfechos por lo visto, cuatro tripulantes entonces se vistieron con extrañas ropas que los cubrían desde el cuello hasta los pies. Cada uno, luego, encerró su cabeza dentro de un globo transparente, que se conectaba de cierto modo con el cuello de aquella vestidura.

"Cada uno de los cuatro, llevando una caja, entró en una pequeña cámara cuya puerta luego se cerró cuidadosamente con llave tras ellos. Una luz situada en otra puerta enfrente, se encendió en color rojo. La aguja — negra — de un reloj empezó a moverse, y cuando reposó sobre una O mayúscula, la luz roja cambió su color en verde y la puerta en cuestión se abrió por completo. Una extraña escalera metálica, como dotada de una vida propia, se arrastró por el suelo de la habitación y se extendió hasta tocar la tierra firme, unos tres metros más abajo. Entonces, uno de los hombres, con todo cuidado, bajó por aquella escalera. De la caja, sacó una larga barra y la plantó en el suelo. Inclínándose, contempló atenta, minuciosamente, unas señales que se veían en la superficie de la barra en cuestión. Luego, enderezándose, señaló a sus compañeros que le siguiesen; como ellos hicieron al acto.

"El pequeño grupo, anduvo por aquellos alrededores, por lo que parecía, más bien al azar. Si no me hubiese constado que se trataba de adultos inteligentes, hubiera tomado sus ideas y venidas por simples juegos infantiles. Algunos de ellos elegían piedrecitas y las guardaban en una bolsa; otros, golpeaban el suelo con martillos o clavaban en él varas metálicas. Otro de ellos, una mujer, iba buscando pedacitos de cristal



pegajoso por aquellos alrededores, y los metía rápidamente dentro de unas botellas. Todas esas cosas, para mí, resultaban incomprensibles. Finalmente, regresaron a su pequeña nave espacial y entraron en el primer compartimiento. Allí estuvieron como reses en un mercado público, mientras unas lucecitas de brillantes colores se encendían y apagaban en las paredes. Por fin, se encendió una luz verde, y las restantes se apagaron. El grupo, entonces, se quitó sus vestiduras y entró en las habitaciones principales de la pequeña nave.

"Pronto se armó un gran tráfago. La mujer con los pedacitos de vidrio se apresuró a ponerlos de uno a uno en un dispositivo metálico. Aplicando su rostro de manera que miraba con ambos ojos, daba vuelta a unas manecillas, mientras hacía comentarios a sus compañeros. Aquel hombre que antes coleccionaba pequeños guijarros los metió dentro de una máquina que lanzó un gran chirrido e instantáneamente devolvió todos aquellos guijarros reducidos ahora a un polvo finísimo. Se llevaron a cabo diversos experimentos y, con la nave-madre, se sostuvieron varias conversaciones.

"Otras pequeñas naves espaciales aparecieron, mientras el primero regresaba a la gran nave. Los restantes dieron una vuelta completa al mundo y desde la altura lanzaron algo que cayó encima de la Tierra y otro tipo de cosas que se cayeron al mar. Satisfechos por su trabajo, todas las pequeñas naves formaron una línea que se remontó y abandonó la atmósfera terrestre. Luego, una por una, fueron entrando en la nave nodriza, y cuando todas hubieron entrado, ésta salió de su órbita que ocupaba y se lanzó hacia otros mundos de nuestro sistema. De esta forma muchos, muchísimos años de nuestra Tierra transcurrieron todavía.

"Pasaron algunos siglos sobre la Tierra. En el tiempo de un viaje a bordo de una de aquellas naves viajando a través del espacio tan sólo unas semanas, ya que ambos tiempos son diferentes de un modo más bien difícil de comprender; *pero, que es así*. Pasaron varias centurias y una vegetación ruda y tenaz reinaba sobre la Tierra y debajo de las aguas. Inmensos helechos se elevaban al cielo, que con sus inmensas y espesas

hojas absorbían los gases venenosos y respiraban hacia fuera oxígeno, de día e hidrógeno, de noche. Al cabo de muchísimo tiempo, una Arca del Espacio descendió a través de las nubes y tomó tierra sobre una playa arenosa. Se abrieron unas grandes escotillas y, de aquella arca que medía cerca dos kilómetros salieron arrastrándose unas criaturas de pesadilla, tan pesantes que la Tierra temblaba bajo sus pisadas. Horrendos engendros se remontaron pesadamente por el aire, sustentándose sobre crujientes alas membranosas.

"La gran Arca — la primera que llegó, en el decurso de las edades — se levantó por los aires y se deslizó suavemente volando sobre el mar. Al sobrevolar determinadas áreas, el Arca reposaba sobre las aguas y lanzaba en ellas extraños seres a las profundidades del océano. La inmensa nave del espacio levantó el vuelo y alcanzó las más lejanas regiones de los universos. Sobre la Tierra, asombrosas criaturas vivieron y se pelearon, se alimentaron y perecieron. La atmósfera hizo cambios. Cambiaron las hojas de los árboles y las criaturas evolucionaron. Pasaron los eones y, desde el Observatorio de los Sabios, a distancia de muchos universos, seguía la vigilancia de los mencionados fenómenos.

"La Tierra, seguía bamboleándose en su órbita; a medida que pasaba el tiempo, se iba desarrollando un peligroso grado de excentricidad. Entonces, del corazón del Imperio, mandaron allá una nave espacial. Los científicos, opinaron que una sola masa de tierra era insuficiente para prevenir el que los mares con su oleaje llegasen a desequilibrar aquel mundo. Desde la gran nave que se balanceaba a mucha altura sobre lo que tenía que ser nuestro mundo, se lanzó sobre la Tierra un delgado hilo de luz, como un disparo. Éste dio en el blanco sobre el continente terráqueo. Dicho continente se quebró al acto, formando diversas masas de menor tamaño. Siguieron violentos terremotos y, finalmente, la Tierra, subdividida en unas cuantas masas, limitó la violencia de las aguas. Contra las costas de la Tierra, el mar — ahora "los mares" — golpeó en vano. La Tierra se afirmó dentro de una órbita por completo estable.

"Millones de años se sucedieron — años «terrestres» —. De nuevo, salió del Imperio una expedición. Ahora, transportaba los primeros humanoides a nuestro mundo. Fueron desembarcadas extrañas criaturas de un color morado. Las mujeres tenían ocho senos; tanto ellas como los varones poseían una cabeza cuadrada sobre los hombros, de manera que, para ver a todos lados, todo el tronco tenía que volverse. Las piernas eran cortas y los brazos largos, hasta por debajo las rodillas. Desconocían el fuego y las armas; sin embargo, estaban siempre peleándose entre sí. Habitaban dentro de las cuevas y también sobre las ramas de los más robustos árboles. Se nutrían de bayas y de los insectos que se arrastraban por el suelo. Pero los observadores no estuvieron contentos ya que toda esa especie se hallaba desprovista de entendimiento y carecía de instintos defensivos, como no presentaba el menor signo de evolución.

"En aquellas edades, las naves del Imperio estelar patrullaban continuamente a través del universo que contiene nuestro sistema solar. Había en él otros mundos en camino de su desarrollo. El de otro planeta marchaba más rápidamente que la Tierra. Entonces, una nave de la patrulla fue mandada a la Tierra y desembarcó en ella. Unos cuantos humanoides morados se capturaron y fueron examinados; en vista del examen tuvieron que ser exterminados dichos humanoides, sin quedar uno solo. Lo mismo que hace un jardinero extirpando la mala hierba. Una epidemia terminó con todos esos humanoides." La Voz, llegando a este punto, observó incidentalmente: "En años venideros en vuestra Tierra los hombres emplearán ese sistema para exterminar una plaga de conejos; pero los vuestros matarán los conejos con sufrimientos de las víctimas. Nosotros obramos sin dolor por parte de ellas".

"Desde los cielos, descendió al suelo de la Tierra otra Arca, trayéndonos diferentes animales y muy distintos humanoides. Fueron distribuidos a través de países distintos; su tipo y color, eran los más adecuados a las condiciones del área donde eran sembrados. La Tierra, todavía rugía y roncaba. Los montes lanzaban llamas y humaredas y torrentes de lava fundida

resbalaban por las laderas. Los mares se iban enfriando y la vida, en ellos, se transformaba, adaptándose a las nuevas condiciones. En ambos polos reinaba el frío y el primer hielo sobre la Tierra, empezaba a formarse en ellos.

"Pasaron las Edades. Cambió la atmósfera terrestre. Los helechos gigantes dieron paso a formas de árboles más ortodoxas. Se estabilizaron las formas de vida. Floreció una importante civilización. Alrededor del mundo volaban los Jardineros de la Tierra; vistaban una ciudad tras otra. Pero alguno de dichos Jardineros se familiarizó en exceso con las almas que tenía que guiar, con las mujeres principalmente. Un mal sacerdote de los humanos convenció a una mujer muy hermosa, que se prestó a seducir a uno de los Jardineros y lo embelesó hasta el extremo que, bajo el imperio de aquella seducción, aquél llegó a traicionar los más altos secretos. Inmediatamente la mujer estaba en posesión de ciertas armas que antes estaban encomendadas exclusivamente a los varones. Al acto, el sacerdote pudo hacerse con aquéllas.

"Luego, por obra de algunos individuos pertenecientes a la casta sacerdotal, fabricaron proyectiles atómicos, utilizando aquél que había sido robado, que les sirvió de modelo. Seguidamente, se tramó un complot, en virtud del cual algunos de los Jardineros fueron invitados al Templo con la excusa de la celebración de un acto de gracias. Allí, en terreno sagrado, los Jardineros fueron envenenados. Sus equipos, los robaron los sacerdotes. Con ellos se sirvieron los sacerdotes para efectuar un gran asalto contra los Jardineros restantes. En el curso de la batalla, la pila atómica de una nave del espacio aterrizado sobre este mundo fue volada por un sacerdote. El mundo entero tembló con la explosión. El gran continente de la Atlántida, se hundió bajo las aguas. En las más lejanas tierras, los huracanes barrieron las montañas y se llevaron a los humanos. Grandes olas surgieron del mar y el mundo quedó vacío de casi todo ser viviente. Perecieron todos, excepto unos pocos que pudieron cobijarse, aterrorizados, en el fondo de las cavernas más remotas.

"Durante muchos años, la Tierra tembló y vaciló bajo los

efectos de la explosión atómica experimentada. Pasó mucho tiempo sin que llegase ningún Jardinero a inspeccionar este mundo. La radiación, en ella, era muy fuerte y los atropellados restos de la humanidad pusieron en el mundo una progenitura generalmente deforme. La vida de las plantas se vio afectada por las radiaciones y la atmósfera se había alterado. El sol se veía oscurecido por nubes de color rojo a ras del suelo. Por fin, los Sabios decretaron que se tenía que mandar otra expedición a la Tierra y transportar nuevos seres vivientes que la poblasen de nuevo. La gran Arca, transportando hombres, animales y plantas, partió de los confines del espacio."»

En este momento, el viejo ermitaño cayó sin sentido con la boca muy abierta. El joven monje se puso de pie vivamente y corrió hacia el anciano caído. La preciosa botella conteniendo aquellas gotas se hallaba al alcance de la mano y pronto el eremita se hallaba acostado sobre uno de sus flancos respirando de una forma normal.

«Os es necesario alimento, ¡Venerable!», exclamó el joven. Voy a poner agua al alcance de vuestra mano y luego treparé hasta el eremitorio de la Solemne Contemplación para que allí me den té y cebada.» El eremita asintió débilmente con la cabeza y se distendió cuando el joven monje puso el tazón lleno de agua a su vera. «Voy a subir por las peñas», anunció, corriendo fuera de la cueva.

Corrió a lo largo de la montaña, buscando hacia arriba el sendero que le condujese al camino más ancho, más arriba. Allí, centenares de metros más arriba y unos ocho kilómetros de distancia, estaba el eremitorio donde habitaban varios monjes. Era seguro que le socorrerían; pero el camino era escabroso y la luz del día empezaba a decaer. Preocupado, el joven apretó cuanto pudo el paso. Tenazmente iba observando la pared rocosa hasta que, por último, distinguió algunas huellas que mostraban que alguien había pasado por allí. Empezó, siguiéndolas, la ascensión, lastimándose con aquellas rocas afiladas cual cuchillos que habían desanimado a muchos y que le hicieron prolongar varios kilómetros aquella ca-

minata, ya que la cuesta era no sólo escabrosa, sino divagante.

Poco a poco, subió con afán, ayudándose con los pies y con las manos. Puede decirse que subió paso a paso. El sol caía bajo las montañas cuando no pudo más y se sentó sobre una piedra, a reposar unos momentos. No tardaron los primeros rayos plateados de la luna en aparecer, asomando sobre la cordillera. Ahora, podía continuar su escalada. Con la ayuda de las manos y los pies, clavando materialmente las uñas, arañando el suelo, pudo llevar a cabo la ascensión difícil y peligrosa. Debajo, el valle estaba sumido en las tinieblas. Un suspiro de satisfacción; había alcanzado la senda que conducía a las ermitas. Mitad corriendo, mitad desfallecido, doliéndole todos los miembros, salvó la distancia que le separaba del objeto de su viaje por la montaña.

Una lucecita se veía allá lo lejos, temblorosa. Era la lámpara de manteca, que brillaba como un signo de esperanza para el caminante. Con la respiración entrecortada y débil por la falta de alimento, el joven anduvo a tropezones los pasos que le separaban del eremitorio, hasta la puerta. Del interior, le llegó el canto murmurado por un anciano que evidentemente rezaba de memoria. «Aquí no hay ningún devoto religioso a quien pueda yo estorbar», pensó el joven monje, a la par que decía en altas voces: «¡Guardián de las ermitas, socorredme!». Dentro, aquel murmullo, reiteradamente musitado, cesó. Luego, se escuchó el crujido de huesos de un anciano moviéndose con precipitación, e inmediatamente la puerta se abrió con lentitud. Destacándose en negro contra la luz de la solitaria lámpara de manteca, que chiporroteaba y oscilaba por la corriente de aire que súbitamente entraba en la ermita, el viejo guardián, en altas voces interrogó: «¿Quién hay aquí? ¿Por qué llamáis a esas horas de la noche?». Lentamente, avanzó el joven monje, para poder ser visto. El guardián, a la vista de las vestiduras rojas, depuso su actitud. «Venid, entrad», le ordenó.

El joven se adelantó con paso vacilante. Ahora, debido a la reacción, se sentía exhausto. «Amigo sacerdote — dijo —, el

Venerable ermitaño con quien estoy se halla enfermo y los dos no tenemos nada que comer. Nada, ni hoy ni el día anterior. Sólo nos queda el agua del lago vecino. ¿Nos podéis dar comida?»

El sacerdote guardián sonrió con simpatía. «¿Comida?, desde luego, puedo proporcionaros con que comer. Cebada, tenemos un montón. También un ladrillo de té. Mantequilla y azúcar, igualmente. Pero os tenéis que quedar aquí a dormir. Os sería imposible atravesar los pasos de la montaña en la noche.»

«Es preciso, amigo sacerdote», exclamó el joven monje. «El Venerable se está muriendo de consunción. El Buda me protegerá.»

«Entonces, reposad un rato aquí y comed y bebed algo de té, todo está a punto. Mientras tanto voy a hacer un paquete que podréis llevar a la espalda. Comed y bebed. Tenemos de sobra.»

El joven monje se sentó en posición de loto y se postró en acción de gracias por aquel socorro tan sinceramente concedido a él y su maestro. Luego se sentó y comió tsampa; luego bebió un té muy fuerte, mientras el anciano guardián charlaba y contaba todos los chismes que llegaban con frecuencia a las ermitas. El Profundo se hallaba de viaje. El gran señor Abad de Dropung había hecho alguna observación malévola contra otro Abad. El Colegio de Procuradores había dado las gracias a cierto Gato Guardián, que había localizado un ladrón persistente entre un grupo de ciertos marchantes. Un chino se había extraviado en un paso de la montaña, e intentando hallar de nuevo el buen camino se había despeñado desde unas enormes alturas (el cuerpo se hallaba por completo destrozado y listo para los buitres, sin auxilio humano alguno).

Pero el tiempo iba pasando. Al fin, con todo su pesar, el joven monje tuvo que ponerse en pie y cargar con el fardo que le regalaban. Con palabras de agradecimiento y adioses, salió de la ermita y emprendió cuidadosamente el regreso por la senda de las rocas. La luna estaba en su punto más alto.

Su luz era plateada y reluciente. El paso estaba muy bien iluminado; pero las sombras eran de un negro sólo conocido por quienes viven en las cumbres. No tardó en llegar al borde, y se vio precisado a dejar el camino más seguro y sumirse en el precipicio. Con todo cuidado, lentamente, inició el descenso a partir del borde. Con la mayor atención, algo estorbado por el peso que llevaba sobre la espalda, fue deslizándose hacia abajo, palmo a palmo, un paso y luego el siguiente. Aguantándose firmemente con las manos mientras buscaba un reposo firme para sus pies. Relevando luego el peso de sus manos cuando los pies pisaban firme. Por fin, mientras la luna se escondía sobre su cabeza, llegó al oscuro suelo del valle. Adivinando su camino de una roca a otra, adelantaba muy dificultosamente hasta que divisó el brillo rojizo del fuego, a la entrada de la cueva. El joven monje se detuvo únicamente para añadir unas pocas ramas a la hoguera y luego se dejó caer al suelo, a los pies del viejo ermitaño, al que apenas podía distinguir por el reflejo de la luz del fuego reflejándose sobre la entrada de la caverna.



## Capítulo décimo

El viejo ermitaño se sintió visiblemente mejor bajo la influencia del té caliente, con mucha mantequilla y azúcar abundante. La cebada, molida hasta convertirse en un polvillo muy fino, había sido tostada muy convenientemente. Las llamas de la hoguera brillaban alegremente a través de la entrada de la cueva. Pero la hora todavía se encontraba entre la puesta y el amanecer; dormían los pájaros en las ramas y sólo se movían en la noche algunas criaturas nocturnas. La luna ya había cruzado los cielos y se escondía tras las más lejanas cordilleras. De vez en cuando, pasaba el viento de la noche susurrando entre las hojas y levantando alguna chispa de la hoguera encendida.

El anciano se levantó con fatiga y se marchó titubeando hacia el interior de la caverna. El joven monje se tendió a lo largo y se quedó dormido antes de que su cabeza reposase sobre la almohada de arena aprisionada. El mundo estaba en silencio por todas partes. La noche se hizo más oscura, con aquella oscuridad que es el preludio del amanecer. Desde las alturas, una piedra solitaria rodó hasta romperse contra los peñascos de los abismos; luego, todo volvió a su silencio de antes.

El sol estaba muy alto, cuando el joven monje despertó a un mundo de malestar. Miembros doloridos, agujetas y *hambre*. Murmurando por lo bajo palabras prohibidas a un religioso, agarró la vasija del agua, vacía, y miró hacia el exterior de la cueva. La hoguera ofrecía el brillo placentero de sus cenizas ardientes. A toda prisa, añadió pequeños troncos y, encima, ramas de mayor tamaño. Con tristeza, contó la escasa leña restante y le preocupó el pensar que cada vez tendría que ir más lejos en su busca. Echando una mirada hacia arriba, se estremeció recordando su escalada por la noche anterior. Luego fue al lago por agua.

«Hoy tendremos que hablar mucho rato», dijo el viejo eremita cuando ambos terminaron su frugal desayuno. «Siento

que los Campos Celestiales me llaman con insistencia. Existe un límite a lo que puede soportar la carne y yo he pasado, y con exceso, lo que es concedido a un ser humano.» El joven se entristeció; había llegado a sentir un gran afecto hacia aquel anciano y consideraba que los sufrimientos de aquel anacoreta habían sido excesivamente penosos. «Estoy a vuestras órdenes, Venerable — le respondió —; pero dejad que antes llene de agua vuestro cuenco.» Entonces, se puso en pie, limpió el cuenco y lo llenó de agua fresca.

El viejo eremita recomenzó su narración: «El Arca apareció en la pantalla; era grande y voluminosa. Una nave capaz de engullir el Potala y toda la ciudad de Lhasa, los conventos de Sera y Drepung por añadidura. A su lado, los hombres que iban saliendo parecían tan diminutos como las hormigas que se afanan sobre la arena. Animales de grandes dimensiones eran descargados, y, de nuevo, rebaños de otros hombres. Todos parecían como ofuscados, drogados, sin duda para que no pudieran pelearse. Unos hombres que llevaban extraños aparatos sobre sus espaldas volaban como pájaros, guiando a los animales y a los hombres, aguijoneándolos con unos palos metálicos.

»La nave dio la vuelta al mundo, aterrizando en determinados sitios y dejando en todas partes animales de distintas hechuras. Los hombres eran unos blancos, otros negros y algunos, amarillos. Tipos altos y tipos de corta estatura. Con el pelo negro o blanco; entre los animales los había listados; unos dotados de largos cuellos, al paso que otros, sin cuello. Jamás yo hubiera creído que pudiesen existir seres de tantos colores, formas y tipos. Algunas de las criaturas del mar eran tan inmensas que durante un tiempo no creí que pudiesen moverse, hasta que, en el mar, parecían tan ágiles como los peces de nuestros lagos.

»Continuamente, volaban por el aire pequeñas naves, donde estaban los que se cuidaban de los nuevos habitantes de la Tierra. Con sus idas y venidas dispersaban grandes rebaños y aseguraban que los animales y los hombres se esparciesen por toda la superficie del globo. Pasaron siglos sin que el hombre

fuese capaz de encender fuego ni fabricar toscos utensilios de piedra. Los Sabios conferenciaron sobre el caso y decidieron que era conveniente que aquel grupo podía mejorarse, introduciendo algunos humanoides más inteligentes, que sabían encender fuego y labrar el pedernal. De este modo pasaron siglos, durante los cuales los Jardineros de la Tierra introdujeron nuevos tipos de hombres capaces de mejorar el conjunto de la humanidad. asta, gradualmente, pasó del estadio de la piedra labrada al del dominio del fuego. Paso a paso, se construyeron casas y se constituyeron ciudades. Continuamente los Jardineros se movieron entre las criaturas humanas y los hombres los miraron como dioses sobre la Tierra.

»La Voz intervino entonces, diciendo: "No sirve para nada el ir siguiendo paso a paso todos los trastornos interminables que sucedieron a esta nueva colonia sobre la Tierra. Quiero explicaros únicamente los sucesos principales, para que os sirvan de instrucción. Mientras yo hable, tendremos ante nuestra vista los cuadros adecuados de manera que podáis seguir todo punto por punto.

"El Imperio era grande; pero llegó de otro universo una raza violenta, que intentó arrancar de nuestro poder nuestras posesiones. Aquel pueblo era humanoide y sobre su cabeza tenía unas excrescencias en forma de cuernos que le brotaban de las sienes. También estaban dotados de un rabo. Aquella gente era de una naturaleza en extremo belicosa; guerrear, para ellos, era a la vez un juego y un trabajo. Llegaron sobre negras naves a ese universo y llevaron la destrucción a unos mundos que nosotros acabábamos de sembrar. Batallas colosales, se produjeron en el espacio. Varios mundos fueron desolados; muchos estallaron entre humos y llamas y sus restos se amontonan en áreas del espacio como la Cintura de Asteroides, todavía en nuestros tiempos. Anteriormente algunos mundos fértiles habían visto su atmósfera en explosión y toda la vida borrada de su faz. Un mundo chocó con otro y, en un instante, este último fue proyectado hacia la Tierra. La Tierra retembló y fue desplazada a otra órbita; lo que fue causa de que, en ella, aumentó la duración del día.

"Durante esta casi-colisión, unas descargas eléctricas gigantes, surgieron de ambos planetas. Los cielos volvieron a verse en llamas. Varios entre los seres humanos perecieron. Enormes olas barrieron la superficie de la Tierra y, compasivos, los Jardineros se apresuraron a su alrededor con sus Arcas, intentando tomar a bordo las personas y los animales, para situarlas a salvo en las alturas. Años más tarde — prosiguió la Voz —, esto daría origen a leyendas inexactas a través de todos los países del globo. Pero, la batalla del espacio, fue ganada. Las fuerzas del Imperio aniquilaron a los malvados invasores e hicieron prisioneros a un cierto número de ellos.

"El príncipe de los invasores, Satán, defendió su propia causa, diciendo que tenía mucho que enseñar a los pueblos del Imperio. Añadió que deseaba trabajar siempre para el bien de los demás. Su vida y la de algunos de sus compañeros fueron respetadas. Después de un período de cautividad, se manifestó deseoso de cooperar a la reconstrucción del sistema solar que él mismo había desolado tanto. Los Almirantes y Generales del Imperio, todos ellos personas de buena voluntad, eran incapaces de imaginar en los demás la traición y las intenciones aviesas. Aceptaron aquel ofrecimiento y colocaron al príncipe Satán y sus oficiales bajo las órdenes de los hombres del Imperio.

"Sobre la Tierra, los hombres habían enloquecido con las desdichas que habían experimentado. Se habían visto diezmados por las inundaciones y por las llamas, caídas de las nubes. Se trajeron nuevas expediciones de seres humanos, de otros planetas periféricos, allá donde habían sobrevivido algunos. Los territorios ahora eran muy distintos entre sí y también los mares. A causa del gran cambio de órbita, se había alterado el clima. Ahora existía un cinturón ecuatorial cálido y se amontonaban los hielos en las regiones polares. Grandes montañas de hielo se desgajaban de la masa glacial y flotaban por los mares. Los mayores animales de la Tierra perecieron bajo el frío súbito. Grandes selvas sucumbieron cuando las condiciones de vida sufrieron una mutación drástica.

"Muy lentamente, dichas condiciones se estabilizaron. Otra vez, el hombre comenzó a construirse una forma de civilización. Pero el hombre se mostraba excesivamente belicoso y perseguía a todos los de su especie que eran débiles. De una manera rutinaria, los Jardineros introdujeron algunos nuevos tipos para mejorar la especie básica. La evolución humana progresó y, lentamente, fue resultando un mejor tipo de criatura. Los Jardineros, empero, no se contentaban con eso. Se decidió que muchos más de ellos vivirían sobre la Tierra. Y con los Jardineros, sus familias. Se juzgó, entonces, que sería más conveniente utilizar las alturas de la Tierra como bases de los desembarcos. En un país del Este, un hombre y una mujer descendieron de su nave espacial sobre la amena cumbre de una montaña. Así, Izagani junto con Izanami se constituyeron en protectores y fundadores de la gente japonesa y — entonces la Voz resonó a la vez con calma y con enojo — de nuevo se forjaron falsas leyendas a su alrededor, ya que la pareja formada por los Izagani e Izanami, como sea que apareció viniendo de la dirección del sol, los indígenas creyeron que ambos eran, respectivamente, el dios y la diosa del sol, que habían bajado a vivir entre ellos."

»En la pantalla que yo tenía delante, vi el sol rojizo en medio del cielo. Vi cómo descendía una brillante nave del espacio, que los rayos solares pintaban de púrpura. La nave iba acercándose cada vez más a la Tierra, hasta que se detuvo, osciló y dio lentas vueltas. Finalmente, cuando los raros rojos de la luz solar se reflejaban en la cúspide cubierta de nieve, la nave se posaba encima de una superficie horizontal que se veía en ella. Los últimos rayos del sol iluminaban la nave cuando un hombre y una mujer desembarcaron y miraron a su alrededor y luego regresaron a bordo de la nave del espacio. Los indígenas, de piel amarilla, se prosternaron ante dicha nave, sobrecogidos por la gloria de lo que veían; estuvieron allí durante un espacio de tiempo, aguardando en un respetuoso silencio; luego se fueron y su imagen se fundió, cuando se alejaron en la oscuridad de la noche.

»El cuadro cambió, y vi otra montaña en una tierra muy lejana

de aquella. Dónde estaba, yo lo ignoraba por completo; mas pronto se me dio la información necesaria. Del cielo llegaron varias naves del espacio, que dieron varias vueltas por el aire y después, lentamente, descendieron en formación ordenada hasta ocupar las laderas de una montaña. "Los dioses del Olimpo", dijo la Voz en tono sarcástico. "Los mal llamados dioses, que trajeron grandes luchas y tribulaciones al mundo joven. Esa gente, con el antiguo Príncipe Satán entre ellos, llegaron para instalarse sobre la Tierra; pero el Centro del Imperio se encontraba muy lejos. Las malignidades e incitaciones de Satán desencaminaron a los jóvenes de ambos sexos, que habían sido asignados a la Tierra para que allí pudiesen adquirir experiencia.

"Zeus, Apolo, Teseo, Afrodita, las hijas de Cadmo y muchos otros, formaron esas pandillas. El mensajero, Mercurio, corrió de una nave a la otra, a través del mundo, repartiendo mensajes y escándalos. Los hombres, sintieron vehementes deseos de las mujeres de su prójimo. Las mujeres, se dedicaron a la caza del varón que anhelaban. A través de los cielos del planeta, naves rápidas eran tripuladas por mujeres persiguiendo a los hombres y a los maridos, tras sus mujeres fugitivas. Y los ignorantes hijos de este mundo, observando las extravagancias sexuales de aquellos que ellos tenían por dioses, pensaron que era así como debían conducirse en la vida. De este modo, empezó una era de relajamiento sensual, en la que fueron holladas todas las leyes de la decencia.

"Algunos de los nativos, los más astutos y que veían más claro que el resto de los hombres, se proclamaron a sí mismos como sacerdotes, y pretendieron ser la Voz de los dioses. Éstos, demasiado atareados en sus orgías, no se daban cuenta de nada. Pero estas orgías condujeron a otros excesos; provocaron numerosos asesinatos, hasta el punto de que llegaron las noticias al Imperio. Pero los sacerdotes naturales de la Tierra, aquellos que pretendían ser representantes de los dioses, escribieron todo lo que ocurría y alteraron las cosas, de forma que sus poderes aun se vieron aumentados después. Siempre ha ocurrido así en la historia del mundo; nunca

sus naturales han contado las cosas como ocurrieron, sino de forma que les aumentasen todavía más su propio poder y prestigio. Casi todas las leyendas, no pasan de ser una aproximación de lo que sucedió en realidad."

»Contemplé, entonces, otra pantalla. Allí se veía otro grupo de Jardineros. o "Dioses". Horus, Osiris, Anubis, Isis y algunos otros. También se celebraban orgías allí. En aquellas regiones, un antiguo lugarteniente del Príncipe Satán se aplicaba a destruir todos los esfuerzos para lograr el bien en aquel pequeño mundo. También allí se veían los inevitables sacerdotes escribiendo sus interminables y erróneas leyendas. Había algunos, de la casta sacerdotal, que se habían infiltrado lentamente en la confianza de los dioses y de esta forma habían logrado ciertos conocimientos vedados a los nativos, por su propio bien. Estos sacerdotes habían constituido una sociedad secreta cuyos fines eran los de robar más conocimientos prohibidos y usurpar el poder de los Jardineros. Pero la Voz continuó diciendo: "Nos dieron mucho trabajo esos nativos y tuvimos que introducir medidas represivas. Algunos de esos sacerdotes indígenas, después de haber robado algún equipo de los Jardineros, no pudieron dominarlo; como resultado, lanzaron plagas sobre la Tierra. Mucha gente del país pereció. Las cosechas se perdieron totalmente.

"Pero algunos de los Jardineros, bajo el dominio del Príncipe Satán, había establecido una capital del pecado en las ciudades de Sodoma y Gomorra. En ellas, toda forma de perversión y de crimen eran consideradas como virtudes. Entonces, el Maestro del Imperio advirtió severamente a Satán, para que desistiese y abandonase aquellos lugares. Mas, éste se lo tomó a chanza. Algunos de los habitantes de Sodoma y Gomorra, los mejores entre ellos, fueron advertidos para que abandonasen aquellas poblaciones y, en un momento convenido, una nave del espacio solitaria llegó por los aires y soltó un pequeño bulto. Y las ciudades fueron asoladas por el humo y las llamas. Grandes nubes en forma de hongos subieron hacia el cielo tembloroso, y sobre el suelo no quedaron sino toda suerte de devastaciones, piedras calcinadas, fundidas, y

todo un montón enorme de ruinas de habitaciones humanas. Por la noche, todo aquel territorio brillaba con un resplandor sombrío. Muy pocos de los habitantes lograron escapar del holocausto.

"Después de estas saludables advertencias, se decidió retirar todos los Jardineros de la faz de la Tierra y no tener más contacto con los nacidos en ella, sino tratarlos como unos tipos aparte. Las patrullas penetrarían, a veces, en la atmósfera. El mundo y sus habitantes estarían sujetos a inspecciones. Pero no habría ningún contacto oficial. En vez de esto, decidieron que existiesen sobre la Tierra seres humanos que hubiesen sido instruidos debidamente y que pudiesen ser «plantados» donde hubiese individuos preparados para admitirlos. El hombre que más tarde fue conocido bajo el nombre de Moisés fue un ejemplo. Una mujer del país fue arrebatada e impregnada con la semilla de características adecuadas. El niño aún por nacer fue instruido telepáticamente y dotado de grandes conocimientos — para un natural de la Tierra —. Fue acondicionado hipnóticamente para que no revelase todo su saber hasta el momento oportuno.

"A su debido tiempo, el niño nació y se le dio una posterior educación y acondicionamiento. Más tarde, el pequeño fue instalado en una cesta debidamente preparada y con el manto de la noche fue depositado sobre un cañaveral donde sería fácilmente descubierto. A medida que fue creciendo y llegó a la mayoría de edad, estuvo en frecuente comunicación con nosotros. Cuando llegó el momento, una pequeña nave del espacio se dirigió hacia una montaña, en cuya cumbre permaneció escondida, ya sea por las nubes naturales, ya por las que nosotros fabricamos en aquella ocasión. El hombre, llamado Moisés, subió a la cumbre, donde subió a bordo de aquella nave y salió de ella luego con la Varilla de Virtudes y las Tablas de la Ley, que habían sido preparadas para él.

"Pero eso no era suficiente. Tuvimos que hacer lo propio en otras tierras. En el país que hoy llamamos la India, nosotros nos encargábamos de la educación y formación del hijo varón de uno de los más poderosos príncipes de aquellas tierras.



Considerábamos que su poder y gran prestigio arrastrarían a todos los naturales de aquella tierra a seguirle y adherirse a una forma especial de disciplina que aumentaría el estado espiritual de sus seguidores. Gautama tenía sus ideas propias y nosotros, más que discutirse las, dejamos que por sí mismo hallase su disciplina espiritual. Una vez más, nos hallamos con que los discípulos, o sacerdotes — generalmente en provecho propio —, deformaron el sentido de los escritos de su maestro. Siempre pasa lo mismo: en este mundo un pequeño grupo de personas, que se proclaman sacerdotes a sí mismos, se empeñan en publicar o reescribir por su cuenta los textos sagrados, de manera que sus propios poderes y su autoridad se vean aumentados. "Otros muchos fundaron nuevas ramas de la religión: Mahoma Confucio, los nombres son demasiados para que se mencionen uno por uno. Pero cada cual de todos esos hombres estaba bajo nuestra dirección, o formado por nosotros, con la intención de que estableciese una fe mundial, que guiase a los hombres hacia las buenas sendas de la vida. Queríamos que cada uno de los hombres de este mundo tratase a los demás como quería que los demás le trataran a él. Luchábamos para establecer un estado de armonía universal como la que ya existía en nuestro propio Imperio; pero la nueva humanidad no estaba lo bastante avanzada para dejar de lado el bien del propio Yo y buscar el de sus semejantes.

"Los Sabios estaban muy descontentos de aquel estancamiento. Después de una reunión que tuvieron, se propuso un cambio de dirección absoluto. Uno de los Sabios llamó la atención de los reunidos sobre el hecho de que todos los que habían sido mandados sobre la Tierra, pertenecían a grandes y poderosas familias. Como demostró claramente, esto era causa de que automáticamente las clases inferiores rechazasen las palabras de todos aquellos individuos situados en las altas esferas de la aristocracia. A consecuencia de todo ello, se realizó una encuesta, por medio de los Archivos Akáshicos, en busca de una mujer adecuada para poner en el mundo un hijo que respondiese a

nea de una familia de pobre condición y natural de una tierra donde pudiese esperarse que una nueva religión podía adquirir arraigo. Los investigadores nombrados al efecto, inmediata y asiduamente, se pusieron a la tarea. Se presentaron gran número de caminos posibles. Tres hombres y tres mujeres, secretamente, fueron depositados sobre la Tierra a fin de que se continuasen las investigaciones, de forma que la familia más adecuada resultase elegida para el caso.

"Por consentimiento de varias opiniones, resultó favorecida una mujer muy joven, casada con un artesano de la más antigua artesanía del mundo: un carpintero. Los Sabios consideraron que la mayoría de los hombres pertenecían a esta clase y escucharían con preferencia las palabras de uno de los suyos. Así, pues, la mujer recibió la visita de uno de los nuestros que ella consideró como un ángel, quien le anunció lo que para ella sería un gran honor. Tendría un hijo, fundador de una nueva religión. A su debido tiempo, aquella mujer quedó embarazada. Mas, entonces ocurrió un hecho, muy frecuente en aquella parte del mundo; la mujer y su esposo tuvieron que huir de su casa, por culpa de la persecución de uno de los reyes locales.

"Los esposos siguieron lentamente su camino hacia una ciudad del Oriente Medio y allí la mujer sintió que había llegado su tiempo. No había sitio adonde hospedarse, sino en el establo de una posada. Allí nació el niño. Nosotros habíamos seguido la huida, para poder intervenir si llegaba el caso. Tres de los miembros de la tripulación de la nave del espacio descendieron sobre la Tierra y se dirigieron al establo. Con natural contrariedad, se enteraron más tarde de que su embarcación aérea había sido considerada como una estrella de Oriente.

"El niño creció y, debido al especial adoctrinamiento que recibía por vía telepática, realizó grandes progresos. En su primera juventud discutía con sus mayores y plantó cara al clero local. Al llegar a la edad viril se retiró de todas sus amistades y peregrinó a través de muchos países del Oriente Medio. Nosotros lo dirigimos hacia el Tíbet, y él traspuso

las cordilleras y permaneció un tiempo en la catedral de Lhasa, donde aún hoy en día se conservan las huellas de sus manos. Aquí tuvo la revelación y la asistencia indispensables para poder formular una religión adecuada a los pueblos del oeste.

"Durante su estancia en Lhasa se sometió a un tratamiento especial, por el cual el cuerpo astral del humano terráqueo que se albergaba en su cuerpo fue liberado y ascendido a otra existencia. En su lugar se instaló un cuerpo astral de nuestra elección. Se trataba de una persona con gran experiencia en lo tocante a materias espirituales, mayor que la que se puede obtener bajo las condiciones de la Tierra. Este sistema de transmigraciones es uno de los que empleamos muy a menudo cuando se trata de razas retrógradas.

"Finalmente, todo estaba a punto, y el peregrino hizo su viaje de vuelta a su patria. Llegado allí, tuvo éxito reclutando varias personas que se prestaron a difundir la nueva religión. "Por desgracia, el primer ocupante de aquel cuerpo había disputado con los sacerdotes. Ahora, éstos se acordaban de aquellos episodios y preparaban un incidente que les permitiese detenerlo. Como sea que el juez encargado del caso dependía de todos ellos, el resultado podía conocerse de antemano. Nosotros examinamos la conveniencia de una intervención; pero, por fin, prevaleció la opinión de quiénes creían firmemente que de intervenir visiblemente nacerían males para el mundo en general y para la nueva religión en particular." »La Voz acabó sus palabras. Yo permanecía mudo, fluctuando entre las pantallas en continuo cambio, mostrando, una tras otra, las imágenes de aquellas cosas acontecidas en años lejanos. También vi cosas que era muy probable que sucediesen en el futuro; porque el futuro probable puede proverse tanto por lo que se refiere al mundo entero como a un país cualquiera. Vi mi querida patria invadida por los detestados chinos. Vi el alzarse — y la caída — de un mal régimen político, que me parece que se llamaba comunismo; pero ello no representa nada para mí. Por fin, experimenté un enorme agotamiento. Sentí que aun mi cuerpo astral se

fallecer por el esfuerzo a que se había obligado. Las pantallas, hasta ahora de vivos colores, se volvían grises. Mi visión vaciló y seguidamente caí en un estado de inconsciencia.

»Un horrible movimiento de balanceo me despertó de mi sueño, o tal vez de mi desmayo. Abrí los ojos, ¡pero no *tenía* ojos! Aunque todavía no podía moverme, en cierto modo notaba que volvía a encontrarme en mi cuerpo físico. El balanceo era que la mesa que transportaba mi cuerpo seguía por el corredor de la nave del espacio. Una voz sin dar ningún signo de emoción, en voz queda, afirmó: "¡Ya tiene conciencia!" Siguió un gruñido de confirmación y luego siguió el silencio, acompasado por el ruido de pasos y el leve chirrido de metal cuando mi mesa operatoria chocaba contra la pared.

»Estaba tendido, solo, en aquella sala metálica. Aquellos hombres habían depositado la mesa y se habían marchado en silencio. Tendido, iba reflexionando las cosas maravillosas de que yo había sido testigo. No sin cierto resentimiento. Las continuas invectivas contra los sacerdotes. Yo era un sacerdote y ellos estaban contentos de utilizar, sin contar con mi voluntad propia, mis servicios. Mientras permanecía reflexionando todas estas cosas, me llegó al oído el ruido de la puerta metálica que se deslizaba. Un hombre entró en la Sala y se cerró, resbalando, la puerta tras él.

»"¡Muy bien, monje — exclamó la voz del doctor —, lo habéis hecho muy bien. Todos estamos muy orgullosos de vos. Mientras yacíais inconsciente, examinábamos de nuevo vuestro cerebro y nuestros instrumentos, y éstos nos demostraban que tenéis almacenado todo el conocimiento depositado en vuestras células cerebrales. Habéis enseñado muchas cosas a nuestros jóvenes de ambos sexos. Pronto seréis puesto en libertad. ¿Os hace feliz, la noticia?"

»"¿Feliz, señor doctor?" Interrogué a mi vez. "¿Qué motivos tendría de sentirme dichoso? He sido capturado, se me ha cortado la cúspide del cráneo, se me ha separado el espíritu del cuerpo, se me ha insultado como a miembro del clero y luego — después de haberse servido de mi persona — vais a

abandonarme como una persona destinada a una miserable muerte. ¿Feliz, yo? ¿Por qué razón debo creerme afortunado? ¿Es que vais a restablecer mis ojos? ¿Proporcionarme unos medios de subsistencia? ¿Cómo deberé hacerlo para subsistir?" Así le hablé casi con sarcasmo.

»"Una de las mayores desgracias del mundo, monje — dijo el doctor —, es que la mayor parte de personas son negativas. Ser negativo, carece de sentido. Podéis decir de un modo positivo lo que deseáis. Si la gente de vuestro mundo pensase positivamente, dejarían de ser muchos conflictos existentes, porque se adoptan actitudes negativas, pese a que exijan, por ser negativas, un mayor esfuerzo."

»"¡Pero, señor doctor!", exclamé. "Pregunto lo que pensáis hacer de mí. ¿Cómo podré vivir? ¿Qué deberé hacer? ¿Me tengo que limitar a retener esos conocimientos hasta que llegue alguien que me diga que *él* es la persona elegida, y entonces ponernos a charlar los dos como dos viejas en la plaza del mercado? Y, ¿qué razón tenéis para creer que haré la misión que me ha sido encomendada, pensando como vos pensáis acerca de los sacerdotes?»

»"¡Monje! — dijo el doctor —, os vamos a instalar en una confortable cueva, con un limpio suelo de roca. Habrá en ella un pequeño chorro de agua, bastante para vuestras necesidades en lo que a este extremo se refiere. Por lo que respecta a la comida, vuestro estado sacerdotal os asegura que todo el mundo os traerá de qué poder comer. Lo digo de nuevo, hay sacerdotes y sacerdotes; vosotros, los del Tíbet, sois por lo general buenas personas y no nos peleamos con ellos. ¿Acaso no habéis observado que, en tiempos anteriores nos hemos servido de ellos? También me preguntáis acerca de aquél a quien tenéis que comunicar vuestro saber; tenedlo bien presente: lo *conoceréis*, cuando el hombre se presente. Transmitid vuestro saber a éste y a nadie más."

»Así yo estuve a su merced por completo. Pero después de unas horas, el doctor vino de nuevo a verme y me dijo: "Ahora, vais a recobrar el movimiento. Antes os daremos unas vestiduras nuevas y un cuenco también por estrenar." Unas ma-

nos se ocuparon de mi persona. Me quitaron de encima una serie de raros objetos. Mi sábana fue sustituida por unas nuevas vestiduras; las primeras vestiduras *nuevas* que jamás haya poseído. Me las pusieron encima del cuerpo. Entonces recobré el movimiento. Algún practicante varón me pasó el brazo por encima de mis espaldas y me ayudó a bajar de aquella mesa operatoria. Por primera vez, después de un desconocido número de días, pude estar de pie, sano y ágil.

»Aquella noche, reposé más contento, envuelto en una sábana que también me había sido regalada. Y por la mañana, como ya he dicho, fui sacado de la nave y depositado en esta cueva donde he vivido solitario por más de sesenta años. Mas, ahora, antes de que descansemos por la noche, bebamos un poco de té, ya que mis tareas tocan ya a su fin.»

## Capítulo decimoprimerο

El joven monje se sentó de un golpe, sintiendo en las vértebras del cuello un escalofrío de terror. *Algo* le había rozado. *Algo* había paseado unos dedos glaciales por su frente. Durante un rato muy largo estuvo sentado, a punto de ponerse en pie, aguzando los oídos para poder percibir el menor ruido que se produjese. Con los ojos abiertos de par en par y con todos sus esfuerzos, luchaba en vano para atravesar las tinieblas espesas a su alrededor. Nada se movía. Ni el menor vestigio de ruido alguno llegaba a rozar su atención. La entrada de la cueva se veía de una negrura más ligera distinguiéndose vagamente de la completa falta de luz que abismaba la caverna.

Aguantó la respiración, hasta que logró escuchar los latidos de su propio pecho y los débiles rumores de sus propios órganos. Ni el más leve susurro de hojas movidas por el viento se producía. Ni una sola criatura de la noche se anunciaba. Silencio. La falta absoluta de todo ruido, que pocas personas del mundo conocen, y nadie que viva en comunidades populosas. Otra vez, rastros luminosos recorrían alrededor de su cabeza. Con un estremecimiento de terror pegó un brinco en el aire y sus piernas ya corrían, antes de volver a reposar sobre el suelo.

Saliendo, veloz, de la cueva, sudando de terror, se detuvo apresuradamente al lado del fuego, que estaba bien cubierto. Entonces, quitó la tierra y la arena que cubrían las brasas encendidas. A toda prisa, eligió una rama bien seca y sopló los rescoldos hasta que pareció que las venas del cuello y de la frente fuesen a estallar bajo el esfuerzo. Finalmente, de la leña brotó una llama. Sosteniendo aquel palo con una mano, eligió apresuradamente otro palo y aguardó que a su vez se le pagase fuego. Al fin, con una antorcha encendida en cada mano, entró lentamente en la cueva. Las llamas vacilantes saltaban y danzaban a cada movimiento que el joven

hacía. Las sombras, grandes y grotescas, se lanzaban a cada uno de sus lados.

Nerviosamente, escudriñaba a su alrededor. Buscaba ansiosamente, con la esperanza de que había sido una telaraña que se había arrastrado por encima de su cuerpo; pero no se veía el menor signo. Entonces pensó en el viejo ermitaño y se reprendió a sí mismo, por no habersele ocurrido antes haber pensado en el anciano. «¡Venerable!», llamó con voz trémula. «¿e0 encontráis bien?» Con los oídos tensos, escuchó; mas, no obtuvo respuesta alguna; ni un eco. Vacilando avanzó lentamente hacia el fondo de la cueva, con las dos ramas encendidas por delante. Al final de la cueva, giró a la derecha, donde nunca había entrado, y lanzó un suspiro de satisfacción al ver el anciano sentado en la posición del loto, al final de otra caverna menor que la otra.

Un extraño ruido de gotas le sorprendió cuando iba a retirarse en silencio. Mirando con toda su atención vio que se trataba de un manantial que brotaba de un saliente de las paredes de aquella estancia — drop-drop-drop —. El joven monje se tranquilizó. «Lamento el haber entrado aquí sin vuestro permiso, Venerable», le dijo. «Temía que os sintieseis enfermo. Ya me voy.» Pero, no obtuvo ninguna respuesta. Ni un solo movimiento. El anciano estaba allí sentado, como una estatua de piedra. Con temor, el joven avanzó unos pasos y permaneció un momento contemplando aquella figura inmóvil. Por fin, con temor, extendió el brazo y tocó un hombro del anciano. El espíritu ya no estaba. Antes, engañado por el temblor de las llamas, no había pensado en el aura del eremita. Ahora se daba cuenta de que también le había abandonado, que ya no existía.

Muy triste, el joven se sentó enfrente de aquel cadáver y recitó el antiquísimo ritual de los difuntos. Dando instrucciones para las etapas del Espíritu, en el camino de los Campos Celestiales. Advirtiéndole de las posibles asechanzas que, aprovechándose del confuso estado de la mente, le tenderían las fuerzas *del* mal. Por fin, habiendo cumplido con sus obligaciones religiosas, se puso lentamente en pie, se inclinó hacia



el difunto y, habiéndose consumido ya las dos antorchas, el joven buscó su camino en el exterior de la cueva.

El viento precursor del amanecer empezaba sus murmullos fantasmales a través de los árboles. Un silbido agudo, producido por el paso del viento por las fisuras de las rocas como una altísima y fortísima nota aguda de órgano se escuchaba en las alturas. Poco a poco, las primeras franjas de luz aparecieron pálidas en las alturas y se destacó progresivamente la más lejana de las cordilleras. El joven monje estaba tristemente acurrucado muy cerca del fuego, preguntándose qué tenía que hacer, pensando en las brumosas tareas que le aguardaban. El tiempo parecía inmóvil. Pero, al fin, después de lo que parecía representar una infinitud de edades, el sol apareció y se hizo de día. El joven monje plantó una rama dentro del fuego y aguardó pacientemente hasta que brotaron llamas en la punta. Entonces, con toda pesadumbre, agarró la antorcha ardiente y entró, temblándole las piernas, hasta llegar a la cámara interior.

El cuerpo del viejo eremita estaba sentado como si aún estuviese vivo. Con aprensión, el joven monje se agachó y sin apenas esfuerzo alguno, levantó el cadáver y se lo cargó al hombro. Con paso vacilante emprendió la marcha hacia el exterior de la cueva y luego, por la senda, llegó hasta la piedra plana que parecía aguardarles. Lentamente, el joven despojó de sus vestiduras aquel cuerpo consumido y experimentó unos instantes de compasión ante la visión de aquel casi esqueleto, con la piel adherida a los huesos. Con un estremecimiento de repugnancia, plantó el cuchillo de afilado pedernal en la parte baja del abdomen de aquel cadáver. Se produjo un ruido al cortar los cartílagos y las fibras musculares, que advirtió a los buitres, que se aproximaron rápidamente.

Habiendo expuesto aquel cadáver y sus entrañas abiertas por completo, el joven alzó una pesada roca y la tiró sobre el cráneo, de forma que los sesos se esparcieron sobre la piedra. Luego, con lágrimas que le corrían abundantes por las mejillas, se llevó los hábitos del ermitaño y el cuenco que utilizaba y se arrastró, paso a paso, hasta el interior de la cueva,

dejando que los buitres se peleasen y luchasen, a espaldas de aquel joven monje. Tiró entonces a la hoguera aquellas vestiduras y la vasija, aguardando hasta que las llamas consumieron rápidamente todos los restos.

El joven monje, muy apenado, con lágrimas que brotaban de sus ojos y regaban la tierra sedienta, se marchó de allá y caminó lentamente. Cruzó el desfiladero, marchando hacia otra fase de su existencia.